

FUNDACIÓN CANARIA

pancho **g**uerra

PANCHO GUERRA

LOS CUENTOS FAMOSOS DE
PEPE MONAGAS EN DÉCIMAS

VARIOS AUTORES

FUNDACIÓN CANARIA
pancho guerra

Edita

FUNDACIÓN CANARIA
pancho guerra

Colabora



<i>Proyecto</i>	Pancho Guerra, LOS CUENTOS FAMOSOS DE PEPE MONAGAS EN DÉCIMAS
<i>Idea original</i>	Manuel Abrante Luis
<i>Promotores</i>	María Dolores de la Fe Miguel Guerra García de Celis José Marcos Hormiga Santana Yeray Rodríguez Quintana
<i>Coordinadores</i>	José Marcos Hormiga Santana José Luis Sánchez Hernández
<i>Prólogo</i>	José Yeray Rodríguez Quintana
<i>Prefacio</i>	Yolanda Arencibia Santana
<i>Obra de referencia</i>	Pancho Guerra, Obras completas, LOS CUENTOS FAMOSOS DE PEPE MONAGAS, 1976, Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, dirigida por Agustín Millares Carló.
<i>Cidado de la edición</i>	Miguel Guerra García de Celis José Marcos Hormiga Santana
<i>Maquetación e impresión</i>	Linca, S.L. Lepanto, 45. Telf.: 928 27 07 14 35010 Las Palmas de Gran Canaria lincacanarias@terra.es
<i>Depósito Legal</i>	GC 124–2010

Impreso y realizado en las Islas Canarias
Printed and made in the Canary Islands

Índice

Prólogo	17
Prefacio	21
De cuando Pepe Monagas estuvo en el velorio de duelo del mestre Rosendo, el de Isabel	25
De cuando Pepe Monagas puso un puesto de escobas en la Plaza	26
De cuando Pepe Monagas puso un puesto de perdices en la Vega de San Mateo	27
De cuando Pepe Monagas se libró, por el pelo de media hora, de doce buenas cachetadas	28
De cuando Pepe Monagas le aclaró unas extrañas cuentas al patrón de la <i>Frasquita</i>	29
De cuando Pepe Monagas no fue tartanero por culpa de una caballo con propulsión a chorro	30
De cuando Pepe Monagas tuvo que declarar en un pleito de vecina Fefa y vecina Lolilla, <i>la Alpisa</i>	31
De cuando Pepe Monagas, curandero de ocasión, tuvo que atender a un loco de la raya de Guía	32

De cuando Pepe Monagas fue padrino de un extraño chiquillo de Pina, <i>la Cochafisco</i>	33
De cuando Pepe Monagas majó las mechas a don Pedro, <i>el Batatoso</i>	34
De cuando Pepe Monagas tuvo un revuelillo con un negro	35
De cuando Pepe Monagas tuvo un fuerte gallo, del castío de los cucarachos	36
De cuando Pepe Monagas, pajarero de ocasión, le vendió a maestro Antonio Santana, carpintero en la marina, un pinto sospechoso	37
De cuando Pepe Monagas trincó, en una calle cañón, un catarro de tirafondo	38
De cuando Pepe Monagas agarró una soberana chispa, por magua de su Risco de San Nicolás querido	39
De cuando Pepe Monagas estuvo en una empelotada Junta de la Sociedad del Barrio	40
De cuando Pepe Monagas le sacó un fiado difícil a Rafaelillo, <i>el de la tienda</i>	41
De cuando Pepe Monagas actuó de pruebista en el <i>Circo Cuyás</i>	42
De cuando Pepe Monagas estuvo a pique de pagar una cuenta	43
De cuando a Pepe Monagas lo levantaron de la cama a deshoras para un asunto	44
De cuando Pepe Monagas avisó a tiempo el óbito, llamado en el país, abicar, de sita Felita Cabrera	45
De cuando Pepe Monagas tuvo que atender a un tupido en El Caidero de San José	46
De cuando Pepe Monagas tuvo que ver con el pleito matrimonial de Fleitas, <i>el Tiendero</i> y Carmita, <i>la Costurera</i>	47
De cuando Pepe Monagas picó de celos a comadre Soledad	48
Pepe Monagas en un compromiso de mujeres ca Rosarillo, <i>la del Bocúo</i>	49

De cuando Pepe Monagas viajó en la guagua carraquienta de Agustinito, <i>el Majorero</i>	51
De cuando Pepe Monagas estuvo de tocador en un baile de parida de Manuel, <i>el Morrocoyo</i> y María del Pino, <i>la de Chano</i>	52
Ce cuando Pepe Monagas fue al Pino con Rafaelito, <i>el de la tienda</i> , y otro personal	53
De cuando a Pepe Monagas lo jeringó la falta de calderilla	54
De cuando Pepe Monagas estuvo a pique de que lo bautizaran por segunda vez	55
De cuando Pepe Monagas fue a oír una vieja radio ca don Pedro, <i>el Batatoso</i>	56
De cuando Pepe Monagas desprestigió el cafetín de Frascorro el de Pepa, <i>la Chocha</i>	57
De cuando Pepe Monagas le cobró una vieja cuenta a un Baltasar de aquí de la parte del sur	58
De cuando Pepe Monagas viajó en la guagua con una señora mas bien feona	60
De cuando Pepe Monagas le metió un guapido a maestro Pedro, el operador del viejo <i>Circo Cuyás</i> , por mor de la Bertini, la ojerosa y guapa estrella del cine mudo	61
De cuando Pepe Monagas vendía un líquido que engordaba en cuestión de minutos	62
De cuando Pepe Monagas le aquelló el lío de una trampa de la luz a don Esteban, <i>el Baifo</i>	63
De cuando Pepe Monagas le sacó la contra a una novedad que han metido los tiempos en los velorios de difuntos	64
De cuando a Pepe Monagas lo trincaron en la timba de Pérez y tuvo que salir a espetaerros	65
De cuando Pepe Monagas se plantó en no pintarle a don Antonio, <i>el Bardino</i> , las puertas y ventanas de su casa de alto y bajo	66
De cuando Pepe Monagas ganó un mano a mano de copas fuertes	67

De cuando Pepe Monagas recibió de La Habana a su cuñado Pablo Cabrera	68
De cuando Pepe Monagas se creyó que era un barco	69
De cuando Pepe Monagas se gozó un sermón de San Pedro Mártir	70
De cuando Pepe Monagas me contó el compromiso de las lluvias en Fuerteventura	71
De cuando Pepe Monagas no se fiaba de don José, <i>el Espiritista</i>	72
De cuando Pepe Monagas le levantó un loro a don Graciliano	73
De cuando Pepe Monagas fue al manicomio a ver a Manolito Santos, que pegó con inmanías y acabó como una baifa	75
De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería algo sobre la perra vida del conejero Perico, <i>el Sajosnao</i>	76
De cuando Pepe Monagas estuvo en una traquina de entierro	78
De cuando Pepe Monagas no le pudo dar el asiento en la guagua a Encarnacionita, <i>la Guirra</i> , porque tenía una puntada de reoma en la cintura	79
De cuando Pepe Monagas fue refre de un partido de fútbol <i>Tafira-La Calzada</i>	80
De cuando Pepe Monagas ayudó a llevar la caja en que entró su cuerpo a las plateneras Manolito, <i>el Largo</i>	81
De cuando Pepe Monagas se disfrazó	82
De cuando Pepe Monagas asistió a la lectura de un drama de Esteban Pacheco	83
De cuando Pepe Monagas le preparó el entierro al costero Ignacio <i>Breca</i>	84
De cuando Pepe Monagas, estando baldado de una puntada de reoma, puso una escuelita de noche en El Risco	85
De cuando Pepe Monagas salió de pantasma y por poco se le enreda la pita	86
De cuando a Pepe Monagas se le olvidó pagar la guagua	88

De cuando Pepe Monagas llegó a tiempo a ca <i>las niñas Angustias</i>	89
De cuando Pepe Monagas se entrometió en una agarrada de Isabel, <i>la de Carmelo</i> y Dolorcitas, <i>la Chopa</i>	90
De cuando Pepe Monagas enraló a don Francisco, <i>el Batata</i>	91
De cuando Pepe Monagas fue jefe de los bomberos	93
De cuando Pepe Monagas perdió un envite en la gofiería de maestro Juan Cansio	94
De cuando Pepe Monagas fue a mariscar a un cercado de papas	95
De cuando Pepe Monagas pintó un león en la tienda de <i>Los Maúros</i>	96
De cuando Pepe Monagas colocó de guardia municipal a Juan Esteban, <i>el Tumbao</i>	97
De cuando Pepe Monagas templó un caldo con sahumero	98
De cuando Pepe Monagas fracasó en la pesca de la aceituna	99
De cuando Pepe Monagas y Venturilla, <i>el Táita</i> , robaron un gallo	100
De cuando Pepe Monagas le arregló a uno de Agüimes un reloj de un soplido	101
De cuando a Pepe Monagas se le fue el baifo en una apuesta	102
De cuando Pepe Monagas fue de político a comunicar una muerte a Valsequillo	103
De cuando a Pepe Monagas lo ensoparon en una serenata	104
De cuando Pepe Monagas se vio negro en La Habana	105
De cuando Pepe Monagas casi abica debajo de un ducha en Cubita la bella	106
De cuando Pepe Monagas anduvo gitaneando con un burro más viejo que el camino del puerto	107
De cuando Pepe Monagas le dio una quintada a una jurría de gente	108
De cuando Pepe Monagas anduvo si echa si no echa bogos	109
De cuando Pepe Monagas quiso y no pudo	110

De cuando Pepe Monagas fue a gozarse <i>La Tempestad</i>	111
Monagas fue peón en una fábrica de maestro Santiago <i>Perinquén</i>	112
De cuando Pepe Monagas estaba haciendo la cola del tabaco	113
De cuando Pepe Monagas venía del Puerto en el tranvía	114
De cuando Pepe Monagas tuvo un direte con un tartanero	115
De cuando a Pepe Monagas lo desajusieron y no se amañaba	116
De cuando Pepe Monagas fue padrino de un bautizo	117
De cuando Pepe Monagas rifó una cómoda	118
De cuando Pepe Monagas le confundió la giba a maestro Chano	119
De cuando Pepe Monagas se pegó su opinión de abogado	120
De cuando Pepe Monagas fue a un baile en el <i>Torrecine</i>	121
De cuando Pepe Monagas se puso gordísimo y tuvo que ir al médico	122
De cuando Pepe Monagas fue a una corrida de toros en Tenerife	123
De cuando Pepe Monagas, siendo tartanero, tuvo que llevar a un hombre como un castillo	124
De cuando Pepe Monagas no sabía si era Pepe Monagas o fray Pepe	125
De cuando Pepe Monagas quería ir al <i>Cine Doré</i>	126
De cuando Pepe Monagas estaba en tres	127
De cuando Pepe Monagas se cayó por las escaleras del teatro	128
De cuando Pepe Monagas soñó que un toro argentino... ..	129
De cuando Pepe Monagas le levantó un falso testimonio a un perro de mastro Bartolo	130
De cuando Pepe Monagas majó a unos chones que se la estaban echando ...	131
De cuando a Pepe Monagas se le amuló la mujer	132
De cuando Pepe Monagas quiso aprender a montar en bicicleta	133

De cuando Pepe Monagas le metió su huevo clueco a Manolito, <i>el Lalgo</i>	134
De cuando Pepe Monagas y tres más le jincaron su montada a cuatro pollitos de gente rica	135
De cuando Pepe Monagas recuperó a Viriato, un perro malo como la quina que tuvo	136
De cuando Pepe Monagas le contó un cuento cubano a Roque Morera	137
De cuando Pepe Monagas agarró una buena sin tener culpa maldita	138
De cuando Pepe Monagas fue al entierro de Saturnino	139
De cuando Pepe Monagas se largó la frase más grande de toda su existencia	140
De cuando Pepe Monagas le pegó una quintada linda a Rafaelito, <i>el Rebenque</i>	141
De cuando a Pepe Monagas le metieron una cabra con tetera y se las cobró al perdulario que le jincó el muerto	142
De cuando Pepe Monagas se hacía sus ilusiones	144
De cuando Pepe Monagas señaló en Canarias el descubrimiento de la pelisilina y la bomba anémica	145
De cuando Pepe Monagas clavó con una palabra sola a Tinito, <i>el Batata</i>	146
De cuando Pepe Monagas le aregló el mombaldino a mastro Carlos Talavera	147
De cuando Pepe Monagas puso a la venta unos polvitos para engordar ien tres minutos! que se dice muy pronto	148
De cuando Pepe Monagas volvió a majar a señor don Pedro, <i>el Batatoso</i> , con una mecha como la casa de don Bruno	149
De cuando Pepe Monagas le contestó un telegrama al jediondo de Fermín el del Toscal	150
De cuando Pepe Monagas le cobró las tortas al matón de Juan Calixto	151
De cuando Pepe Monagas le destupió el <i>vate colose</i> a un inglés en un lunes de carnaval, señaladamente	152

De cuando Pepe Monagas anduvo buscando una usnia pa sita Rita	153
De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería del maestro Manuel Lorenzo el percance que tuvo la <i>Frasquita</i> con un submarino inglés	154
De cuando Pepe Monagas llevó a la costa un encargo de Rafaelito, <i>el Tiendero</i>	155
De cuando Pepe Monagas majó una vez más, ahora con una cabra que daba leche hasta por los cuernos, a señor don Pedro, <i>el Batatoso</i>	156
De cuando Pepe Monagas le presto los primeros auxilios a un hijo de Manolito, <i>el Sargo</i> , que se cayó de una pared	157
De cuando Pepe Monagas se sacó a la fuerza un reloj en un tenderete de la fiesta de Guanarteme	158
De cuando Pepe Monagas y Venturilla, <i>el Táita</i> , planearon una operación de compra-venta	159
De cuando Pepe Monagas contó al señor don Pedro, <i>el Batatoso</i> , la hazaña de un loro que compró	160
De cuando Pepe Monagas le vio las últimas a la más vieja de <i>las niñas de Cabrera</i>	161
De cuando Pepe Monagas no le hizo el gusto a un turista	162
De cuando Pepe Monagas aclaró a don Carmelo lo que era un gallo barajunda	163
De cuando Pepe Monagas le vajió un burro a Cristóbal <i>Morcilla</i>	164
De cuando Pepe Monagas le levantó un falso testimonio a un perro indino que tuvo maestro Bartolo	166
De cuando Pepe Monagas tuvo un arranque de entusiasmo oyendo a un tenor de ópera y le dijo a su mujer una cosa al oído	167
De cuando Pepe Monagas empalmó una chispa	168
De cuando Pepe Monagas tuvo un pique con maestro Andrés, <i>el Sajonao</i> , y se mudó para la barbería de maestro Chano	169
De cuando Pepe Monagas tenía 10.000 pesos en La Habana	170

De cuando Pepe Monagas le sacó el sentido a una carta de La Habana	171
De cuando a Pepe Monagas se las cobró un inglés	172
De cuando Pepe Monagas le cogió miedo a una guagua madrileña	173
De cuando Pepe Monagas pasó mal rato en el teatro en compañía del indiano José María, <i>el Mulo</i>	174
De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería de maestro Manuel Lorenzo una historia con un sentimiento como una malagueña	175
De cuando Pepe Monagas fue al entierro de Carmelilla, <i>la Pintada</i>	176
De cuando Pepe Monagas –idicen que fue él!– le injertó un cantar de los de lezna a maestro Roque, <i>el Carpetudo</i>	177
De cuando Pepe Monagas no quería ir a un partido de fútbol <i>Marino-Victoria</i>	178
De cuando a Pepe Monagas lo perdió un baifo	179
De cuando Pepe Monagas devolvió una mercancía averiada	180
De cuando Pepe Monagas inventó una droga para volver restrallones los chorizos revejidos	181
De cuando Pepe Monagas le pidió un alfiler a una novia que se echó en La Marina	182
De cuando Pepe Monagas le majó, una vez más, las liendres a señor don Pedro, <i>el Batatoso</i>	184
De cuando Pepe Monagas discutía que la banda de Santa Brígida era mejor que la de Madrid	185
De cuando Pepe Monagas le barruntó una desgracia a Sunsionita, <i>la Morena</i>	186
De cuando Pepe Monagas le hizo la cuenta de la pata a Soledad, su señora	187
De cuando Pepe Monagas empleó en su carretón a Chano <i>Chopa</i>	188
De cuando Pepe Monagas, siendo guardia, hizo un trato con Manuel <i>Rata Pelúa</i>	189

De cuando Pepe Monagas estuvo de tabiquero en el Caidero de San José	190
De cuando Pepe Monagas le recetó hierro a un hijo de mi comadre Dolores, <i>la Chopa</i>	191
De cuando Pepe Monagas estuvo en el usgado por mor de la pelotera en El Portón	192
Pepe Monagas, otra vez en papeles, cuenta para <i>Canarias Deportiva</i> una peripecia suya en la Fonda <i>El Tarugo</i>	193
De cuando Pepe Monagas tuvo una machanga que era como unos fríos y calenturas, la guerra y la cigarra, todo junto	194
De cuando Pepe Monagas se fue a pique en la fiesta de La Naval	195
Currículos de los autores	197

Prólogo

La acertada idea de Marcos Hormiga, que logró con su habitual entusiasmo convertir en anhelo colectivo una intuición personal, ha servido, y qué alegría que así sea, para que se tiendan la mano mutuamente las andanzas de Pepe Monagas, ideadas por el inagotable genio de Pancho Guerra, y la décima espinela, una de los estrofas que ha venido acompañando con mayor fidelidad los pasos de nuestra historia. Sin temor a equivocarme, puedo afirmar que el propósito inicial ha dado frutos más granados que los que se aguardaban porque ha dado renovada visibilidad y, sobre todo, audibilidad a la obra de don Pancho y ha permitido a la décima espinela asomarse, desde todas las islas, a un sueño común y alentar el esfuerzo de muchos decimistas canarios que se atreven a contar el mundo de diez en diez versos y deben fortalecer su compromiso de este libro en adelante.

Cabría buscar la parentela íntima de cuentos y décimas en la habitual esfera en la que unos y otras han venido siendo ubicados o, por mejor decir, arrinconados: los cuentos, por costumbristas, humorísticos y locales (así son las cosas) y las décimas por populares, referenciales y folclóricas (así vuelven a ser). Por estas y otras razones, que cuentos y décimas se hayan dado la mano los ha ayudado a salir de ese rincón desconsiderado por cierta crítica y ciertos lectores que no acaban de entender que únicamente hay buena o mala literatura, sea cuento, décima o epopeya.

★

Pancho Guerra logró, como pocos, verbalizar la particular forma de ver el mundo, valiosa por original, que tenemos los que vivimos en esta orilla atlántica porque consiguió, con su antihéroe cotidiano, Pepe Monagas, representarnos a

todos: los que entran por el tamiz del risquero y los que revolotean a su alrededor. Sucede, sin embargo, que no le fue perdonado a Guerra que escribiera lo que otros llamaron costumbrismo, que utilizara como materia prima los sabrosos recovecos de nuestro particularísimo español, un dialecto que Guerra maneja con un sabio dejo atemporal, y que persiguiera, como desembocadura de su proyecto, la sonrisa cómplice de sus lectores. Así sucede a veces en esta nuestra tierra, acostumbrada a desconocerse como pocas. Acaso el mayor hallazgo del tirajanero fue, desde esa hermosa forma de decir, la gestación de un personaje, Pepito Monagas, capaz de volverse tan representativo que de la impresión de que tuvo que vivir más de una vida para que pudiera pasarle todo lo que le pasó. Y don Pancho, sabiamente, supo llevar a Monagas al territorio que convenía a su empresa literaria, ubicada conscientemente entre los linderos del humor. Los hombres y mujeres de esta tierra, heroicos supervivientes de una historia difícil, buscaron habitualmente en el humor el alivio de su difícil cotidianidad; un humor que encerró y encierra no sólo la socarronería y los golpes más aparentes, tan del gusto de los insulares, sino también toda una filosofía del día a día que no sólo desemboca en la carcajada o la sonrisa amable.

La décima espinela, una estrofa que desafió su propia naturaleza, ya que fue concebida para ser escrita y encontró su mejor versión en la voz y el viento, es una estructura extraordinariamente maleable, capaz de contener, con idéntica dignidad, la historia más lacrimógena y la más jocosa. Este último camino ha sido históricamente el elegido por muchos creadores que encontraron en la magia de sus diez versos y en la redondez de su estructura, llamemos capicúa, el formato ideal para concentrar la anécdota chistosa o para desarrollar una historia que termina haciéndonos reír o, en el peor caso, intentándolo. Por esta razón, el maridaje entre cuentos y décimas viene marcado porque las unas necesitan de los otros. A menudo sucede que faltan argumentos al que quiere desarrollar una historia jocosa en décimas y son argumentos, precisamente, los que desbordan la obra de Pancho Guerra, que es capaz de poner a su Monagas en innumerables situaciones risibles, todas ellas culminadas por el habitual golpe que, por sí solo, mantiene nuestra tensión de lectores hasta el último momento. Funciona dicho golpe, como supo ver Marcos Hormiga cuando pensó en cuentos y en décimas, como una suerte de pie forzado en el que los territorios de la prosa y el verso deben confluír más allá de que hasta él los lleven caminos distintos. Y esto es así porque no cabe duda de que los aconteceres de Monagas, escritos y magistralmente por Guerra Navarro, lindan sin embargo con los territorios de la oralidad, recurriendo a la habitual acepción del sucedido o cuento que permanece en la memoria colectiva que agranda, parodia y enreda unas tramas que se cuentan y que, teniendo parentela con el chiste, juega con la narración y los recursos del cuento tradicional. Quizá

por ello, el atrevido compromiso que todos los implicados en esta aventura hemos asumido, no deja de tener cierto fundamento. La décima, ávida de contar los sucesos de los territorios donde resta espacio al romance, siempre se prestó a acomodar en sus versos desde el bramido de un volcán hasta la muerte de un cochino de dimensiones imposibles. Si bien es verdad que la décima humorística escrita no ha ocupado en nuestra tradición un espacio considerable, no lo es menos que siempre ha contado con verseadores que la han atendido con gran altura y con una colectividad que la ha recibido habitualmente con agrado. Citemos, como el caso quizá más significativo, el del verseador fuencalentero Eladio –*Lalo*– Martín Bienes, verdadero as del humorismo en Canarias. Citemos también el auge del que siempre gozaron en nuestra tierra las décimas humorísticas del maestro cubano Chanito Isidrón, cuyas grabaciones corrieron fortuna entre los amantes canarios del punto cubano. La práctica totalidad de las décimas de Chanito se orientaban hacia el humor y en muchas de ellas el propio autor asumía un papel protagónico constituyéndose, como Monagas, en protagonista de acertados golpes o en narrador de las andanzas de otros risibles personajes. Por todo ello, este libro que representa el esfuerzo por acomodar en décimas la obra cuentística de Pancho Guerra, viene a dar continuidad a una tradición latente en Canarias que celebra, como señalo más arriba, la incorporación a este universo rimado de decimistas de todas y cada una de nuestras islas.

Monagas, en algún cuento, se echa al hombro la condición de indiano y aparece en Cubita la Bella, como corresponde a un personaje que aspira a aglutinar todas y cada una de las situaciones históricas a las que se vio abocado el canario de su tiempo (tiempo que tuvo que ser, necesariamente, mayor que el de una vida razonable). Como Monagas, aquellos indianos volvieron y fue a la vuelta cuando así, indianos, los llamaron. Entre guayaberas, dientes de oro y relojes, llegó la décima cantada, que también se abrió un hueco en cartas y discos. Aquella semilla de afectos y querencias arraigó en una tierra que sintió como una tradición propia el latido del laúd y el calor de la guitarra para cantar décimas que lo mismo dictaba la memoria que el tino de quien pudiera. La Palma capitaneó y capitanea el afecto por este género y es Tijarafe, sin dudas, el primer referente que debe nombrar quien junte Canarias y punto cubano. Con distintos avatares históricos, la tradición se mantuvo y no sólo en La Palma sino en el resto de las Canarias, si no en la garganta de los improvisadores, en la voz de quienes la cantaban o en la memoria de quienes la recordaban. A finales del pasado siglo, cuando parecía languidecer la fuerza de la costumbre, comenzaron a arribar a Canarias improvisadores profesionales cubanos a cuyo calor cobró vida un nuevo auge del punto cubano, debido sin duda al esfuerzo de los heroicos canarios que mantuvieron viva esa llama en los años difíciles. Valga la publicación como humilde homenaje a

todos ellos. Desde aquella fecha necesaria, principios de los noventa, hasta aquí, todo ha sido una suma de esfuerzos para que la décima, la de nuestros emigrantes, la que alivió sus muchas penas y cantó sus pocas alegrías, encontrara corazones que la alentaran y la recibieran como siempre debió ser. A esa travesía se suma este nuevo esfuerzo que cuenta con la complicidad de Pancho Guerra y de Monagas que, instrumento en mano, nos convida a una parranda de las de camisa por fuera donde la décima y él se dan la mano, donde canarios de todas las islas le vean las andanzas y donde los golpes, igual de ocurrentes, además riman. Pasen.

YERAY RODRÍGUEZ

Prefacio

Como una ventana abierta a la expectación de paisajes nuevos, diferentes, un libro guarda en sus páginas la ilusión de la sorpresa, del descubrimiento. El que el lector tiene ahora en sus manos ofrece el resultado de una complicidad literaria en forma de diálogo de subgéneros: una colección de décimas inspiradas, una a una, en los *Cuentos famosos de Pepe Monagas* que publicó Francisco Guerra Navarro o, con más propiedad en este caso, Pancho Guerra, aquel tirajanero de Tunte que llegó al mundo en 1909, que desplazó su personalidad observadora e inquieta a la capital años más tarde, y que, entre otros caprichos de su genio, logró condensar la esencialidad de la filosofía isleña en los andares, “haceres” y decires de una invención caricaturesca que se llamó “Pepito Monagas”. Ahora, este libro ofrece al lector, en un ramillete de décimas, las andanzas del tal Monagas quien, en virtud del guiño habilidoso de una veintena de decimistas, traslada su reburujón personal y sus vivencias del cuento a la décima.

El cuento y la décima son dos subgéneros literarios con interesantes afinidades: son ambos universales y acrónicos; ambos elementales y de regusto popular; ambos capaces de atrapar la atención del oyente o del lector en sus entresijos agudos, certeros, y rápidos; ambos esencias dinámicas para seducir, conmover, o sorprender; ambos propensos a finales imprevistos e imprevisibles. Si del primero dijo Galdós que son «lindas imágenes chicas de cosas grandes» y de la segunda Lope de Vega que resultan «buenas para quejas», ambos modos son adaptables para cualquier asunto y registro. El registro popular, aquel que ahonda desde la diversión o el entretenimiento, conviene perfectamente a ambos; y la oralidad les es cómodo marco común («en el principio de la oralidad, fue el cuento», leemos).

Y si las décimas brillan con luz propia en la hora fugaz de la improvisación, los cuentos encuentran acomodo idóneo en las páginas de la prensa, llamadas a ser caducas y efímeras: así, *Los Cuentos Famosos de Pepe Monagas*, que fueron desgranándose en los periódicos antes de que su autor los agavillara en un libro.

Se llevan bien el cuento y la décima, pues. Se llevaría bien Pancho Guerra con este grupo de artistas de la décima que, trabajando el ajuste no fácil del apunte cuentístico (que plantea un asunto, lo desarrolla con precisión y premura, y lo quiebra en “caída” final) en el corsé de los diez versos y las ochenta sílabas de la estrofa, han conseguido respetar el argumento, ceñirse a la secuencia narrativa y conservar “el golpe” que condensa el humorismo y la hilaridad panchoguerriana.

Se gestó este libro de Décimas en 2009, el año del Centenario de Francisco Guerra Navarro, *Pancho Guerra*, como un homenaje más a los no pocos que se dedicaron al escritor en el transcurrir de los meses del año, todos ellos avalados por las primeras de nuestras Instituciones, y todos ellos impulsados por la *Fundación Pancho Guerra*, nacida en el entorno familiar en 2006 con el propósito de fomentar el mejor conocimiento de la obra y de la personalidad del escritor; de promover su estudio; de favorecer la recuperación y la difusión de su legado. Un modo de esa recuperación puede ser la lectura de *Los Cuentos Famosos de Pepe Monagas en Décimas*, que brinda al lector –además– la posibilidad de terciar en el diálogo y explorar en sus entresijos, relejendo los *Cuentos* de Guerra.

Sin duda, le gustarían a Pancho las décimas. La décima –leemos– es el metro por excelencia del punto cubano: tal vez Pancho las recitaría; o apuntaría su cadencia al timble o la guitarra.

Sin duda, le gustarían a Pancho las décimas que ofrece este libro. Sonreiría contemplando las caídas y las andanzas de su *alter ego* Monagas reelaboradas desde otro género; desde otro formato; desde otra mentalidad artística.

YOLANDA ARENCIBIA

Directora del proyecto *Francisco Guerra Navarro. Obras completas*.

CUENTOS
EN DÉCIMAS

De cuando Pepe Monagas estuvo en el velorio de duelo del mestre Rosendo, el de Isabel



Mariquita Candelaria
era un barquillo costero,
coquetón y buen velero
y de pinta estrafalaria.
Maestría extraordinaria
demostraba su patrón,
hombre de una condición
bravía, pero madura,
que ante cualquier singladura
era nervio de ocasión.

El patron, mestre Rosendo
no llegaba a barruntar
como iba a crecer la mar
con un marejón tremendo.
Rosendo el temporal viendo,
con jiriguilla arrancaba:
a todo el mundo mandaba
e incluso al palo trepó
y fue cuando descubrió
que su nervio lo mataba.

Se dio un tremendo leñazo,
Rosendo allí quedo tieso,
no movía un solo hueso
del enorme costalazo.
La muerte le dio su abrazo.
Lo llevaron a su casa
donde su mujer arrasa
envuelta en gritos y llantos,
llamando a todos los santos
preguntando a ver qué pasa.

“Ay Rosendiyo, Rosendo”,
gritaba señá Isabél
al ver como el hombre aquel
al otro barrio iba yendo.
“¡Qué disgusto tan tremendo,
vuelves de estar embarcao
igual que un casón jariao.
Hombre como tú no hubiera
por ser de güena maera
y, para la mar, traqueao”.

Tanto habló de la madera
que su marido tenía
que transformó en ironía
sus llantos de plañidera.
Monagas cuando lo oyera
a la viuda fue a calmar
procurando apaciguar
aquel relajo naciente,
entre toda aquella gente
que en principio fue a velar:

“Pare un poco Isabelita
que el cura ya está esperando
y usted lo está retrasando,
¡Ya está bien de maderita!”
Pero la viuda más grita.
Monagas cogió el sombrero
y grito con desespero:
“¡Isabé le vi decí,
que mejóo lo deja asquí
y con él jase un ropero!”

De cuando Pepe Monagas puso un puesto de escobas en la Plaza



No andaba bien el negocio
de Don Esteban, *el Clueco*,
ni aunque se buscara un hueco
entre la oferta del ocio.
Pensando en un buscar un socio
que le diera algo de calma,
casi se le para el alma
cuando encontró la contesta
para al fin escapar de ésta:
vender escobas de palma.

Las escobas se demandan
más de lo que nos creemos,
desde que las meneemos
al poquito se desmandan.
Por eso las doñas andan
cada dos por tres comprando.
Y así al poco va tirando
Estebita, y se mantiene,
sin saber que detrás viene
uno el negocio copiando.

El individuo en cuestión
era Monagas, que listo,
ese negocio había visto
y copió de sopetón.
Vendía a medio tostón
las palmas a quien quisiera:
—“¡Barren pa dentro y pa fuera!”
y Esteban que no comprende
cómo tan barato vende,
al poco se desespera:

“¿Cómo vende tan barato?
¡Yo robo pílgame y caña!
Monagas usté me engaña.
Dígame dónde está el trato”.
En medio de este arrebató
de frases poco expeditas,
dice Pepe entre risitas:
“Le viá esplicá cómo fue,
es que yo se las robé
a usté ya terminaítas”.

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas puso un puesto de perdices en la Vega de San Mateo



No hay razón que me desmonte
una verdad como esa:
«Las perdices en la mesa
saben mejor que en el monte».
Por eso es raro que afronte
Monagas esa agonía
de patear todo el día
con la escopeta en la mano,
pero el sábado, temprano,
se me fue de cacería.

Abundante fue el trofeo,
diez perdices, cosa seria,
para vender en la feria
del domingo en San Mateo.
Entre puesto y menudeo,
vacas, pollos, vino y ron...
—“¡Las perdices a tostón
son valiosas como perlas
que el pateo pa cogerlas
no lo di por afición!”

Una señora se acerca
y las huele con apuro...
“¡Una perdis! ¿Tás seguro?
¡Pos huele como una puerca!”
Pepe sabe que la merca
de pronto peligrar puede,
a la mujer dice adrede:
“No es culpa de la perdiz,
donde plantó la nariz
seguro que hasta usted jiede!”

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas se libró, por el pelo de media hora, de doce buenas cachetadas



Manuel desde el Bañadero
bajó a un sobrino a enterrar
a Las Palmas, y al llegar
dio con un buen compañero.
Era Pepe, y con esmero
hablaron de lo preciso,
adquiriendo el compromiso
de hallarse para beber
y se quedaron de ver
a las ocho por *El Suiso*.

Cuando a su casa marchó,
Pepe oyó que Venturilla,
el Táita, de su cuadrilla,
por él a Juan preguntó.
Ca Eulalio se lo encontró,
se trabaron a beber
buenos rones y a comer,
varios sitios visitaron,
y tanto se emborracharon
que se fueron ya sin ver.

Monagas con desespero,
recordó con desazón
que olvidó la cita con
su amigo del Bañadero.
A Isidro el guardia vio, pero
por culpa de tantas tomas
la hora le pidió entre bromas
y olvidó haberle birlado
con un palomo avisado
unas valiosas palomas.

—“¿Qué hora es?”, “Lan dose y media”,
le dijo el municipal,
pero Monagas muy mal
insistió y fue su tragedia.
El guardia el tema remedia
y de una torta lo escalda;
Pepe, que al Táita respalda,
las doce y media sintió
en la torre y comentó:
“Si dan las dose me balda”.

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas le aclaró unas extrañas cuentas al patrón de la *Frasquita*



Compá Andrés, que era patrón
de la balandra *Frasquita*
cogió, por suerte maldita,
del bandullo un malejón
y, sin más explicación,
cayó en la cama enguirrao.
Estaba tan jeringao
de aquella entera colite
que pensó que era el desquite
que Dios le había reservao.

“Camita aparte, quería,
decía Rosario, *la Chopa*,
este barco se va en popa
y yo estoy tierna entoavía”.
Y hasta un pisco agua floría
por encima se roció
porque, según comentó,
así espantaba el andansio.
Sin salir de su cansancio
Andrés pa'l moro embarcó.

Regresó Andrés de la mar
tras seis meses de fatiga
y observó que la barriga
de la Chopa iba a estallar
y le dio por cavilar:
—“Jijiñóoo...no son razones”.
Y buscando explicaciones
a Monagas visitó:
—“Compadre, que digo yo...
si me aclara unas cuestiones”.

Cual saifía entramallada
la respuesta aguardó Andrés.
Monagas le sumó tres
a la zafra terminada
y ajustó, como si nada,
nueve meses que son nones.
“Deje sus preocupaciones
porque esto está bien clarito...”,
concluyó al punto Pepito...
“¡Rasones, mano, rasones!”

JAI ME QUESADA

De cuando Pepe Monagas no fue tartanero por culpa de un caballo con propulsión a chorro



Era un hombre narizado
–nieto de quien fuera el Tote–
a quien pusieron por mote
el de Agustín, *el Chopudo*.
De carácter muy tozudo,
bebedor y parrandero.
Siguió el destino certero
como sus antepasados
y pisó los pasos dados
por su abuelo el tartanero.

Se casó con Carmelita,
al poco se separó,
y después se arrejuntó
con la que llaman Pepita.
También la dejó solita
y al romper dos corazones
se buscó las perdiciones
por su vida enamorada
porque Carmela, indignada,
lo llenó de maldiciones.

Un día de amanecida
su caballo se murió
de lo flaco que quedó
por la falta de comida.
Buscando alguna salida
para aliviarse sus llagas,
de sus deudas y sus pagas
se escondió tras las botellas
y vaciando alguna de ellas
lo encontró Pepe Monagas.

A Monagas ofreció
la tartana sin caballo
y dijo Pepe, cual rayo:
“Puée que sí o puée que no”.
En la tertulia lo habló,
dijo don Pedro: “Lo mismo
tengo un corcel, simbolismo,
del transporte a propulsión
aunque produce aflicción
que lo emplees en el turismo”.

“No me sirve ese animal...,
contestó Pepe al momento,
...si es tan rápido el portento
el negocio sale mal”.
Don Pedro quedó fatal
y dijo Pepe a la zaga:
“Si corre como una daga
y recorre tantas millas
me pararan los guindillas.
¿Y las multas quien las paga?”

EXPEDITO SUÁREZ

De cuando Pepe Monagas tuvo que declarar en un pleito de vecina Fefa y vecina Lolilla, *la Alpispá*



—“No caerá una juruja
por la impertinás sequía”.

—“¡Impertinás no decía!”
Otro contendor le empuja
y en la dialéctica puja
porque leyó “pertinaz”.

—“Como sea, ya verás,
que si no nos llueve nada
con agua agria o salada
seguro que te asearás”.

—“Esta sequía trae hambre,
si la lluvia no nos premia
vendrá langosta, epidemia,
y será el ganao un alambre”.

Un chofer, medio fiambre,
les contesta respondón:
“¡Vaya con la secasón...!
y fresco como una uva
les dice: ¡...qué llueva en Cuba
y siga viniendo ron!”

El desacuerdo total
de la Fefa con la Alpispá
se encendió, como una chispa,
para un combate frontal.
Un cuerpo a cuerpo brutal
del que les quiero dar seña:
la Alpispá salto a la greña
y la Fefa a por la moña
descargaron su ponzoña
y las dos se dieron leña.

La Fefa, en el antebrazo,
le dio un profundo mordisco
y con movimiento arisco
le arranco todo el pedazo.
Es evidente que el caso
se estaba poniendo gris.
¡Qué gritos da la infeliz!
Lolilla, *la Alpispá*, ataca
y al rostro de Fefa saca
la punta de la nariz.

Pepe, que hace de testigo
de ese tremendo incidente
se decía amargamente:
“Señores, y yo que digo,
si de ambas soy amigo...
¿Tengo que comparecer?”
Al solemne proceder:
—“¿Jura usted decir verdad?”
Monagas con claridad
les dice: “¡Pregunte a ver!”

PEPE ROCHA

De cuando Pepe Monagas, curandero de ocasión, tuvo que atender a un loco de la raya de Guía



Fue Monagas curandero.
De un vistazo columbraba
el regüelto que aquejaba
al paciente plañidero;
estudiaba con esmero
las agüitas del paciente
y con aire suficiente
indicaba su receta:
“Coma poco y no se meta
un potaje de repente”.

Empezó por un casual
la mañana de domingo
en que el médico, en fotingo,
fue al descanso semanal.
Le trajeron un chaval
que montando en bicicleta
se fue contra una cuneta
y Monagas, apañado,
le arregló el cuerpo quebrado
untándole vinagreta.

La noticia de la hazaña
se pasó de boca en boca;
la tarifa no era poca
sino acorde con la maña,
pero la gente es tacaña
y tuvo que tarifar;
empezó Pepe a cobrar
según veía el bolsillo:
a los ricos, un durillo
sin poder ni rechistar.

Un buen día le llegó
un pollito singular,
no paraba de llorar
y Monagas se mosqueó.
“Señora, le digo yo,
que este llanto es cosa fina;
no puedo con la traquina
llorando de parte a parte;
llévelo a San Pedro *Marte*
que le quite la llantina”.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas fue padrino de un extraño chiquillo de Pina, *la Cochafisco*



María del Pino, Pina
apodada *Cochafisco*
que vivía allá en El Risco
se puso nuevemesina.
Era de Pepe vecina
y de Soledad, comadre;
ésta le escribió: “Compadre,
cene si viene a cenar
que voy a Pina a ayudar
pues creo que va a ser madre”.

Cuando ya el alba llegaba
y pegando más de un grito
Pina parió un muchachito
que cinco kilos pesaba.
Pepe a las nueve llegaba
y al ver al muchacho entero
a su mujer con esmero
le dijo: “¡Esto no es normal!
¡Al mes se gasta el jornal
en aspirina y sombrero!”

Pina a Pepe su vecino,
como que ya era preciso,
el inminente bautizo
le pidió ser el padrino.
Pepito a cambio de vino
y... suculún aceptó;
un nombre se le buscó,
la abuela pensó en Casiano
pero el intento fue en vano
porque ninguno gustó.

Cuando en la iglesia los vemos
en la pila bautismal
el cura, muy natural,
dijo: “¿Cómo lo ponemos?”
Pepito dijo: “Debemos
virarlo de otra manera...”
el cura dijo qué era
aquello, y Pepe espetó:
“Pa cuando eche el agua no
se le esparrame por fuera”.

—“¿Cuándo tú vas a aprender?
Nunca por lo que se ve;
yo les quise decir qué
nombre le van a poner”.
Tras otra discusión ver
le dijo: —“Que el padre... –huraño–
lo decida” Sin engaño,
dijo Pepe con su estela:
“¡El padre está en Venezuela
hace ya más de dos años!”

JOSÉ LUIS MARTÍN TEIXÉ

De cuando Pepe Monagas majó las mechas a don Pedro, *el Batatoso*



Allá en la carpintería
de maestro Pepe Quintana,
la cuadrilla está sin gana
por el calor de aquel día.
Hasta resina caía
del viejo techo de tea.
Como la calor recrea
el calentón africano
Juan se queja. —“Vete mano
pa que el meico que te vea”.

Es don Pedro, *el Batatoso*,
al que nadie ya esperaba,
quien pega a hablar y no acaba
porque es un gran mentiroso.
 Mete una mecha gozoso
como todos sus relatos:
él cruzó gallos con gatos,
“quiquirimisis” sacó,
aunque nadie se tragó
semejantes alegatos.

Monagas a todos mira
con jeito y les pica el ojo
para dejarlo en remojo
y largarle una mentira.
Se prepara Pepe: “Miiira,
borracho quedé a la usanza,
tieso y un mar de bonanza
me tapó y no me enteré”.
Dijo Pedro: “Creo en usté
porque le tengo confianza”.

PEDRO GIMÓN

De cuando Pepe Monagas tuvo un revuelillo con un negro



Allá en la calle de Triana
con dos guiris va Pepito
dándoles un paseíto
montados en su tartana.
Los recogió esa mañana
allá en Santa Catalina,
y camina que camina
la ciudad les van enseñando,
al paso que va marcando
su preciosa yegua albina.

—“¿Te gusta may siti, man?
Yo es que hablo inglés un poquito”.
—“Oh yes! Ser mucho bonito”,
le contesta el gentleman.
Pepe con todo su afán
de tratar bien al cliente,
a un camarero presente
(de color, por dar el dato),
le grita: “¡Negro! ¡Mulato!
¡Trae comida pa esta gente!”

El camarero se vira
mosqueado por ese trato,
y no le tiró el zapato
porque contuvo la ira.
“¿Cómo que negro?” –se estira–,
a lo que Pepe convino:
“Se pone como un cochino
porque negro le llamé.
¡Acaso me dirá ustedé
si es que ee asur marino!”

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas tuvo un fuerte gallo, del castío de los cucarachos



Frasco Suárez regaló
a Pepe un pollito inglés,
Pepe lo cogió y después
Soledad se lo crió.
Ella al poco se cansó
y Monagas, con esmeros,
por medio de unos guagüeros
agarró el pollito aquel
y se lo envió a don Manuel
Lorenzo de Bañaderos.

Cuando lo tuvo criado
Monagas recogió el pollo,
lo llevó a Castrito, *el Tollo*,
quien lo encontró bien planteado;
fue, por lo tanto, anunciado
como un pollo luchador
frente a un gallo retador,
golilla blanca de Telde,
que era un animal rebelde,
de tres pleitos ganador.

Pronto apareció Vitorio
el del Pinillo a escuchar
si se podía apostar
seguro y definitivo.
Dijo Pepe, absolutorio:
“¡Apuesten todo, muchachos!”
Se arrequintaron los machos
y apostaron todo a aquel
afamado gallo del
castío de los cucarachos.

Saltaron a la gallera
los dos gallos, de repente
vencido por su oponente
quedo el cucaracho fuera.
Al terminar la gallera
Vitorio a Pepe espetó:
“¡A ti te suicido yo!”
Monagas le dijo: “¿Mande?
El Suleika era más grande
Vitorio... y se jeringó”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas, pajarero de ocasión,
le vendió a maestro Antonio Santana, carpintero
en la marina, un pinto sospechoso



Sabemos que pajarrear
es un arte del canario
que lo suele hacer a diario
cuando quiere conquistar.
También se suele llamar
con acento diferente
al pájaro que es valiente,
al pájaro amanerado,
y al pájaro desviado
por pájaro delincuente.

Cuando el compadre Monagas
pájaros y aves vendía
el sexo los confundía
con imágenes aciagas.
Sus ideas eran vagas,
y nunca supo el color.
Solo fue conocedor
como todo buen muchacho
de que el pájaro era macho
si era pájaro cantor.

Es maestro Antonio Santana
carpintero en La Marina,
y por su fama se atina
que a honradez nadie le gana.
De paseo en la mañana
a la tienda se acercó.
A pepe le preguntó
si había un pájaro macho
y atendiendo a ese despacho
un canario le vendió.

Al poco tiempo llegaba
Antonio muy indignado
a devolver lo comprado
porque el macho no cantaba.
Maestro Pepe contestaba
colocándose el sombrero:
“Perdóneme compañero
mas le doy la información:
iel pájaro es virasón
hasta de hombres, caballero!”

EXPEDITO SUÁREZ

De cuando Pepe Monagas trincó, en una calle cañón, un catarro de tirafondo



En una calle cañón
donde circula el airote
iba Monagas, al trote,
y se agarró un catarrón.
Hizo una cura de ron
más no lo pudo rendir.
Pepe tuvo que admitir
que cuando el ron no funciona
entonces, toda persona,
al médico debe ir.

Frutosito, conejero,
tenía una tiendita asiada
donde no faltaba nada
y era, además, curandero.
Le dijo a su compañero:
“Casalla, ginebra, ron,
vinagre de ñema con
coñán, pólvora y azufre
y verá como no sufre
más de tanto catarrón”.

Monagas se lo jincó
y a la mañana siguiente,
con la color diferente,
a Frutosito le habló:
“Compadre, que digo yo,
que gracias por los favores,
aunque anoche, entre estertores,
con mi mujer casi acabo
con voladores sin rabo
pero amigo... ¡Voladores!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas agarró una soberana chispa, por magua de su Risco de San Nicolás querido



En San Nicolás, Monagas
con Soledad vivió, pero
don Pancho, *el Sargo*, el casero
ya no quería más plagas.
Por unas cuotas impagas
con él tuvo más de un choque
y por el distinto enfoque
y no ser una minucia
los botó como agua sucia
y fueron para San Roque.

En este barrio no hallaba
felicidad y afligido
a San Nicolás querido
con San Roque comparaba.
La nostalgia lo empujaba
y ya la noche primera
se fue al sitio de donde era,
encalló allí con su gente
y de una caña decente
se agarró una gran jumera.

Fue en casa de Mano Abajo
donde se gozó la farra,
después tiró de guitarra
y cantó con desparpajo.
Se le revolvió hasta el cuajo
ya de su casa al regreso,
entre aquel rebose espeso,
en plaja Jantana entró
y todo vueltas le dio
fechado a un perro por eso.

En una arqueta agachado
ve a un hombre que un hierro gira
para abrir agua, y con ira
Pepe en su error lo ha insultado.
—“¡No me farte, desgraciado,
¿por qué insulta, tarambana?”
—“¡Es que no me da la gana!
¿Por qué tiee que esperáa
a que yo pase pa dáa
güerta a la plaja Jantana?”

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas estuvo en una empelotada Junta de la Sociedad del Barrio



Pasó en la *Unión y Progreso*
sociedad de ocio y cultura,
una autentica aventura
que casi acaba en suceso.
Los socios en su embeleso,
decidieron en reunión
celebrar una elección
de “Miss” en la Sociedad
y según la vecindad
no era progreso ni unión.

Ya había una favorita
por parte del presidente
y murmuraba la gente
que saldría esa chiquita.
“¿Y cuálá ée la muchachita?”,
preguntaba el secretario,
que se mostraba contrario
al resultado inicial
y barruntaba un fatal
destino a aquel vecindario.

Y así fue como pasó,
que fue la hija de Angustitas,
la que de entre las chiquitas
el jurado decidió.
La sociedad retumbó
y todos los farolillos
y adornos de papelillos
que los muros decoraban
ya sus minutos contaban
pa’estallar como bombillos.

Animados por la orquesta
y encendidos por el ron,
se lanzó un gran bofetón
que hizo el silencio en la fiesta
y en seguida la respuesta:
un cabe del presidente,
una patada indecente
y todos a la batalla:
personas de cualquier talla
queriendo peliar con gente.

El local y la cantina
y los menos avispados,
terminaron destrozados.
Tiritas y mercromina,
cabestrillos y aspirina
y alguno en comisaría,
era lo que definía
que en una próxima junta,
alguien lanzará una punta
y se armará algarabía.

La reunión se convocó
un domingo en la mañana,
y por ver si había tangana
todo el mundo se juntó.
Rafaelito pasó
con curiosidad despierta:
“¿Qué pasó Pepe?”, y alerta
le responde sin tardar:
—“Que un corne van a tirar
y están todos en la puerta”.

EDUARDO NEBOT

De cuando Pepe Monagas le sacó un fiado difícil a Rafaelillo, *el de la tienda*



Era un difícil momento
de posguerra divisoria
de incertidumbre jiloria,
cartilla y racionamiento.
Rafaelillo en su aposento
había puesto un chinchalillo
pero estaba Rafaelillo
echando chispas, caray,
del “¡Apúntamelo áhi!”
no echaba nada al bolsillo.

El pobre de Rafael
refunfuñaba cabreado:
por el tique y por el fiado
no ganaba pa papel.
Una niña llega a él
y después de coger aire
le dice: “Me dijo maire
que me dée lo del repalto”.
—“¿Y no te dio ningún cualto?
Le rezongó con desaire”.

Desconfiado Rafaelillo
se va a la niña de plano,
la sujeta, abre su mano,
y le registra el bolsillo.
Del Pambaso al barranquillo
de don Zoilo se oyó el grito;
el padre, como a un cabrito,
le atizo entre ceja y ceja
y cayó sin una queja
inconciente Rafaelito.

Reclamaba seriedad
el tendero en alegatos;
del reparto y otros datos
tomó nota Soledad.
“De hambre y de necesidad
estoy cansada, Monagas”.
—“Con esas flores me halagas”,
da su esposa de repuesta,
—“¿Sin dinero pa la cesta
de la compra cómo pagas?”

Monagas a Rafaelito
preguntó por Soleá:
“¿La ha visto usted?” —“No, qué va”.
—“Pues yo llevo el recaito”.
—“Apúntelo áhi” y un grito
se oyó de forma notoria:
—“Oiga, déjese de historia
que aquí yo ya nada apunto”.
Monagas zanjó el asunto:
“¡Mi madre, fuerte memoria!”

PEPE ROCHA

De cuando Pepe Monagas actuó de pruebista en el *Circo Cuyás*



La gran *troupe* de atracciones
del viejo *Circo Cuyás*:
payasos, músicos más
trapevistas y canciones.
Increíbles emociones
en el circo como encierro.
Sobresale un testafarro
de naifes que son lazados
que deja a todos pasmados
con su arte: ¡el Mascajierro!

De pronto un día ocurrió
que su mujer, una artista,
dejó de estar en la pista
pues la pobre se enfermó.
Desde ese instante pegó
el circo con atrabanco.
Se ofreció dinero franco,
honrado a carta cabal
y a pesar del dineral
nadie quiso hacer de blanco.

Pepe, que sufría un parón
horrible con la tartana,
empujado y con desgana
se fue al circo, remolón.
Veinte duros, de un tirón,
por cada naife lanzado
se le ofrece y empujado
por tremendo desespero
Pepe se arrima al tablero
tembloroso y asustado.

Un cuchillo con certeza
corta un cigarro en su boca
y otro naife roza y toca
los pelos de la cabeza.
Después de tanta proeza
Pepe se vuelve abusón:
“Yó quiero, por la actuación
más perras”, y, con ahínco,
dice: “¡Faltan veinticinco
duritos para el jabón!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas estuvo a pique de pagar una cuenta



Monagas tuvo tartana
y sacaba sus perrillas,
pero un día las rodillas
le tumbaron de mañana.
El reuma es cosa insana
y le fastidió el invento,
se dejó, por el momento,
el vehículo aparcado,
el caballo allá amarrado...
y Monagas en su asiento.

El caballo, desmayao,
quedó perdiendo el sentío.
—“Mira a ver, Pepe quería,
el caballo está callao”.
Y Monagas, malcriao,
respondía a su mujer:
“Soledad, habría que ver
lo que comes tú en el día
y la bestia, esfallecía,
que no tiene qué comer”.

Pasó un día por El Risco
Chano *Chopa*, el de Las Cruces,
muchacho de pocas luces
que venía del marisco.
—“Vengo a visitarle un pisco,
y de paso a negociar,
que con eso de enfermar
la tartana está en apuros.
Si me paga siete duros,
la ganancia le he de dar”.

Al principio daba gusto
Chano *Chopa* trabajando,
cada día apoquinando
y luego cobrando justo.
Pero al poco empezó el susto
de no traer dinerito:
—“Cuasito sale Pepito,
cuasito un viaje que dar”
—“Pues si tú quieres cobrar,
ahora te pago... cuasito”.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando a Pepe Monagas lo levantaron de la cama a deshoras para un asunto



Una tarde a la baraja
en el cafetín de Pancho
Pepe Monagas tan ancho
con tres isleños se faja.
La sanga a todos relaja
y aunque sabe que es muy flojo
al Táita, con gran arrojo
de compañero lo invita
frente a Andrés de la *Frasquita*
y el tripulante Juan *Mojo*.

Al ver que Andrés, tan artista,
una sanga les metió,
Pepe al Táita le pidió
que esparramara la vista.
Como no era especialista
la espadilla se guardaba
y al ver cómo la ocultaba
tras perder y ver la carta
Pepito insultos le ensarta
y con él por poco acaba.

Se fue Monagas rascado
y rascado se acostó
y a las dos lo despertó
un estruendo exagerado.
Pepito sobresaltado
vio que alguien tocaba afuera
y de muy mala manera
que quién era preguntaba
y casi se desmayaba
cuando vio que el Táita era.

Al Táita excusas le brota:
“Perdone mi matraquilla...
Si yo juego la espadilla
nadie a nosotros derrota.
¡No crea que soy totorota!”
Y Pepito se envenena,
de insultos al Táita llena,
le da tremendo portazo
y por poco un toletaso
si su mujer no lo frena.

JOSÉ LUIS MARTÍN TEIXÉ

De cuando Pepe Monagas avisó a tiempo el óbito, llamado en el país, abicar, de sita Felita Cabrera



Las siete *niñas Cabrera*
hermanitas solteronas,
anticuadas ricachonas
procedían a su manera.
Evitando como fuera,
reconcomio e hidropesía.
Dicen que joyas había
en herméticos baúles,
y las rondaban gandules
sobrinos de notaría.

Al médico avisaría
a ver si el gogo curaba,
el médico se marchaba
no dijo “Esta boca es mía”.
De esa manera partía
de la casa de la dama
dejando detrás un drama
extendido y sin igual
de confusión general
con sita Fela en la cama.

Por Soledad escuchó
lo de *las niñas Cabrera*,
Monagas y a la primera
a su casa se acercó.
Pepe la mano agarró
—con palmatoria alumbraba—
vivo que el pulso le faltaba,
no exagerando en exceso
notó, tan solo con eso,
que Fela muy grave estaba.

Y Monagas de repente
dijo con prestigio y fuerza:
“No hay vida que no se tuerza”,
entre solemne y caliente.
Advirtió con voz potente
mientras mandaba a callar:
“Cabayeros del lugar
ninguno debe de dirse,
jagan e favóo e tupirse:
¡Sita Fela va a entregar!”

FERNANDO SANZ

De cuando Pepe Monagas tuvo que atender a un tupido en El Caidero de San José



Recién abierta la veda,
a los primeros albores,
subían diez cazadores
una pendiente vereda.
Don José, que no se queda,
como médico se unió;
después de que amaneció
vieron al primer conejo
que, por desnutrido y viejo,
a los perros asustó.

Rompieron las alpargatas
en el tramo que anduvieron,
ni un solo conejo vieron,
al menos de cuatro patas.
Al encontrar unas matas
decidieron detener
la marcha y vieron correr
a un chico que les decía:
“¡Vengan, por Dios y María
a un tupido socorrer!”

Hay quien se suele trancar
por arriba y por abajo
y quien, sin mucho trabajo,
se suele desatascar.
El Mulo, por apostar
que de una sola sentada,
una barqueta colmada
de tunos se comería,
se trancó, pues no sabía
lo que se le avecinaba.

Pepe Monagas quería
que otro el trabajo le hiciera
para así oír, desde afuera,
el resultado que habría.
Por experiencia sabía
que tendría convulsiones.
El médico en sus deducciones
pensó: Pepe se lo aplica,
éste a mí no me salpica
ni me mancha los calzones.

Salió Pepe manchurriado
de la cabeza a los pies
y el médico dijo: “¡Ves
de la que a mí me has librado!”
Monagas, arrequeintado
replicó: “Por ser tan bueno
usted me usó de relleno
cuando vine a este lugar
con esta jurria a casar...
¡y no a poner un barreno!”

JOSÉ MENDOZA

De cuando Pepe Monagas tuvo que ver con el pleito matrimonial de Fleitas, *el Tiendero* y Carmita, *la Costurera*



Fleitas era un solterón
que vivía en familiaje
y un día cogió coraje
y se fue de sopetón.
Cambió así su dirección
de una manera violenta.
Y fundó, según se cuenta,
por Las Palmas su tiendita,
donde conoció a Carmita,
costurera corpulenta.

Fleitas y Carmen casaron
cuando Pepe y Soledad
y en la misma vecindad
eterno amor se juraron.
Los esposos se encontraron
en esa fecha festiva.
Con las campanas que, arriba,
no querían detenerse,
quedaron de al tiempo verse
y hablar de qué tal les iba.

Se encontraron como al año
y Pepe notó certero
que ahora Fleitas, *el Tiendero*,
cargaba un aspecto extraño.
Tenía rostro de ermitaño
y tiesos los pantalones,
solapas con lamparones
que ni uno más les entraba
y lástima es lo que daba
verlo en esas condiciones.

Pronto Fleitas, *el Tiendero*,
con Pepe se sinceró
y entre tragos le contó
que vivía un desespero.
Que desde el tiempo primero
su matrimonio fue mal.
Que era como un general
con quien la iglesia le unía
y por su trato sufría
un infierno personal.

Firme hacia tu casa anda
–le pidió Pepe entre rones–
y dale unos cachetones
para que sepa quién manda.
Marchó a cumplir la demanda,
ya que un cambio era preciso.
Y al otro día, rojizo
de rostro, Fleitas soltó:
“Yo lo intenté... y me dejó
como El Cristo del Granizo”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas picó de celos a comadre Soledad



Sin pedir ni dar consejos
Quintinito agarró un día
y vendió lo que tenía:
la casa y unos cachejos
y se mandó a mudar lejos
del Valleseco natal,
se vino a la capital
buscando un nuevo futuro
donde no fuera tan duro
ganarse el pobre jornal.

Quintinito era moreno,
de un moreno amorenado,
bigote desparramado
que a su cara de hombre bueno
hurtaba el aire sereno.
Mariquita, su mujer,
nació fea sin querer,
ojos claros, rubianquilla,
un poquito escachailla,
y hablaba hasta enloquecer.

De la unión de estos dos seres
nació, hermosa y resultona,
Rosario, una pollancona
que envidiaban las mujeres
celosas de sus quereres
porque tras el mostrador,
despachaba con primor
copas de ron a voleo
que así, explotando el copeo,
el negocio iba mejor.

Un día, por casualidad,
—no eran horas de pizqueo—
Pepito aguantó el cabreo
de comadre Soledad
que le exigió la verdad
y allí, ante propios y extraños,
dijo: —“¿Por qué estos engaños
si ella tiene igual que yo?”
Y Pepito resongó:
“Lo tuyo tiene más años”.

JAIME QUESADA

Pepe Monagas en un compromiso de mujeres ca Rosarillo, *la del Bocúo*



Aunque le decían que era
seifía de otro trasmallo,
no le produjo desmayo
una chica casadera.
Isidro, como cualquiera,
se quedó como un chiquillo
cuando vio a la de El Cerrillo
en las fiestas de El Pendón
y aprovechó la ocasión
salvándola de un gatillo.

El petardo entre los pies
de la chica aterrizó
y él ni siquiera pensó
en que iba a pasar después.
Al taparlo de una vez
evitando aquel estrallo,
casi a punto del desmayo,
enralao como un demonio,
le propuso matrimonio
en menos que canta un gallo.

Ella era muy vistosilla,
hija de trabajadores
y siempre tuvo rumores
de ser algo enralailla.
Le gustaba la cosilla
de que los pollos le hablaran
y que algunos cortejaran
en la ausencia de su amado,
cuando este estaba embarcado,
y las penas le quitaran.

Así un día, por azar,
Juancillo, el de la Vegueta,
con fama de ser veleta,
pudo a Monagas liar.
Él le habló de visitar
a la muchacha en cuestión,
y animados, en reunión,
ayudados por el vino,
quiso el sabedor destino
complicar la situación.

En la puerta quien tocaba
era Isidro que volvía
de una corta travesía
y en su casa recalaba.
Rosario no lo esperaba
y para disimular
puso a Juancillo al entrar
firme y quieto como un santo
y Monagas, mientras tanto,
se fue al ropero a ocultar.

El marido preguntó
que hacía aquel hombre en casa
y ella dijo: “Lo que pasa...
que en el muelle te buscó
y como no te encontró
se vino a casa a buscarte,
para poder preguntarte
si se podría embarcar
para salir a pescar
y no paró hasta encontrarte”.

Se lió el asunto entero
cuando Isidro se fijó
en algo que se movió
pero dentro del ropero:
“¿Qué hace ahí dentro caballero?”
dijo Isidro al primer toque.
Monagas salió al estoque
y de pronto respondía:
“¡Fíjese que yo creía
que iba en guagua pa San Roque!”

EDUARDO NEBOT



En el original: La ciudad de Las Palmas, Gran Canaria.



En el original: El puerto y el Puerto de La Luz.

Las imágenes fotográficas que figuran en este libro han sido tomadas de la duodécima edición de la obra *Madeira, Canary Islands and Azores* de A. Samler Brown, 1922, época en la que nuestro autor se traslada a Las Palmas de Gran Canaria.

De cuando Pepe Monagas viajó en la guagua carraquenta de Agustinito, *el Majorero*



Agustinito López, que era
de La Oliva, majorero,
cansado del solajero
quería irse para afuera.
Así que, sin más espera,
propio de persona ufana,
dijo a su mujer: “Mañana
ve voy”. Y de sopetón
cogió al chico, un galletón,
y se fueron a La Habana.

Estéfana, su mujer,
de sus dos seres queridos
en nueve años corridos
poquito puedo saber:
pocas cartas que leer
le llegaron a su mano,
pero Agustín, entrecano,
jipijape y guayabera
llegó a tierra majorera
sin avisar, como indiano.

De allí se marchó sin magua
porque el terruño sufrido
ya no es para el curtido
hombre que negocios fragua.
Compró en Las Palmas su guagua,
–fotingo venido a menos–
una ganga de rellenos
que cien defectos tenía
a la que sobresalía
que le fallaban los frenos.

El fotingo carraquiento
con endengues de verguilla
recorría media milla
chirriando y en movimiento.
Frenaba con sufrimiento,
rebalosa como en grasa;
Pepe Monagas, con guasa,
dijo con muchos reflejos:
“Apáreme en Los Espejos
que yo me queo en La Plasa”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas estuvo de tocador en
un baile de parida de Manuel, *el Morrocoyo*
y María del Pino, *la de Chano*



María Pino, *la de Chano*,
y Manuel, *el Morrocoyo*,
su esposo, que le dio apoyo,
tenían ocho hijos, cristiano.
Sólo con darle la mano
María del Pino se inflaba.
Ocho machos ya contaba
el matrimonio y se atreve
a buscar otro, y al nueve,
por fin la hembra llegaba.

Pinilla la cristianaron,
y, para la hembra ésta,
prepararon una fiesta
y a mucha gente invitaron.
Para “amenasar” llamaron
a Julián, el carpintero,
quien era muy buen lausero
y también venía con él
de Las Cruces, Rafael,
un guitarrista puntero.

Monagas, por ayudar,
con el Táita a la guitarra,
tocó, por seguir la farra
mientras Julián fue a aliviar.
Todos quisieron cantar
animados, en corrillo;
pero, Vitorio Pinillo
sin invitación siquiera,
cantó una isa marinera
y trabó en el estribillo.

Pepe barrunto un follón,
paró, y le dijo a Pinillo:
“¡Si fueras un pajarillo!”
y Pinillo vacilón:
“¿Te gusta mi finasión?”
Pepe, como maestro en su aula:
“Pareces un gato maula,
y, lo que me pasa es que
tengo fuertes ganas de
dasle una patáa a la jaula”.

BERTO DÍAZ

De cuando Pepe Monagas fue al Pino con Rafaelito, *el de la tienda* y otro personal



Monagas y unos risqueros
se cogieron el camino
y se abrieron para el Pino,
ralitos y parranderos.
De repente entre romeros,
una mujer que cantaba:
“Por ver si me consolaba,
yo me arrimé a un pino verde,
y el pino, como era verde,
en verme llorar, lloraba”.

“Lo dice por el marido”,
Monagas le rezongaba
a Victorio que andaba
a su banda, ya bebido.
Y trancado del sentido
—porque andaba muy borracho—
a Fermín, *el Cucaracho*,
Juan *Pluma*, no lo quería
para su hija María
que hasta le pegó al muchacho.

Fermín le larga un moquete
y el “suegro” se va de banda,
y sobre tuneras anda
como un tolo, el muy tolete.
Por el follón le arremete
a una un retortijón
y sin mayor dilación
se esconde en una tunera
para largar para afuera
el peso de su aflicción.

Resultó ser la mujer
de Rafael quien, con prisa,
se arremangó. ¡Vaya risa
pronto comenzó a correr!
Todo el grupo pudo ver
la popa y ella... itan tiesa!
Ante la burla y sorpresa
el marido se cabreó
y Monagas contestó:
“¡Yo creí que era promesa!”

ANDRÉS GONZÁLEZ FRANCÉS

De cuando a Pepe Monagas lo jeringó la falta de calderilla



—“Pepe, deja de beber,
los pisqueos, los picantes,
y lo dejas cuanto antes
aunque sea por tu mujer,
que me vino a ver ayer
disgustada y preocupada,
que tienes cara embarrada
de echar ron vaso tras vaso;
cuídate, Pepe, hazme caso,
como la salud no hay nada”.

El doctor le convenció,
era médico y amigo,
y aunque no hubiera testigo,
un juramento se echó:
—“Desde ahora digo «¡No!».
Voy a dejar la bebida,
el fritango y la salida,
el tumbar de bar en bar;
me voy a sacrificar
así me cueste la vida”.

“Ya yo no bebo yo ya...
—repetía al parroquiano—
...he dejado el ron, cristiano,
no me intente convidá
que por toda la siudáa
no hay abstemio como yo”.
Pepe Monagas salió
airoso de aquella prueba:
“Se trata de que no beba,
y eso he hecho, jijiñóo”.

Pasaron tres largos meses
hasta que ocurrió un buen día
que por un timbeque olía
a fritango y entremeses.
Pagó el ron como otras veces
más no hubo cambio en la villa.
Se fue el duro en la copilla.
Su mujer un pleito echó...
—“¿Y qué culpa tengo yo
de que no haiga calderilla?”

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas estuvo a pique de que lo bautizaran por segunda vez



Tenía don Vitoriano
una finca en las afueras
de alfábara y plataneras
y en un corral, muy ufano,
un gallo hermoso y lozano,
empertigado y fachento,
dispuesto en todo momento
a complacer con esmero
su poblado gallinero,
sin tregua ni agotamiento.

Una noche, hartos de vino,
Monagas, Táita, Austinillo,
con Vitorio el del Pinillo
y otros que no traigo al tino
desafiaron al bardino
guardián de la finca aquella
echándole una gran pella
de gofio amasado y queso;
el animal quedó tieso
con la droga que iba en ella.

De arroz con pollo tenía
tremendo antojo Pepito
por eso fue derecho
a donde el gallo dormía.
Feliz con la fechoría
se dispuso a abandonar
en silencio aquel lugar,
como habían acordado,
pero un baifito, amaguado,
lo llamó con su balar.

Se alborotó el gallinero
con el balar del baifito
y con las prisas Pepito
cayó en un abrevadero.
—“¿Qué haces aquí bandolero?”
Don Vitoriano era Atila.
—“¿Quién sos tú? ¡Habla, espabila!
¡No hagas que yo me enoje!”
—“Pos como a usted se le antoje:
¿iNo ve que estoy en la pila!?”

JAIME QUESADA

De cuando Pepe Monagas fue a oír una vieja radio ca don Pedro, *el Batatoso*



Corrían los tiempos de,
dijéramos prehistoria,
en que radio y oratoria
muy seguida en la Isla fue.
Eran aparatos que,
con un montón de botones,
grandes, igual que cajones,
tuvieron muy pocos dueños
y en los hogares isleños
se formaron las reuniones.

De música a oír sonidos
o de voces, acudían,
pero tan solo se oían
garraseras y singuidos.
Uno de los distinguidos
fue Teodomiro en Vegueta,
con “el la radio” la treta
de atraerles pretendientes
en las reuniones frecuentes
a sus hijas, fue la meta.

Luego su suegra murió
y a don Pedro, *el Batatoso*,
el aparato ingenioso
Teodomiro le vendió.
Don Pedro se escarranchó
a decir que oía emisoras,
y sus mentiras sonoras
al vecindario insensato,
delante del aparato,
le hizo pasar varias horas.

Entre aquellos asistentes
una noche fue el compadre
Monagas, y en el encuadre
de la radio toos pendientes.
Vitorio y don Juan presentes
oyen silbidos afuera
y grita Pepe a su vera:
“¡Don Pedro, quieto ahí parao,
porque ya hamos agarrao
la estación de la Gomera!”

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas desprestigió el cafetín de Frascorro el de Pepa, *la Chocha*



Monagas tuvo una afrenta
en un cafetín un día,
porque sólo se atendía
a quien tuviera alta renta.
Frascorro, que lo regenta
le señaló pa la calle:
—“Y si no, mejor se calle
y no me dé la tabarra
que hay mucha gente en la barra,
puí ser que alguno se esmaye”.

Pepe le juró la guerra
desde aquel mismito día,
y en eso no hay más tutía
si en fastidiar él se emperra.
Removía cielo y tierra
para desacreditarle.
De ejemplo voy a contarle
sobre uno que bien le habló
del cafetín, y tardó
poco Pepe en contestarle:

“Si bien a usted le atendió
ee que algo a cambio quería;
lo que es a mí, el otro día,
bastante mal me trató.
Ni media tasa sirvió.
¡De poco era un disparate!
Y el bollo, pa más remate
lo metí en el pisco aquel
y si no jalo por él
se mama tóo el chocolate!”

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas le cobró una vieja cuenta a un Baltasar de aquí de la parte del Sur



Monagas, de mala gana,
a fuerza de hocicones
se alistó entre los peones
allá en la calle de Triana.
Es maestro que se afana
Baltasar, quien lo atendió.
Yo no sé lo que pasó
pero a Pepe en su bregar
el capataz Baltasar
a él se le atravesó.

Cierto día de renombre
de aquel se quiso chotear:
—“¡Oiga, mastro «Basaltar»...!”
Se cogió un berrinche el hombre:
—“¡A ver si aprendes mi nombre
debiamente, descarao!”
Dijo Pepe: “No ha jablao
de naiden que a saltar vaya,
ni me pasé de la raya,
sólo que me ha trabucao”.

“¡Calla y vete tranquilito!”
Basaltar amenazaba
y en mala forma chillaba
si paraba un poquitito.
Por eso mismo, a Pepito,
como se empezó a quejar,
no tardaron en botar
y Pepe que estaba en ascuas,
más contento que unas pascuas.
se marchó para su hogar.

Pasó un tiempo y un buen día
tras buenas recolecciones
para vender sus turrones
a Lan Parma bajaría.
Un pirata trincaría
para poder regresar;
atrás se pudo colar
junto a una madre, su hija
y cuando sube se fija
en el maestro “Basaltar”.

Como era mucho el pasaje
él atrás se encajonaba
y a ver bien dificultaba
sus compañeros de viaje.
El *Super* hizo un viraje
y en el túnel se metió.
En lo oscuro se escuchó
una fuerte bofetada
pero nadie dijo nada
cuando de allí se salió.

La gente de aquel rincón
pensarían para sí:
¿A qué desgrasiao aquí
le dieron el bofetón?
La señora, en conclusión,
pensaría: Mi hija fue;
sale a mí, eso se ve;
y su hija pensaría:
No sé a quién se lo daría,
pero fue mamá, lo sé.

Y Baltasar pensó así:
Éste se habrá propasao
con ella; la habrá esquivao
y la torta vino a mí.
Y en eso que Pepe allí
el tortazo supo dar
se jactó de rematar:
Al fin hallé la receta
de jincarle una galleta
buena a mastro “Basaltar”.

JOSÉ LUIS MARTÍN TEIXÉ



En el original: Entrada a la calle Triana y Palacio del Gobernador Militar.

De cuando Pepe Monagas viajó en la guagua con una señora mas bien feona



Un domingo deportivo
de esos que olvidar quisiera,
maestro Pepe en la gallera
se vio triste y con motivo.
Era un día decisivo
mas la suerte le falló.
Como su gallo perdió
estaba meditabajo
y siguiendo calle abajo
en un cafetín entró

Era También el *Marino*
su equipo de balón pié
que como el gallo se fue
siguiendo el mismo camino.
Olvidarlo era el destino
cuando al cafetín entró.
Muchas botellas vació
y a una hora bien temprana
fue a una parada cercana
y en la guagua se subió.

Monagas se colocó
junto a una mujer pesada
de belleza limitada
y al verla le comentó:
—“Disculpe pero es que yo
una pregunta le haría:
¿Su familia no estaría
viviendo en el mismo Asuaje
con algún mono salvaje
o allá por la cercanía?”

Esa mujer ofendida
insultos le dedicó
y entre gritos lo llamó,
borracho y bala perdida.
La respuesta desmedida
lo dejó de mala gana.
Él, mirando a esa cristiana,
contestó con frenesí:
—“Es verdad, pero es que a mí
se me pasará mañana”.

EXPEDITO SUÁREZ

De cuando Pepe Monagas le metió un guapido a maestro Pedro, el operador del viejo *Circo Cuyás*, por mor de la Bertini, la ojerosa y guapa estrella del cine mudo



En tiempos del esplendor del cine mudo existía el *Circo Cuyás* que abría su sala al espectador. Maestro Pedro, operador de cabina, colocaba los rollos, y así le daba al asistente placer, pero a veces sin querer por sus fallos lo enojaba.

Dándole a la manivela por la pantalla pasaban personajes que alegraban allí a toda la clientela. Max Linder, Charlot, la escuela de Rodolfo Valentino, Francesca Bertini vino a traer nuevas primicias, para así hacer las delicias del público masculino.

No eran como en el presente esas películas de antes en blanco y negro oscilantes cegaban casi a la gente. También era muy frecuente que de forma inoportuna el maestro Pedro alguna parte no hubiera metido y le sonara el guapido: —“¡Qué farta uuuna..., qué farta uuuna...!”.

Cierta vez el rollo puso de la Bertini al revés pero la viró después y al público descompuso. Monagas fue, y se dispuso a deshacer aquel lío cuando le gritó con brío, al querer que hiciese mella, la gravedad en su estrella: “¡iiiNo nos la vires, bandío...!!!”

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas vendía un líquido que engordaba en cuestión de minutos



Maestro Pepe es hombre pillo
que a los flacos ofertaba
un líquido que engordaba
en menos que canta un grillo.
El pueblo de Valsequillo
celebró a su San Miguel.
Allí fue nuestro hombre fiel
con su bebida famosa
que aunque era un poco asquerosa
cumplía con su papel.

Mas la estafa consistía
en una trampa muy pobre
ya que devolvía en cobre
por el peso que tenía.
La gente desconocía
el truco de ese proceso.
Esa moneda, en exceso,
no llegaba a decigramos
y aunque fueran pocos gramos
hacía aumentar de peso.

Se acercó hasta su mesilla
un hombre chico y menudo,
pelo sucio y muy barbudo,
flaco como una verguilla.
Maestro Pepe va y le pilló
esa moneda acordada.
Ya, después de estar saldada
y de hacer el intercambio
le devuelve todo el cambio
con la moneda pesada.

Al pesarse nuevamente
el aumento era excesivo
y el maestro muy cautivo
dijo sigilosamente:
“Verá usted, mi buen paciente,
como tiene sobrepeso
disimule este proceso,
coja el dinero que queda
y alije alguna moneda
para ajustarnos al peso”.

EXPEDITO SUÁREZ

De cuando Pepe Monagas le aquelló el lío de una trampa de la luz a don Esteban, *el Baifo*



Remendaba una jiñera
Pepito, tranquilamente,
cuando llegó de repente
Soledad, como una fiera.
No era un enfado cualquiera,
Don Esteban se había ido
dejándose, por descuido,
guindado el cable y la caña
con la que de artera maña
robaba eléctrico fluido.

Estaba tan preocupado
con toda aquella traquina
de cobrarle a una arquilina
que temprano fue al osgado
donde había presentado
un desajusio formal.
De regreso, en el portal,
se enteró de too el desande
y pidió una escuilla grande
de tila para su mal.

—“Mira a ver, hombre, Pepillo
si puees tú argo jaser
que en la *Síser*, hay que ver,
están con el choteillo
porque el Baifo, el probrecillo,
ya sabes que p’al dinero
es gorrón y es usurero”.
Monagas olió a negocio
y sin ayuda ni socio
se convirtió en medianero.

El desahucio levantó
a Angelito, *Millo Duro*,
no quedó el *Baifo* al oscuro
porque la multa pagó.
El entuerto resolvió
con astucia y buena maña.
Como Soledad se extraña
por aquel lance obtenido
dice Pepe divertido:
“Me empréstó el Baifo la caña”.

JAIME QUESADA

De cuando Pepe Monagas le sacó la contra a una novedad que han metido los tiempos en los velorios de difuntos



—“Mastro Domingo un sofoque tuvo de cabeza a pies”.

—“¿Cuá maestro Domingo es?”

—“Er de la Parma San Roque”.

Soledad con este enfoque avisaba a su marío de que había dao un jalío porque se estaba muriendo, y el compadre fue corriendo a su casa, compungió.

Trincada halló a su mujer, a sus hijas y a su yerno, que aguardaban al eterno descanso de aquel buen ser. El yerno quiso volver de su suegro a la agonía pues se enojaron un día algunos años atrás y a las ocho, poco más, mastro Domingo moría.

Dio un grito en su lloriqueo la viuda desconsolada y tras la chapetonada del entierro, al papeleo. Fue el compadre a ese jaleo a encargar lo del guacal; los cirios del funeral ya por eléctricas velas cambiaron y hubo secuelas de enfado en el personal.

Velas de cera quería Monagas para su amigo y el funerario enemigo solo eléctricas vendía. Ya en la casa una avería tramó en la luz, y dijo uno que era el yerno inoportuno: “¡Pepito! ¿qué jase en la rampa?” —“Estoy jasiendo una trampa como la casa don Bruno”.

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando a Pepe Monagas lo trincaron en la timba de Pérez y tuvo que salir a espetaperros



Pérez, hombre con idea,
de gallos abrió una casa
pero con extraña traza
con vistas a la marea.
No sólo de la pelea
de gallos ésta vivía
otro “asuntillo” tenía
que guardaba calladito:
era una timba o garito
que de la ley se escondía.

Era una timba pequeña
de chochos, queso, pejines,
cerveza, ron y trajines
de baraja y contraseña.
Si alguien no daba la seña
ya no dejaban que entrara;
todo se hacía así para
que nadie de mal tabefe
alcahuetara del jefe
o algún guardia se enterara.

O Pérez o su sobrino
cuidaban la retaguardia
como la noche en que el guardia
(unos cuantos guardias) vino.
Por asuntos del destino
Pepe estaba en todo aquello.
Casi perdiendo el resuello
huyó como los demás
con más de un guardia detrás
por la calle García Tello.

Monagas llevaba idea
de no perder el apuro
y llegó al filo de un muro
que ya daba a la marea.
Quería ahorrarse la pelea
con Soledad y hasta un tiro;
entre el chilgo y el suspiro
se acercaba un guardia ya
dijo: —“¡Alto!”, y él: —“Será
alto pero yo me tiro”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas se plantó en no pintarle a don Antonio, *el Bardino*, las puertas y ventanas de su casa de alto y bajo



Por San Pedro Mártir era
que Don Antonio, *el Bardino*,
solía albear, con tino,
y pintar su casa entera.
Negociante de primera
dinero a muchos prestaba
y el desenlace amarraba
con tres, caballo y perica
y así todo esto aquí explica
que casi siempre ganaba.

De posguerra era momento
en los que se racionaba,
y en reparto se otorgaba
con la cartilla alimento,
y un chocolate sustento
en aquella sociedad.
Pues ya sin más novedad
voy a la historia que afronto
del trabajo supo pronto
la comadre Soledad.

“¡Pepe...!, dijo a su marido,
...ya va a ser San Pedro Marte
y don Antonio puée darte
un trabajillo, eso oído”.
“¡Tú jas perdío er sentido!”
dijo compadre Monagas.
—“¡Pues lo quiero que jagas
es ir a arbiar y a pintá!”
—“Con él voy a di a tratá
pa darle luego las pagas”.

Pepe llegó a un medio acuerdo,
dijo: “En puertas y ventanas
cargo mi pintura y ganas”
y Antonio entró en desacuerdo.
—“Yo mi pintura no pierdo,
marrón la guardo en un cuarto”.
No era un buen negocio y jarto
dio en su casa explicación:
—“¡Mujer, yo no pinto con
chocolate de reparto!”

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas ganó un mano a mano de copas fuertes



Eran los tiempos de gloria
de nuestro futbol isleño,
de *El Sporting*, de *El Porteño*
de *El Marino*, de *El Victoria*,
Luz y Progreso, ¡Qué historia
el *Tenerife* y *Hespérides*!
Verdaderas efemérides
cuando alguien gritaba gol,
soltaba un chorro de alcohol
como en éxtasis de piérides.

Llegaba el *Club Deportivo*
Tenerife con su jurria,
guitarra, timple, bandurria
y algún que otro aperitivo.
Enfrentarse era el motivo
a un *Marino* con coraje
y fue meritorio el viaje
a pesar de que empató:
el *Tenerife* pasó
por mejor *gol-average*.

Pero en esos partidillos
saltan chispas amarillas,
las lascas de las canillas
boliches de los tobillos.
Victoriosos, en corrillos,
se fueron a un bar de Lugo
con ellos venia un tarugo,
uno llamado Juan Cancio,
que bebía sin cansancio
hasta ponerse besugo.

Ya el ambiente presentía
estallarse en mil pedazos;
caían como marronzos
las letras de la folía.
Un tal Manuel, que sentía
la rasquera en cada poro,
se preparo como un toro
y doblando la cabeza
embistió contra la mesa
donde se cantaba a coro.

El tinerfeño Juan Cancio
posó los ojos en él
y quiso darle a Manuel
su dosis de caldo rancio.
Se iba a armar la de Bizancio
pero interviene Monagas:
“Oye Manuel, tú no hagas
más disparates, ni Juan;
vamos a hacer otro plan:
el menos que bebe paga”.

Sacaron unas botellas
de un tinto, un coñac y un ron
que acabo las discusión
cuando se hicieron con ellas.
“¡Tablas!” Gritaron aquellas
personas del arbitraje.
Pepe se lanza de un viaje
al ron que tenia Victorio
y baluceó con jolgorio:
“Gané por el «beberaje»”.

PEPE ROCHA

De cuando Pepe Monagas recibió de La Habana a su cuñado Pablo Cabrera



Pedro Cabrera Bordón
amaneció una mañana
con ganas de irse a La Habana
y cumplió con su intención.
Se llevó a la emigración
un sobrino que tenía,
Pablo, que no volvería
junto con el tío aquí
sino que se quedó allí
y puso una lechería.

De uvas a brevas mandaba
carta de aquella ciudad
que su hermana, Soledad,
en Las Palmas esperaba.
Pero cuando ya extrañaba
que no escribiera el indiano,
se dejó decir un Chano,
el Sajonao, que había muerto;
Soledad lo creyó cierto
y guardó luto al hermano.

Pero una carta llegó
cuando nadie la esperaba
en la que Pablo contaba
que iba a volver y volvió.
Monagas lo recibió
pero lo encontró fachento;
no lo dejaba contento
nada de lo que veía
y Monagas ya tenía
ganas de hacerle un invento.

Iba Pablo a darle uso
a su catrillo de viento
cuando un morrocoyo hambriento
bajo la almohada le puso.
Pablo, que sintió el intruso,
lanzó una queja incendiaria
pero la voz «solidaria»
de un Pepe más que avisado
dijo entonces: “Se ha quedado
ahí esa chinche canaria”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas se creyó que era un barco



Monagas, tras su agitera,
por flaco y escacharrado
hasta se hubiera volado
con una brisa cualquiera.
¡Qué largo el periodo era
que estuvo sin trabajar!
Sin ahorros para tirar,
fuero préstamos, sablazos,
los que marcaron los pasos
para comer en su hogar.

La comadre Soledad
un empleo le buscaba
a pesar de que aún estaba
flojo tras la enfermedad.
Para su felicidad
y alivio de su destino:
por mediación del padrino
de Monagas consiguió
trabajo y lo colocó
como mozo en el Casino.

De camarero empezó
siendo inexperto del todo
y allí, en un corto periodo
su torpeza demostró.
Una broma se acordó
entre los socios fiesteros.
Y un día los majaderos
pidieron al pobre hombre
bebidas, usando el nombre
de barcos de pasajeros.

En la isla recaló
un general destinado
a la Comandancia, y dado
su rango se le invitó
al Casino, allí pidió
un Marie Brizard, con gana.
Creyendo que era jarana,
le dio a Pepe por soltar:
“Disculpe, el María Brisar
ya zarpó para La Habana”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas se gozó un sermón de San Pedro Mártir



Un canónigo de Guía
fue de esos hombres de apaños
que de una jurria de años
de origen pobre venía.
Él, con libros cada día,
encaminó su talento.
De religión con asiento
se le solía tildar,
y solía predicar
en la iglesia y el convento.

Tenía el cura el honor
de expresar por estos lares
sus sermones singulares
al ser gran predicador.
Le admiraban con fervor.
Monagas lo quiso oír,
por antojos de vivir
un sermón como testigo,
para así tener consigo
comentarios que decir.

A su mujer le indicó
levantarlo muy temprano
para oír aquel hermano;
pero con la que cogió
del asunto se olvidó.
Su comadre, con recelo,
largó un esperrido al cielo:
“¡Fuerte un hombre palanquín!
¡Pa bebé no tiene fin!
¡Estáa bueno pa un desvelo!”

Pero Monagas, al uso,
para la plaza se fue,
tomó ginebra y café
y al poquito se repuso.
A la catedral traspuso
y en un banco se durmió.
Un amigo preguntó:
“¿Sobre qué predicó el cura?”
Dijo Pepe, el caradura:
“Pues... sobre el púlpito ¡Oyóo!”

PEDRO GRIMÓN

De cuando Pepe Monagas me contó el compromiso de las lluvias en Fuerteventura



A Miguel Antonio Guerra García de Celis

Pancho Guerra por destino
hacia *El Suizo* iba una noche
y de pronto puso el broche
Monagas, en su camino.
Pancho Guerra al fin convino
contemplar la noche queda.
Debajo de la arboleda
pegaron a platicar
viendo a la gente pasar
sentados en la Alameda.

Un guardia pasó al golpito
y dijo con artimaña:
“Saludos pa la compañía.
¿Alguien tiene un cigarrito?”
Ahí responde Pepito:
“Cómo no mi amigo, aspere.
¿De cuántas chupás lo quiere?”
El guardia sigue de largo,
Pepe y Pancho en su letargo
siguen con su miserere.

—“¿Usted no ha oído que en
Fuerteventura llovió...?
Mire, por lo que sé yo
que cayó a base de bien.
Estoy seguro, también,
que ensopó toda la zona,
mas me dijo una persona
nacida en aquella orilla
que ha caído una jaurilla.
¡Esa gente es muy llorona!”

“El otro día, además,
yo me encontré a un majorero,
viejo amigo cuartelero,
conocido de áhi pa’tras.
Le dije: ¿Qué tal estás
que te veo cariblanco?”
Él dijo con atrabanco:
“¡Que mi padre se murió!”
“Y... ¿De qué?”, pregunté yo.
—“¡Que se lo llevó el barranco!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas no se fiaba de don José, *el Espiritista*



De Pérez fue la gallera
en garito convertida
para jugar la partida
en tablonos de madera.
Cuando la gente se entera,
al segundo día llegaba.
El asuntillo marchaba:
los chochos se jilvanaron,
con el ron casi acabaron
y el juego aquel no paraba.

Al garito entró un buen día
un matón atarracado
que estando el juego iniciado
una trampa descubría.
Al autor lo desafía
con insultos y violencia,
pero con inteligencia
de un macanazo fue listo,
quedando en la calle visto
por borracho y sin consciencia.

De este ambiente enrarecido,
siempre sin blanca y tajao,
quedó Pepe sulfumao
por este vicio perdido.
Al final le ha convencido
su mujer haciendo un ruego:
“¡Que lo deje lo más luego!”,
le pide a un espiritista
y aunque no cree a aquel artista
por un tiempo deja el juego.

Creyéndole ya curado,
su mujer insiste en que
al cura, que es don José,
debe el favor practicado.
—“Espera un poco, he pensado
que no tengas tanta prisa”.
Pa San José, tras la misa,
ella sola hace el regalo,
ostentoso, nada malo,
queda aliviada y con risa.

Llega él de madrugada
con una chispa tremenda,
sin nadie que lo defienda,
otra vez con la tajada.
Ella le grita amargada:
“¡Y los cuartos que gasté
de un regalo a don Osé!
Pos dime... ¿qué hago yo ahora?”
—“¿No le dije a usted señora
que esperara un poco a véee?”

ALBERTO PADRÓN

De cuando Pepe Monagas le levantó un loro a don Graciliano



Don Graciliano era un cura
con unas virtudes tales,
que todos los animales
le producían locura;
le transmitían ternura,
y tanto se entretenía
con gatos de gañanía,
como con perros de lana
o el caballo de tartana
que en la calle se aburría.

Le trajo un día un sobrino,
de esos de conciencia fea,
un loro de la Guinea
que era un pájaro divino,
con eso hilaría fino
cualquier tema de su herencia,
buscando benevolencia
en el cura que enfermaba
y al que la muerte llamaba
tal como manda la ciencia.

Aquel loro nunca hablaba,
hubo alguno que decía
que aquel loro no entendía
y otros que el bicho extrañaba,
pero nadie se aclaraba,
hasta que un día Pepito
oyó lo de aquel lorito
y con el cura fue a hablar
para poderlo curar:
“Va habló clarito, clarito”.

Pues miren por dónde el loro,
terminó yendo a Inglaterra,
a cambio de alguna perra,
una cachimba, algún lloro,
tabaco y poco decoro.
Monagas del cura huía
y si acaso le decía
que lo estaba consiguiendo,
y que no estuviera yendo,
que el bicho se distraía.

Con excusas cada día
pasaron más de seis meses
y así aumentaba con creces
el miedo a la policía.
Con el ron por compañía,
maestro Pepe discurrió
y a Graciliano llamó
para poderse reunir
y en el momento decir:
“Oiga el loro se avoló”.

Y así mirando una rama,
hacía más fiable el cuento
y con voz de sentimiento
Monagas al loro llama.
Ya todo el barrio lo clama
y le ayudan a buscar
y empiezan a imaginar
que en toda aquella alameda,
hay loros en la arboleda
que no paran de encontrar.

Era aquello como un rito
y todo el que se acercaba
al loro aquel divisaba
pues lo veían clarito.
Entonces dijo Pepito:
“¡Si me dicen en su día
lo que se reproducía,
oigan les voy a decir,
que yo no lo dejo dir
aunque me cueste la vía!”

EDUARDO NEBOT



En el original: Plaza de la Democracia.

De cuando Pepe Monagas fue al manicomio a ver a Manolito Santos, que pegó con inmanías y acabó como una baifa



Don Manuel Santos tenía tan retorcida la mente que no era cosa corriente lo que a él le sucedía. Lo que el hombre padecía se le notó una mañana cuando, con una macana, quiso hacer no sé qué cosa mientras lo vía su esposa Iluminada Santana.

Don Manuel pegó a vestirse al revés completamente pero desgraciadamente no era para reírse. Luego, en vez de arrepentirse de lo que logró con eso, cometió más de un exceso con lo que se imaginaba que ya parecía que andaba caminando en retroceso.

Iluminada Santana un día pidió socorro y Monagas, con un gorro, se asomó por la ventana. Un badajo de campana casi un ojo le vacía, mientras Monagas decía: “Esto lo jase por vicio que al estar fuera de juicio le falló la puntería”.

Pepe Monagas quería aconsejar a Manuel pero conversar con él difícil se le ponía. Monagas que le tenía a Manolito respeto, al verlo tan desinquieto balando como una cabra, le hizo, con su palabra, un lazo y lo dejó quieto.

Después de ser apeado al manicomio llegó y al primer doctor que vio le dijo: “Está equivocado”. Un día fue visitado por Monagas, por sorpresa, quien al notar la rareza de un aire contaminante pensó: aunque se levante a su casa no regresa.

De pronto pegó a notar un olor tan descompuesto que se levantó del puesto que acababa de ocupar. Escuchó desde el lugar con aquel olor sombrío: —“Aunque estoy desvanecido, yo pienso que no estoy loco”. Monagas respondió al poco: “¡Ustée lo que está es podrió!”

JOSÉ MENDOZA

De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería algo sobre la perra vida del conejero Perico, *el Sajosnao*



Un día de placidez
buscando la chismería
en una carpintería
se reunieron una vez
allí el canónigo Andrés,
el *Batatoso*, con brillo
don Frasco, hombre sencillo
el médico, Don Gregorio,
el compadre Juan Jinorio
y Victorio el del Pinillo.

Hablaban de Andrés Romero,
uno que estaba muy mal,
cuando se une al festival
Monagas, muy placentero.
Relatan con mucho esmero
la historia con su mujer:
una chica de buen ver
que del Risco procedía
y hasta a su familia un día
por ella dejó de ver.

Enralada le salió
y al ser tan piropeada
Andrés no decía nada
y celoso se volvió.
Casi al año le faltó
primero con un costero,
luego con un chicharrero
que era cuidador de gallos,
éstos y otros tantos fallos
se los contó un zapatero.

Éste le recomendó
que la debiera acechar
y como el que se va a cazar
una salida inventó.
Luego en su casa saltó
pero al hacer tantos ruidos
el gallero, desmedidos
golpes le dio por un tubo
que a base de caldo estuvo
sus tres días bien medidos.

Y ahora en su vida truncada
sin prestigio y sin fortuna
tan sólo lo atiende una
viejita y leal criada.
¡Pobre Andrés! ¡No semos nada!
el *Batatoso* expresó;
y el canónigo indicó:
“¡Fue tan loco! ¡Fue un bobera!”,
don Gregorio considera
y Monagas comentó:

“¡Ni está loco, ni abobao!
Yo conocí a un conejero
allá en el suelo habanero:
un tal Pedro, *el Sajosnao*.
Con el dinero amasao
varios ingenios compraba
pero un día se liaba
con una mulata bella
que por América ella
en los teatros cantaba”.

—“La mulata le salió
antojaisa y tan gastona
que en un año en esa zona
arruinado lo dejó.
¿Y saben a qué llegó?
Que a todo aquél que salía
de una gallera, pedía
dinero, con tanta suerte
porque se inventó la muerte
de un hijo que no existía”.

—“¿Me da argo pa’ enterráa
a mi jijo, asín Dios le
sarve el arma porque se
me murió esta madrugáa?”
Un hombre atento le da
tres duros muy complaciente
pero al domingo siguiente
el asunto repitió
echando un ojo pa no
pedirle a la misma gente.

Pero como se enredó
por no ser fisonomista
y ya fallarle la vista
al mismo hombre pidió.
Éste, bravo le espetó:
“El domingo sin falsía
tres duros te di ese día
y ¿hoy me pides más, mocoso?”
Interrumpió el Batatoso:
“¡Ya dijo otra bobería!”

—“¡Que me caiga muerto y
que no vea a Soleá
si es mentira! ¡Es verdá!”
Y Perico dijo así:
“Sí... pa’l entierro pií...”
y remata al ricachuelo
con una cara de duelo:
—“...es que el domingo reciente
no ajusté lo sufisiente
y metí al difunto en hielo”.

JOSÉ LUIS MARTÍN TEIXÉ

De cuando Pepe Monagas estuvo en una traquina de entierro



Cayó mala Dolorcitas
y no tardó mucho el día
que fue a hacerle compañía
a las ánimas benditas.
Como las flores marchitas
su marido, Victoriano,
un costero viejo y sano
que ya no bajaba al moro,
perdió su mayor tesoro
y el dolor era inhumano.

Victoriano en el velorio
ya no podía aguantar
y con Monagas fue a hablar
sobre aquello del mortuorio
en tono suplicatorio:
“Si usted jisiera el favó
y se encargara de to
de las cosas del intierro
que estoy malo como un perro”.
—“Compadre ya lo hago yo”.

“Y tenga resinación”,
Dijo Monagas dispuesto
a cumplir el favor presto,
pero hubo una condición
que se habló con discreción.
Mal asunto el del dinero,
que al viudo, que era costero,
no le sobaban los cuartos
si no para unos repartos
y a Pepe le habló sincero:

“Mi situación dineraria
no me deja comprar caro”.
Monagas lo tuvo claro,
la excusa fue innecesaria.
Encontró una funeraria,
con el dueño habló Pepito
y le contó el asuntito
de que fue mujer amada
pero que fuera enterrada
con un ajuar baratito.

Visto el tema monetario
cogió una caja sencilla
y eligió cualquier cosilla
para usarla de sudario.
Dijo altivo el funerario
viéndose en tales extremos:
“¿Paños y velas ponemos?”
Respondió Pepe entre muelas:
“¡Deje los paños y velas
que mi comadre va a remos!”

EDUARDO NEBOT

De cuando Pepe Monagas no le pudo dar el asiento en la guagua a Encarnacionita, *la Guirra*, porque tenía una puntada de reoma en la cintura



Estaba Encarnacionita esperando en la parada de la guagua, reventada, pues salió de mañanita a vender, la pobrecita. Allá por el mediodía con su cuerpo no podía, sin cobijo, sin sombrero, bajo el fuerte solajero, y la guagua no venía.

Cuando al fin apareció una guagua, remenúa, —más que guagua, una falúa— como pudo se subió. Pero de pie se quedó pues no vio sitio vacío. Se arrancó, con poderío a insultar al personal porque claro, no es normal que no ceda el sitio un tío.

“Corra pa’lante, señora”, le decía el cobrador.
—“¡Pues no puedo, no señor: aquí me quedo!”. Y se escora.
—“¡Vaya ejemplo, en buena hora, van a dar los caballeros que se sientan los primeros y que al ver a una mujer no le pueden ni ceder el asiento. ¡Verduleros!”

Monagas, que iba afectado de una puntá de reoma, se tomó la cosa a broma, tenía que estar sentado. Como era bien educado, tuvo sus remordimientos. La señora, en aspavientos: “Aquí farta educació...” y Monagas dijo: “¡No! ¡Lo que fartan son asientos!”

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas fue refre de un partido de fútbol *Tafira-La Calzada*



En un domingo gallero
embullado y jugador
Victorio de apostador
se ha ganado un buen dinero.
Está con su compañero
Táita, que va a por la jarca,
se pegan a un ron de marca,
y en Tafira es horizonte
una bodega en el monte
y la parranda allí aparca.

Después de beber buen vino
la parranda se coloca
mientras que Monagas toca
con un timple que es divino.
Retoman así el camino
y llegan a Tanque Viejo:
de fútbol habrá un festejo,
el *Tafira* y *La Calzada*
con la afición congregada
quieren dejarse el pellejo.

El árbitro sabedor
del peligro que hay, se raja,
no viene, habiendo una caja
de coñac pal ganador.
A Monagas la labor
se la ha encargado Victorio.
Por el coñac meritorio
trofeo, a pitar él llega,
y al comenzar la refriega
hay leña en el territorio.

Al punta del *La Calzada*
da un punterazo imponente
el del *Tafira*, oponente,
y entre todos hay leñada.
Ya después de reanudada,
la contienda, hay más tensiones,
entre las dos aficiones
se corre la pelotera
y el partido acaba fuera
de control, por confusiones.

Se le va al juez un pitido,
le anula un gol al *Tafira*,
y un puñetazo le tira
un defensa muy fornido.
Sin saber ni quién ha sido,
Pepe que casi la palma:
“¡Fue penaltée!” Oye sin calma
gritar a uno, y rebate:
“¿A ónde está ese tal Peñate
pa partirle toa el alma?”

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas ayudó a llevar la caja en que entregó su cuerpo a las plateneras Manolito, *el Largo*



Cuando Manolito, *el Largo*,
pegó el último estirón,
quedó buscar el cajón
de sus vecinos a cargo.
Se hizo saber este encargo
al maestro Rafael
que, ante asuntos como aquel,
de traslado de cajones,
pagaba a unos muchachones
que los llevaban por él.

A Pepillo le tocó
en dicha ocasión cargar
el cajón hasta el hogar
del hombre que falleció.
Dicho cajón se escogió
más largo que cuatro eneros.
Sin verlo sus compañeros,
Pepe en él se escondió a gusto,
les habló y después del susto,
casi hacen falta enfermeros.

Después el cajón partió
hacia el barrio La Matula
y como alma que pulula
en la noche se adentró.
En la puerta se paró
de las Lirias, tres hermanas
sin maridos, y ya ancianas,
que debido al trance amargo
de ver aquello tan largo,
murieron a las semanas.

Ya más cerca del destino,
se escondieron a fumar
y fue el cajón a quedar
justo en mitad del camino.
Gente que del duelo vino
de el Largo, tras la plegaria,
vio la caja extraordinaria
y echó correr tras aquello
que no recobro el resuello
hasta por La Apolinaria.

Desde un andamio volcó
un balde de polvo azul,
cayendo sobre el matul
que de ese color quedó.
Quien la caja recibió
empezó a lanzar sermones.
Y ante las acusaciones,
soltó Pepillo: “Relaja.
Rafael, falló la caja
y esta es la de los turrones”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas se disfrazó



Corrían los carnavales
eran días pa vivir:
¡Ojos que te vieron dir!
Pa Monagas celestiales.
Metido en los arrabales
el compadre se chispaba
hasta el final, que abicaba
el miércoles de ceniza,
con la color de una tiza
y en su catre margullaba.

No cambiaba de disfraz,
lo llevaba con euforia
como si fuera una gloria
con su respuesta mordaz.
Al reflejo de su faz
al baile se presentaba
sin pintura y desfilaba
con el enralo bien presto:
—“Voy de chuchango compuesto”,
y el hombre lo disfrutaba.

Ya el martes por la mañana
perdida la cornamenta
y toda la vestimenta
es su chispa soberana.
En fase muda, temprana,
sólo hablaba con el gesto.
Pegó a resultar a ser molesto
poniendo el pie al que pasaba
por ver como se pegaba
un leñazo deshonesto.

—“¡Al barranco a molestar!”
“Pero si estoy bien asquí...
las carnales son así”,
pudo Pepe pronunciar.
—“¡Pa fuera y sin protestar!”
Mas preguntó de improviso
una que calló en el piso:
“¿Y de qué va difrasao?”
Le dijo Pepe, mamao:
“De plátano rebaliso”.

PEDRO GRIMÓN

De cuando Pepe Monagas asistió a la lectura de un drama de Esteban Pacheco



Era una noche cuajada
de levante, noche quieta,
en el Barrio de Vegueta
el calor es sofocante.
Comparten el mismo instante
sentados, sin más jolgorio
Pepe Monagas, Victorio
el del Pinillo... cuadrilla
que completa Venturilla,
el Táita, con Juan Jinorio.

Y Esteban Pacheco pasa,
un dramaturgo insular
que nunca pudo estrenar
las obras que guarda en casa.
Monagas lo ve en la plaza
y se le ocurre una idea:
para que todo no sea
el tedio y el calor seco
va a convencer a Pacheco
para que un drama les lea.

*La reina Olegaria mata
muriendo* se llama el texto
(para los cuatro un pretexto
para hacer la tarde grata).
Esteban Pacheco trata
de leer el texto aquel
y como quiere ser fiel
a todas las situaciones
lee las acotaciones:
“(Entra ella), (Sale él)...”

Siguió Esteban con aquella
lectura que era un guineo.
Nombraba cada paseo:
“(Entra él) o (Sale ella)...”
De caballero y doncella
Monagas harto acabó
y cuando se requintó
dijo como en un desquite:
“Ábreme la puerta ¿oíte?
que ahora el que sale soy yo”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas le preparó el entierro al costero Ignacio, *el Breca*



Encaminó Ignacio, *el Breca*,
hacia el marisco su rumbo:
tenía el envite a tumbo
y la garganta muy seca;
su boca hizo una mueca
pero esta vez no había engaño:
muy dentro llevaba el daño
que le acercaba al destino
porque su pobre intestino
sufría un dolor extraño.

“Lo mesmo que antié, Pepito...”,
respondió Candelariya,
“...ya no se aguanta en la silla,
está todo enguirraíto.
¡Qué pena da el pobrecito!”
—“Candelaria, ven acá:
man que sea pa calentáa
guísame una tasa di agua,
pa ver si se va esta magua.
¡No te vayas a enroñáa!”

El calor de la infusión
a Ignacio le alegró el ojo,
de toyos tenía antojo
y los pidió con fruición:
“Jaslo por tu sarvasión
asín Dios te sarve el arma”.
Pareció que había carma,
pero a los claros del día
frío en el catre yacía
el Breca, y cundió la alarma.

Y Monagas fue avisado
pa buscar la solución
de meter en el cajón
aquel cuerpo encloquillado.
El hijo, muy disgustado,
a punto de enloquecer,
preguntó a Pepe qué hacer.
—“Tranquilo que en eso estamos:
A tu padre lo asentamos
alantre con el chofer”.

JAIME QUESADA

De cuando Pepe Monagas, estando baldado de una puntada de reoma, puso una escuelita de noche en El Risco



Le mordieron la rodilla
a mi compadre Monagas
unas puntadas aciagas
de un reoma que en la silla
le jiso varar la quilla.
Y entre dolor y desvelo
jalló mi hombre consuelo
llegando a la conclusión
que podía dar lección
pues él, de tonto, ni un pelo.

Y una iscuela vespertina
montó Pepe con premura
pa jaser que la curtura,
que es del pueblo vitamina,
llegara hasta cada esquina
y así los galletonsiyos,
los chilguetes, los chiquillos,
por un tostón por cabeza
aprendieran, con presteza,
el catón y otros librillos.

Y tuvo que desplicar,
no sin grandes calenturas
todas las asinaturas
que allí fueron a estudiar
los toletes del lugar.
Aquello era un tormento
y hasta un batata fachento
que estudió la siclopedia
lo puso de vuelta y media
por mor de su atrevimiento.

Para colmo un tal Chanito
que era hijo del tendero
siendo un muchacho serrero
presumía de erudito:
—“Me ando en Historia... flojito,
me ando... en Lengua en manganilla...”
Monagas dejó su silla
y le espetó haciéndolo un guiño:
“Pos mire, ande, mi niño,
vaya y mee en la cartilla”.

JAIME QUESADA

De cuando Pepe Monagas salió de pantasma y por poco se le enreda la pita



Hubo un tiempo en que se usaba
contratar a algún pantasma:
disfrazado de fantasma
salía alguien que asustaba
a la gente que pasaba
por una zona concreta.
Eso siempre era una treta
pa las moscas espantar
cuando un rico iba a mociar
y la cita era discreta.

Pero el pueblo espabilaba
y se volvía más cuco.
Muchos sabían el truco
que a casi nadie engañaba.
Si un pantasma paseaba
asustando al personal,
podía acabar muy mal
sin completar su misión,
con un tremendo chichón
de una pedrada fatal.

Los pantasma daban risa
cuando don Pedro llegó
donde Pepe, y le ofreció
un trabajo de esta guisa.
“En miércoles de senisa
puede ser que yo me atreva,
pero con la gente nueva
los pantasma ya no valen,
que les zurren cuando salen
y luego a ver quién me lleva”.

Pero don Pedro insistió,
le tentó con diez duros,
y viendo los dineritos
Pepe Monagas cedió.
De pantasma se vistió
y al final se echó a la calle,
con la cadena en el talle,
la sábana de una pieza,
un cestito en la cabeza
y ningún otro detalle.

Donde Pepe iba a tener
vivía Luis, *el Pipano*,
un hombre machote, indiano
que tuvo que trasponer
la vez que, al amanecer,
Juan Candela quedó muerto.
El caso se dio por cierto;
no se pudo demostrar,
pero todo iba a acusar
al Pipano del entuerto.

Esa noche, casualmente,
por allí estaba el Pipano
con un bastón en la mano
andando tranquilamente.
Pepe lo vio de repente
al doblar por una esquina
y al verlo pensó: Camina
Monagas, que si te atrapa,
de esa bestia nadie escapa,
y te jinca una tollina.

Se libró de la cadena
y también tiró el cestito
para andar más ligerito,
corriendo como alma en pena.
La carrera no era buena
pues la sábana estorbaba.
El Pipano le alcanzaba
y Monagas, angustiado,
viéndose casi atrapado,
en el cementerio entraba.

Monagas se reviró:
“No me toques, no te atrevas,
que mi maldición te llevas”.
—“¿Tú quién eres?”, preguntó
—“De Juan Candela soy yo
el ánima espiritual”.
—“Pues demuéstralo, animal”.
Pepe dijo: “No podemos,
las ánimas no tenemos
la sédula personal”.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando a Pepe Monagas se le olvidó pagar la guagua



En tiempos de las primeras
guaguas de verguilla y chapa,
se vivía en una etapa
distinta en las carreteras.
De atrabancadas maneras
realizaban siempre el viaje,
imitando en el paisaje
a perros por las esquinas
aquellas guaguas caninas
recogían al pasaje.

Para cambiar el semblante
de fotingos y tartanas
el isleño puso ganas
con un empeño constante.
Sin el dinero abundante
compraba a plazos mejor,
ejerciendo otra labor
el mismo chofer hacía
por razón de economía,
las veces de cobrador.

Un día el compadre dio
un viaje, pero al bajar
se iba a marchar sin pagar
y el chofer lo sorprendió.
El guapido le sonó,
y haciéndose el despistado,
mirando para otro lado,
Pepe preguntó: “¿Es a mí?”,
y el chofer le dijo: “¡Sí,
que la guagua no ha pagado!”

Monagas que conocía
lo de las compras a plazos
con sus picarescos trazos
respondió con ironía:
“¡Mire!, le aconsejaría,
si la tiene que pagar,
que no se vaya a olvidar...
y sabe lo que le digo,
que la pague pronto, amigo,
o se la van a quitar”.

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas llegó a tiempo a ca *las niñas Angustias*



Tras la misa mañanera
fue Ritita, *la de Angustias*,
la de unas puntadas mustias
de costillaje y cadera.
Cayó, de mala manera,
con un soponcio de ahogo
que de pronto les prologo
con todo lo acontecido:
era un ruidoso acecido,
como gallina con gogo.

De pronto las seis hermanas
formaron un zafarrancho
y a lo largo y a lo ancho
iban todas tarambanas.
Ellas ponían sus ganas
pero por lo que se ve
más ponían un traspie
que ponían solución
que fuera la aparición
del médico, don José.

Cuando el médico llegó
dijo con total entrega:
“¿iQué!?! ¿Aquí parió la gallega?”
y a los goleores echó.
El médico la auscultó
y una receta hizo al fin,
después cogió el maletín
y dijo muy decoroso
pónganle un parche poroso
mientras, en el interín.

La cosa se resolvió
con lo que habían recetado:
el aceite alcanforado
que en inyecciones llegó.
Monagas fue el que informó
y a don José dijo así:
“El parcho se puso ahí,
en la zona reserváa,
y le quitó la puntáa
pero no pué dar de sí”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas se entrometió en una agarrada de Isabel la de Carmelo y Dolorcitas, *la Chopa*



“¡Miá que se lo dije!, digo:
¡Coges el tole y pa acá,
no me jagas esperá!
¿Qué he hecho yo pa este castigo?”
Decía pa sí, consigo,
Dolorcitas afligida,
limpiando desfallecida
el suelo del ventorrillo.
Isabel, que olió el tufillo,
arremetió decidida:

—“Alpeldises foguetiáas
son las niñas de hoy en día...”
—“No lo dirás por la mía;
al favóoo... que ni amarráas
son las tuyas tan honráas,
tal peaso de arranclín”,
le dijo, poniendo fin,
por su parte a la disputa.
Pero Isabel, resoluta
Dijo: “¡Jum!”, con retintín.

—“Pregunte a Usebio *Garepa*
ónde vio, de taldesita,
a su niña; échele agüita,
si no quiere que se sepa”.
Y Dolorcitas le increpa
cuando interviene Pepito:
“A véee..., vamos despacito:
jable usté, comá Dolores
que dimpués, con mil amores,
tendrá Isabel su tiempito”.

Como foguete encendió
se fue Isabel pa Dolores
y entre insultos y clamores
la dejó allí sin sentío.
Monagas cantó afligío:
“Pican de peor manera
una mala turrонера
que una jija que es bandía,
oí una voz que decía
al pién de un bardo tunera.”

JAIMÉ QUESADA

De cuando Pepe Monagas enraló a don Francisco, *el Batata*



Era doña Catalina
un prodigio de mal genio
sin igual en el milenio
por lo bruta y poco fina,
y en lo amarga y lo mezquina,
digna heredera del padre
que era de tan mal encuadre
que lo llamaban *Bardino*,
quien decía en el casino:
—“No hay perro que a mí me ladre”.

También heredó otra dote
de su padre aquella niña,
que como barbas de piña,
le asomaba un gran bigote.
Queriendo vender el lote
liaron a un tal Frascorrito,
un treintón ya madurito,
que según los del lugar
lo pretendían largar
de su casa al pobrecito.

Sin más llegó el matrimonio
y la primera polvaza,
pues Catalina, en su casa,
mandaba como el demonio.
Y sirva de testimonio
que el hombre se defendía,
pero siempre recibía
esa precisa trompada
que dejaba su alma echada
durmiendo hasta el otro día.

Cierto día el buen marido
se encontró con la tartana
que llevaba de jarana
a un grupo bien escogido;
La frenó con un chirrido
Monagas medio templeo,
Rafael, *el Sajosnao*,
y unos cuantos mercenarios,
que iban como los templarios
a comer caldo pescao.

Convencieron a Frascorro
con ron, que ayudó bastante,
pues pronto perdió el talante,
el buen tino y el cachorro.
Se templó. Bebiendo a corro
los templarios metían basa
a Frascorro que, con guasa,
les dijo: Voy a cantáa:
“Esto es vivíi, y es gosáa...”,
hasta volver a su casa.

Allí le entró tembliguera
temiendo que a su llegada
su mujer endemoniada
una paliza le diera.
¡Fuerte llanto pejuguera!
En esto que se calló
Monagas le aconsejó:
“La primera trompáa es suya
y no apare aunque se juya.
¡Cachetón tras otro! ¡Oyóo!”

Nada más abrir la puerta
se oyeron los taponazos:
golpes, tortas y porrazos
y al rato una calma incierta.
Así el alba se despierta
tras el cuatro día fue,
que Pepe, de pronto, ve
a Frascorro hecho un guiñapo
con vendas y esparadrapo
y pregunta: “¿Tú mujée?”

Dijo Frascorro intrigante:
“La primera la di yo
pero el resto que se oyó
fue mi mujer atorrante:
¡Para mí todo el sobrante!
Gracias que en la galería
estaba, por suerte mía,
la misma Virgen del Pino,
fijada de un cuadro fino
y me asistió en la porfía”.

“Se fue un golpe por error
y le dio a aquel cuadro viejo
que cuelga como un pellejo
entre tanto desamor.
Nuestra Madre de Teror,
igual que si me escuchara,
vino a caerle en la cara
con mucho polvo y despojos
y se le metió en los ojos,
si no... ¡Más nunca me aclara!”

EDUARDO NEBOT

De cuando Pepe Monagas fue jefe de los bomberos



Monagas era especial
de bombero o policía
pues siendo de noche o día
tenía olfato comercial.
Con todo el mundo era igual
y en guachinches, alongado,
haciendo el sonso, agachado,
a veces, con mal olor,
engordó que era un primor
porque era un aprovechado.

Era jefe de sección
de bomberos, por alarde,
y siempre llegaba tarde
pachorrúo y tranquilón.
Decía con resolución:
“Empecemos la faena
que cuando la dicha es buena
el fuego se puée apagáa
pero eso de trabajáa
mucho no vale la pena”.

Ardió un almacén un día
y Pepe tragó sus rociadas
con mangueras empatadas
porque poca agua había.
El dueño así le decía:
“¡Ahora es que viée pa’cá,
cuando tóo quemao está.
¡A buena hora y con sóo!”
Y por último largo:
“¡Que auxilio pa la ciudáa!”

Pero la gente sabía
que Borrás, que ese era el dueño,
de vez en vez, con empeño,
fuego al almacén metía.
De esa forma cobraría
el seguro mercader.
Pepe pudo responder:
“Cabayero, apare ya.
Si lo quería puntuáa
¿por qué no lo dijo ayée?”

FERNANDO SANZ

De cuando Pepe Monagas perdió un envite en la gofiería de maestro Juan Cansio



Había una gofiería
que en honor a la verdad,
la mejor de la ciudad,
que apenas arrenjundía
por la demanda que había
por cumplir con los contratos.
Corría también los tratos
entre Juan Cansio el gofiero
y una tal María, pero
lo más seguro... alegatos.

La partida del envite
alterna Juan con su oficio
que resultan ser un vicio
que un día y otro repite.
No se para hasta el desquite
y son como un desafío.
Señas, restrallos... ¡Envío!
de mastro Juan y Monagas
pues si perdías pagabas
entullos y beberío.

Mastro Juan Cansio que había
ganado el primer partido
se encontraba tan crecido
que el cansancio no sentía.
Hecho un quíquere decía
cosas de lo bueno que era.
Luego cayó, cual estera,
creyendo en cada cañazo
y se pegó un lingotazo
para pasar la rasquera.

Mastro Juan con más cautela
ya pegó con el tercero
y se lo apuntó el gofiero
cañero de fina escuela.
Monagas izó su vela
y oyó: —“¿Pero ya se váa...?
¡El gasto está sin pagáa!
¿Pa' qué jugatée...?” Decía
Pepito que trasponía:
“Creí que diba a ganáa...”

ANDRÉS GONZÁLEZ FRANCÉS

De cuando Pepe Monagas fue a mariscar a un cercado de papas



Un antipático indiano,
por Ramírez conocido,
resultó poco querido
al volver de suelo habano.
Abría poco la mano
para una perra soltar,
y no quería gastar
ni en su hija las pesetas,
que enferma, algunas recetas
podía necesitar.

Mira que era rancio el pobre
que guardaba hasta las chapas,
y hasta la finca de papas
regó con agua salobre.
Trincado y con tanto cobre
a Pepe lo atragantaba.
Ni de broma lo tragaba,
y un día quiso mofarse,
para así buen gusto darse
a costa del mala baba.

Le llenó la finca de
buyones, cangrejos, lapas...
y cuando a coger las papas
al otro día aquél fue,
imagínese lo que
se podría presentar.
Pepe a punto de llorar
de risa, casi se mea:
“¡Yass! ¡Qué subió la marea!
¿Acaso vino a pulpiar?”

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas pintó un león en la tienda de *Los Maúros*



Cualquier isleño amañado
igual pone una inyección,
que monta una instalación
eléctrica de cuidado.
Monagas era nombrado
por lo fino que pintaba.
Más de uno lo contrataba
pues no cobraba en exceso,
sabía, y encima de eso,
todo limpio lo dejaba.

Con el nombre de *El León*
una tienda bautizaron
y allí a Monagas llevaron
previa recomendación.
Debía pintar en cuestión
un león con su melena.
Y espetó ante aquella escena:
“Vale, pero he de saber
cómo lo van querer...
¿con cadena o sin cadena?”

Dado que era más barato
sin cadena fue previsto
y Pepe lo dejó listo
en lo que se dice un rato.
En la elección fue insensato
de un material de tercera.
Y claro, con la primera
lluvia se borró el león
y por él quedó un manchón
que nadie sabía qué era.

Monagas fue requerido
al lugar por los clientes,
los cuales, intransigentes,
reclamaron su descuido.
Al que andaba más crecido,
Pepe sereno soltóle:
“No hay quien a un león controle
sin una cadena buena;
lo encargaron sin cadena,
y ahí lo tienen: ¡cogió el tole!”

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas colocó de guardia municipal a Juan Esteban, *el Tumbao*



Pepe hasta Agüimes llegó
con el puesto a buscar fruto
pero buscó un sustituto
y en la fiesta se metió.
En una trastienda echó
la parranda verdadera
y le aguantó la carrera
Juan Esteban, *el Tumbao*,
dichete que había ganao
por vivir tumbao en la acera.

Que trabajo le buscara
el Tumbao le pidió
y Pepe, aunque se olvidó,
dio por él después la cara.
Buscó a un tal Carmelo para
que desde el Ayuntamiento
se le hiciera el nombramiento
de guardia, si más no había:
—“Déjelo de cuenta mía”,
y lo hizo guardia al momento.

Lo mandaron al Paseo
de San José y algo anduvo
pero al poco tiempo tuvo
el pegajoso deseo
de sentarse y según creo
se quedó repantigado,
pachorrudo, embelesado
y tanto le gustaría
que era turno que tenía,
turno que echaba sentado.

Acabaron por llegar
quejas por sus mañas vagas
y el tal Carmelo a Monagas
un día mando llamar.
Le quiso las quejas dar
sin tener que darle el nombre
y aunque la contesta asombre
dijo Pepe ya enterado
de que echaba el día sentado:
“¡Entonces tenemos hombre!”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas templó un caldo con sahumero



Resulta que el isleño antes
se corrían con sus gentes
unas juergas imponentes
con sus tortas delirantes.
Con esos caldos y cantes
es raro que te resistas.
Lejos del mar, los farristas,
en los estanques, con ron,
se alegran el corazón
entre tantos sancochistas.

En una congregación
estaba Pepe Monagas,
porque él es de esas zagas
que ejercen con vocación.
En una celebración
un caldo se preparaba
y Pepe participaba
porque era imprescindible
pero se hizo invisible
al pagar pues no pagaba.

Faltó sal o la olvidaron
y el condimento de mar
Monagas mandó a buscar
y al Táíta se lo encargaron.
Él y Victorito entraron
a buscarla a una tiendita
donde se echan su copita
pero no se encuentran sal.
¡La cosa se puso mal
sin pizco de sal maldita!

Victorito le entregaba
a Monagas sahumero
porque según su criterio
sin sal aquello bastaba.
Aquel incienso lo echaba
Pepe al caldo que, al final,
lo probó y supo fatal.
Dijo Pepe: “¡Qué perruna...!
¿Pero esto es un caldo, o es una
funsión en la Catedral?”

ANDRÉS GONZÁLEZ FRANCÉS

De cuando Pepe Monagas fracasó en la pesca de la aceituna



Cuando maestro Cirilo,
el Bocúo, se enfermó
de un cólico, le quedó
la vida sujeta a un hilo.
Después de un periodo en vilo
el vigor recobró un día.
Pero en la cama caería
de nuevo, tras conocer
que le vendió su mujer
unas cabras que tenía.

La esposa ante aquel furor
le explicó a su compañero:
“Me hacía falta dinero
para pagarle al doctor”.
Una explicación peor
creyó Cirilo tener:
y pensó de su mujer
con ideas más macabras,
que había vendido las cabras
para gastarlo en beber.

Monagas compareció
al juicio entre la pareja
—según el acta refleja,
porque las cabras compró—.
A ella le favoreció
el dictamen del letrado.
Pepe fue recompensado
por prestarse a declarar
a su favor, y fue a un bar
con el dinero ganado.

Eso lo quiso emplear
para rones y aceitunas
y aceitunas hay algunas
que no se dejan pinchar.
Pepe, tras mucho luchar
con una esa madrugada,
la vio por otro pinchada
y engullida, y exclamó:
“¡Eso no es mérito, yo
ya la tenía cansada!”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas y Venturilla, *el Taita*, robaron un gallo



En fuera de la Portada
estaba Pepe invitado
a un baile, acompañado
por Ventura icasi nada!
Al poquito de empezada
la taifa surgió un revuelo.
Un galletón y un abuelo
se agarraron, y acabaron
todos los que se acercaron
revolcados por el suelo.

Pronto cogieron camino
Pepe, y detrás Ventura
y siguieron la aventura
buscando un nuevo destino.
Al poquito un gallo fino
se encontraron, vigilado
por abuela y nieta al lado,
que dormidas no se dan
cuenta del tremendo plan
que aquellos habían tramado.

Ventura entró en el corral
mientras Monagas cantaba
pues disimulando estaba
los cantos del animal.
Pero fue el sonido tal
al tirarle la chaqueta
que despertó a abuela y nieta:
—“Creí escuchar un cloquio”.
—“Señora un gallo se ha dío
hasta al mismísimo Fleta*”.

*Miguel Fleta (1897-1938):
Insigne cantante aragonés
con una relevante pero corta
carrera internacional, muy fa-
moso a comienzos del S. XX.

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas le arregló a uno de Agüimes un reloj de un soplido



Fue Monagas uno de esos
obrereros de platería,
también de relojería
y de anillos de embelesos.
Así hacía sus progresos
con tremendas sutilezas.
Aplicaba sus destrezas
con algún que otro traspíe
pues siempre acababa en que
sobraban algunas piezas.

De Agüimes vino un cristiano
–Usebito el del bigote–
color negro o capirote,
el del tienducho cercano.
Le trajo un reloj cubano
que estaba desconchabado;
el reloj se había parado
cuando cayó en la salmuera
y quizás por eso fuera
que tenía el fondo mojado.

Con la puntilla lo abrió
lo miró meticoloso
agudizando ingenioso,
con un alfiler hurgó.
¡De un soplido lo arregló!
Monagas le dijo: “¡Ahí va!”.
“Dios se lo pague. ¡Ya está!”
dijo Eusebio con zozobra.
Respondió Pepe: “¿Quién cobra
amigo? ¡Aprenda a soplar!”

PEDRO GRIMÓN

De cuando a Pepe Monagas se le fue el baifo en una apuesta



Regentaba barbería
mastro Andrés, *el Chocolate*,
negocio de gran quilate
gobernado cada día,
y, según le parecía,
limpiaba sus aparejos
con los periódicos viejos,
a la navaja barbera
de cortar la pelambreira,
le sacaba hasta reflejos.

Pues entre otras aficiones,
mastro Andrés tenía un galgo,
ya se sabe que eso es algo
que llama a conversaciones.
Un día, entre sofocones,
el lance acabó violento.
Tacataca, echó, fachento,
un desafío gamberro:
“Creo que tiene, ese perro,
mucha vela y poco viento”.

Antes de dar la respuesta
Monagas metió cuchara:
“La solución está clara,
para no romper la fiesta,
le propongo aquí una apuesta:
que si el galgo de Andrés gana
la carrera tarambana
cinco duros gano yo,
o gana ustée”, y sentenció:
“¡Eso se verá mañana!”.

Al galgo de mastro Andrés
le pasó algo muy curioso:
en la salida, nervioso,
se enredó con un traspies
y apareció del revés.
Tacataca sacó el rejo:
“Me ha dejado ustée perplejo;
de mi asombro ya no salgo;
se la echaba con un galgo...
¡Lo que tiene es un cangrejo”.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas fue de político a comunicar una muerte a Valsequillo



Don Juan Lorenzo, sencillo,
hombre de filosofía,
cerca de Pepe vivía,
venido de Valsequillo.
En su casa más de un pillo
conocido se hospedaba,
cuando a Las Palmas llegaba
del pueblo allí a algún asunto
iba hasta su casa a punto
y de gratis se quedaba.

Doña Candelaria Marte
en fiestas de San Miguel
iba hasta la casa de él
todos los años con arte.
Quería encontrarse aparte
del festejo, que a su esposo
lo mató un toro impetuoso
la antevíspera del santo,
y su dolor era tanto
que iba en busca de reposo.

Doña Candelaria fiel
a la fecha de aquel drama
muerta amaneció en la cama
el día de San Miguel.
Don Juan Lorenzo en aquel
trance, recordó a Pepillo,
por su político brillo
y ser el embajador
de la pena y del dolor
lo mandó hasta Valsequillo.

Fue con el Táita a avisar
a toda la parentela
pero cogieron candela
en las fiestas del lugar.
La noticia la fue a dar
cerca de la madrugada,
quedó su gente abrumada
sumida en un gran dolor
y Pepe con un temblor
no quiso saber más nada.

—¡Pa qué habré vela cogío
en este intierro!, decía;
ir a Las Palmas quería
para olvidarse del lío
y a Don Juan decir con brío
que pa evitar tirantez
—política solidez—
él podría encontrar con
don Fernando de León
y Castillo, pa otra vez.

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando a Pepe Monagas lo ensoparon en una serenata



Don Anselmo se llamaba,
de seco y limpio desplante
quien pretendida a una amante
que con tangos cortejaba.
Aquella miss lo aguantaba
pero un día lo plantó
pues de otro se enamoró
que era un muchachito fino,
peninsular, con destino,
y a Anselmo lo licenció.

Dándole con la mirada
a Anselmo de un jocicón
y cerrando su portón
lo sentenció, liberada.
Él volvió una madrugada
con cantares que ofrecer:
“Algún día, tú, mujer,
has de llorar mi consuelo,
y han de pedírselo al sielo
que yo te vuelva a querer”.

Las coplas se sucedían
y Monagas con Ventura
aguantando mojoura
por aguadas que caían.
De la ventana salían
los cacharros varias veces.
Pepe ante tantos reveses
al marchar le puso el broche:
“¿Racioná y a media noche?
¡Adiós tanque los ingleses!”

PEDRO GRIMÓN

De cuando Pepe Monagas se vio negro en La Habana



Monagas estuvo en *Bana*
y cuando el charco pasó
vendió fruta y guataquió
caña en la tierra cubana.
Guayaba y piña antillana
vendió buscando unos duros
y después de esos apuros
regresó con un tesoro:
además de un diente de oro
media docena de puros.

Pegó en Cuba a preguntar
por una fondita austera
y a la “Flor de la Tunera
de Agüimes” fue a recalar.
Pidió al dueño del lugar,
que era un tal Agustinito,
que le hiciera el favorcito
de llamarlo, que seguía
viajando al siguiente día
y salía tempranito.

Aquella noche cenó
con dos gallegos y al lado
de un negro y avinagrado
de sueño fue y se acostó.
Un trío isleño llegó
a la fonda en que dormía,
y entre aquellos tres venía
Robaina, de Gran Canaria,
que era de La Apolinaria
y a Monagas conocía.

Pensó en darle una montada:
con una vela y un plato
entró al cuarto y en un rato
dejó su cara tiznada.
Pepe escuchó la llamada
que le avisaba del día
y ante un espejo que había
se miró diciendo así:
“En vez de llamarme a mí
llamó al negro ¡Vemería!”

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas casi abica debajo de un ducha en Cubita la bella



En Cuba Monagas tuvo
andanzas de ganancioso
no es que fuera laborioso
pero con su maña hubo.
Casi toda Cuba anduvo
con la misma voluntad
y tanta casualidad
halló por aquellas tierras
que hasta le mandó unas perras
(por un tiempo) a Soledad.

Don Andrés, que era el patrón
de un ingenio de valía,
quiso organizar un día,
por San Andrés, un fiestón.
Se anunciaba la actuación
de un Monagas que cantaba,
que su requinto tocaba
y cantaba sus trujanes
pero Andrés hizo otros planes
y con Monagas contaba.

Andrés a Pepe invitó
a una rumantela más
pero por verlo, quizás,
a ducharse lo invitó.
A su baño Pepe entró
y miren cómo sería,
qué lujo de grifería
y qué verde enladrillado
que Pepe, que entró enguirrado,
sólo dijo: “¡Vemería!”

Monagas se humedeció
poco más que cara y pies
y al no sentir agua, Andrés,
todas las llaves le abrió.
Monagas se esmoreció
se atragantó y gritó en vano
cuando viendo al ser humano
que le echó al cuello la sogá
dijo: “Mire que me ahoga,
vire la tosna, cristiano”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas anduvo gitaneando con un burro más viejo que el camino del puerto



Con lo de la gasolina
y el parón, Monagas vio,
que un gran negocio surgió
de compraventa genuina.
A mercar burros destina
tiempo, por tener valores,
maltraquiado en las labores
se va a inspeccionar los flancos,
camino de los barrancos
y por los alrededores.

Ve a un burro viejo que baja,
menudo y con mataduras,
casi ciego y sin hechuras,
y a hablarle al amo se encaja.
Vio en su compra una ventaja,
y al viejo el negocio expuso,
quedando éste algo confuso,
pero aceptando sin vetas
darlo en veintitrés pesetas
y una cachimba con uso.

Ya en su casa lo endengó
con maña gitaneando
y le fue bien, pues pasando
nueve días lo vendió.
Así una onza le sacó
comprándolo un panadero
que volvió a su casa fiero,
después de pasar un día
porque el burro no veía,
a reclamar su dinero.

El burro hizo un desacato
de pan, sin ver su destino
y a su dinero camino
Pepe le dio de inmediato.
Le dijo: “El trato es el trato,
seamos los dos cabales”.
—“¿Qué jago al burro?, ¿señales?,
iqué ya ni con gafas va!”
—“¡Oh!, pues ustée póngalo a
vender los sesenta iguales”.

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas le dio una quintada a una jurria de gente



Cuando el tiempo estaba echado
Pepe Monagas bajaba
del Risco y se encaminaba
sin un rumbo preparado.
Esto era lo acostumbrado:
si no había tenderete
montaba en un periquete
una broma, una quintada
aunque nunca hacía nada
para ofender a un bonete.

Una noche de sopor
que pensaba cómo hacer
en poderse entretener
a falta de algo mejor,
intentó, el abusador,
al pueblo tomarle el pelo.
Pepe empezó con revuelo
en las sombras, apurado,
simulando allí, agachado,
que buscaba algo en el suelo.

Los que por allí pasaban
se le quedaban mirando:
—“Maestro, ¿qué anda buscando?”
—“Un anillo”, y le ayudaban.
Al final todos buscaban
el anillo inexistente.
Pepe traspuso hacia el frente
por jartarse de reír
mas fue uno a descubrir
el engaño irreverente.

Uno del grupo gritaba
—¡Encontramos el anillo!
y Pepe Monagas, pillo,
el engaño sospechaba.
“¿Cómo es ése?” preguntaba.
—“De oro y piedra”. Socarrón,
y notando el espantón,
Monagas, que no se arredra:
“¿Dijo usted que tiene piedra?
¡Eso es cosa del riñón!”

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas anduvo si echa si no echa bogos



El de la raya de Arucas,
el señor don Juan Lorenzo,
las parrandas, de comienzo,
las largaba por caducas.
En sus hombradas, farrucas,
a un Monagas amistoso
conoció el viejo coloso
y desde que coincidían
Juan y Pepe amanecían
tirados por un reboso.

Don Juan le mandó un recado
a Pepe para juntarse
de juerga y emborracharse
en un tenderete asiado.
Monagas acicalado
pronto se dejó caer;
los dos se dejaron ver
en la Plazuela común
pero el viejo tenía un
asunto que resolver.

Según don Juan le contó
con un tal Eusebio Blanco,
un viejo amigo muy franco,
ayer tarde se encontró.
El viejo un plan le trazó
a Pepe, con pantomima:
“Ahora usted va y se me arrima
dejándoseme caer,
los dos nos dejamos ver
y me lo quito de encima”.

Monagas se fue arrimando
al señor don Juan Lorenzo
que de abonos, por extenso,
con su amigo estaba hablando.
Platicando y platicando
lo tenían hasta el moño.
Juan le dijo a un Pepe ñoño:
“¿Y qué te parece a tí?”
y le dijo Pepe: “¡A mí
si me echan agua retoño!”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas quiso y no pudo



Venía de madrugada
Monagas de esquina a esquina
cantando incluso *Marina*
con su bonona mamada.
Venía de una estivada
de ron blanco de los ruines
metido en esos trajines
del que el relaje celebra
buscando churro y ginebra
de los de los cafetines.

Como extraño timonel
de una farola en Cairasco
Monagas halló a don Frasco
del Toro, peor que él.
Se agarraba el hombre aquel
al poste con desespero
y cuando vio al compañero
creyó salir del apuro
y hasta le prometió un duro
si le alcanzaba el sombrero.

El sombrero, como el dueño,
estaba perjudicado,
junto a sus pies, ovillado,
parecía un higo herreño.
Monagas le puso empeño
mientras don Frasco ofrecía
más dinero todavía
si el sombrero le alcanzaba
y aunque Pepe lo intentaba
por la torta, no podía.

Ya iba por cinco duros
la oferta del tal don Frasco;
era cada intento un fiasco
y un remolino de apuros.
Con los dos pies inseguros
Monagas no hizo la hazaña
y dijo al no tener maña
con el sombrero a sus pies:
“Si yo sé a tiempo que es
pa pescá, traigo una caña”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas fue a gozarse *La Tempestad*



Apareció una función
de ópera y de zarzuela
que resultó cantinela
de un gran burro garañón.
Ya que es mucha la afición
de Monagas, la verdad,
quiso ver la calidad
con toda su compañía,
y desde la barbería
fueron a *La Tempestad*.

Don Casimiro, *el Harado*,
su mujer, abacorada,
y tres niñas de camada
tienen el sitio ocupado.
Pepe que lo había catado
dijo con la boca chica:
“Me paso”. —“¿Qué significa
Monagas ese relajo?”
—“Pos que envían de pa’ abajo
con tres caballo y perica”.

Desde arriba, en paraíso,
están los cinco tunantes
sacando lascas del cante
desde que ven un totiso.
Fue Monagas, de improviso,
quien preguntó en su lindero:
“¿Qué?” “¿Le gusta, caballero?”
y le respondió un granuja:
“Esto es como una jaruja
y entodavía exagero”.

El barítono fatal
cantó: “Volvió la alegría
renace la calma mía...”,
y despertó al personal.
Monagas, en su bancal,
viendo que el sueño lo abrasa
le dijo con mucha guasa
al compadre Vitorito:
“Aprovecho este clarito
pa dirme ya pa mi casa”.

MARCOS HORMIGA

Monagas fue peón en una fábrica de maestro Santiago *Perinquén*



“Otra vez de borrachera”
le oyó pepe una mañana,
envuelto en una tangana
a su mujer con llorera
caliente como una hoguera.
Y Soledad le decía:
“Usté pasa el santo día
josiquiando con los rones
y no busca soluciones
que nos mejoren la vía”.

—“Señora déjese dir,
que usté sabe que la quiero”,
y con hipo majadero
él se dispuso a cumplir:
—“No se lo vuelvo a decir,
se acabó la discusión”.
Y por buscar solución,
viendo a la esposa amargada,
Monagas, sin decir nada,
se metió en la construcción.

Vaya tute compañero,
todo el día a trabajar,
cantos subir y bajar
apencando el día entero
dejando en el tajo el cuero.
—“¿Qué Pepito? ¿Hoy no ha parao?”
“¡Debe de estar agotao!”
Con tonillo socarrón
dijo por bajo el patrón:
“¿Está poco acostumbrao?”

Viendo la obra dispuesta
pepe quiso preguntar
cuando iba a terminar
y —“Un año”, fue la contesta.
Pepito engrifó la cresta
y dijo con ironía:
“No sé yo si es cosa mía
pero desde que llegué
la obra pegó a corrée...
¿Quiere acabarla en un día?”

EDUARDO NEBOT

De cuando Pepe Monagas estaba haciendo la cola del tabaco



Calentaba la mañana
una solajera fea
y en ca de don Luis Correa,
allá en la calle de Triana,
paciente una fila humana,
como una culebra inerte,
espera por si la suerte
les reparte, con mesura,
tabaco de picadura,
virginio, oloroso y fuerte.

Enfrentito, en la otra acera,
ca los indios *Metheram*,
unas mujeres están
formando una escandalera,
alguien hizo que corriera
por el barrio la volada
de que en la tienda citada
estaban de baratillo
y alguna afiló el colmillo
atenta y espabilada.

Cogiendo vez en la fila
del tabaco está Pepito
que observa cómo Pinito,
su comadre, va tranquila
urdiendo una retahíla
entre la agitada insalla;
aquí habla, allí se calla,
Monagas pone ojos pillos,
injerta sus chascarrillos
y Pinito allí se encalla.

Esmoresía de risa
se le fue el tiempo a Pinito.
—“Güeno, compadre Pepito
me voy porque tengo prisa”.
Y esbozando una sonrisa
dijo acelerando el paso:
—“A mi marío este caso
le contaré como sea”.
—“Diga que fue ca Correa,
¿oyó comá?... , ipor si acaaaso...!”

JAIIME QUESADA

De cuando Pepe Monagas venía del Puerto en el tranvía



Era un domingo cualquiera.
Monagas se fue pa'l puerto;
entró en cada bar abierto
que había en la carretera.
Porque, de cualquier manera
que terminara el partido
de su equipo, es conocido
que beber es obligado:
celebrar si se ha ganado,
olvidar si se ha perdido.

Tan borracho como estaba
cogió el último tranvía.
El gentío no cabía,
por lo cargado que estaba.
Monagas, en pie, viajaba
intentando mantener
la postura, y no caer
pero el tren pegó un guapido
y Pepito, despedido,
cayó sobre una mujer.

La señora era bien fea,
mal pintada, mal vestida,
gorda, de cara torcida,
bigotuda a mala idea.
“Aunque usted no se lo crea...”
—dijo Monagas— “...se ve
que la quiero conocé.
Debe ser que me recuerda
a una mona —y dando cuerda—
¡Cuidado que es fea, ustée!”

Soltó ella, con empacho:
“¡Sinvergüenza, mal hablao,
ordinario, malcriao,
indecente, mamarracho!
¡Borracho, más que borracho!”
Y Monagas, tarambana,
le respondió con desgana:
“Pues le tengo que decí...
que no me importa, que a mí
se me quitará mañana”.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas tuvo un direte con un tartanero



Andaban de carnaval
Monagas y su cuadrilla,
pasando de maravilla
la tarde allá en La Naval.
Entre risco y arenal
se desparrama la guasa.
Pero como el tiempo pasa
y la noche va cayendo,
prontito ya van cogiendo
el camino para casa.

—“Me han dicho a mí que Angelito
tiene la tartana cerca.
Por dos duros nos acerca
a casa en un momentito”.
Como si estuviera escrito
la tartana apareció,
y en esto que se acercó
Monagas a hacer el trato
y lo que ahora les relato
es lo que allí sucedió:

La tartana que describo,
gastada del traqueteo,
era pieza de museo
desde el caballo al estribo.
Pepe, con tono festivo
se acercó hasta la parada.
“¿Cuánto nos cobra por cada
uno, Mastro Angelito,
por hacernos el viajito
hasta Fuera la Portada?”

—“¿Pa dejá o pa esperá?”
—“Pa dejarnos solamente”.
—“Púee porque son buena gente,
dies pesetas nada máa”.
Pepe, que venía ya
contento de la jarana:
“¿Cuánto piensa que uno gana?
¿La cabeza se le fue?
¿Quién le ha preguntao a ustée
el presio de la tartana?”.

DAVID PABLOS

De cuando a Pepe Monagas lo desajusieron y no se amañaba



Pancho, *el Guelde*, era un casero
que a Pepe desajució
porque el hombre se perdió
bebiendo como el primero.
Dejó su barrio señero
de San Nicolás, amado,
quedó Pepe jeringado
al tenerse que marchar
y a San Roque ir a parar
por no estar acostumbrado.

Bajó pronto el callejón
y fue a casa Manolito
jilbanandose, él solito,
medio cuartillo de ron.
Con un buen queso picón
acompañó la bebía.
De media noche pal día,
por las paredes rozando,
iba a su casa tumbando
del marejón que sentía.

Cuando a Malteses llegó,
le daba vueltas Las Palmas
y esperando por las calmas
a unos hierros se aferró.
Cuando su tino encontró
a Santa Ana tomo rumbo.
Caminaba y daba un tumbo,
pues la marea mandaba,
y mientras se trompicaba
se dijo: “¡Qué me derrumbo!”.

Detrás del Ayuntamiento
a un aguador columbró,
dando vueltas lo encontró
a un depósito sediento.
Sin pensárselo un momento
se le acercó hasta su lado.
De repente, descarado,
un guantazo le metió
y el aguador respondió
tras aquel golpe encajado:

“¿Si tié ganas de tocáa
pa qué no compra un requinto?
el toque será distinto...
¡Y no me toque más náa!”
Pepe se viró y allá
le soltó con todo el brío:
“Con que sos tú quien ha sío
el que a la plaja Jantana,
dio güeltas por la mañana
pa jeringarme... ¡Bandío!”

ALBERTO PADRÓN

De cuando Pepe Monagas fue padrino de un bautizo



Juan *filorio* presumía
de su insalla numerosa
y, sin embargo, su esposa,
que era la que los paría;
se plantó muy seria un día
sin atender más amaños.
Pasó, ¡qué sé yo la de años!
sin aumentar el padrón
pero un día, sin razón,
tuvo antojos muy extraños.

—“¡A buena hora y con sóoo!
Usté no le jaga caso;
pa mí que no hay embaraso,
que son gases, pienso yo...”.
Pero a su tiempo encalló
un ser sin jeito ni hechura,
aquello no era criatura
sino cabeza y canillas.
Hace el amor maravillas:
a su madre, una hermosura.

Fue Monagas el padrino
de bautizo del chiquillo,
el convite muy sencillo:
galletas, anís y vino;
pero dispuso el destino
animar aquel sarao
y, como millo regao,
Vitorito con su jarca
trajeron buen ron de marca
y pescado rebosao.

Cogió el niño tal perreta
que lloraba esmoresío.
“¡Cállese, tollito mío!”
decía la madre, inquieta.
“¡Mira que es feo, puñeta!”
dijo Monagas, muy pillo,
—“Pos ya verá que el chiquillo
da güeltas y se hace fino”.
—“¿Pero yo ha sío padrino
de un chico o de un molinillo?”

JAIME QUESADA

De cuando Pepe Monagas rifó una cómoda



Tuvo una racha Pepillo
en que trabajar quería,
montó una carpintería
en tan solo un cuartuchillo.
Arregló un esquinerillo
y alguna silla vencida.
Afición entretenida
con trabajillos endengues,
frágiles como merengues
para ganarse la vida.

Tan pronto hubo remendado
varios teleques vecinos,
llevados a sus destinos
se quedó al hombre agotado.
Con el tiempo, más calmado,
tuvo una idea genuina:
hizo una cómoda fina
que en la vecindad rifó
y con lo que recaudó
ganó más que en una mina.

Con el embullo en la fiesta,
ya con los motes comprados
quedan a un lado olvidados
y nadie tuvo respuesta.
Cierta día en una cuesta
se encontró a mastro Manué,
que quiso saber que fue
de la cómoda rifada,
con la peseta comprada
en la que puso su fe.

Pues tanto le ilusionaba
tener el regalo listo,
dejando todo previsto,
ya que a una hija casaba.
Cuando a Pepillo alcanzaba
mastro Manué preguntó:
“¿Se rifó?”, “¿Quién la ganó?”
Respondió Pepe preciso:
“El mismito que la jiso
que trabajo le costó”.

ALBERTO PADRÓN

De cuando Pepe Monagas le confundió la giba a maestro Chano



Venturilla, Vitorito,
Momagas y Juan Jinorio
llevan formado un jolgorio
de aúpa con Austinito.
Es la fiesta, voz en grito,
en San Cristóbal y allá
la gente en rebumbio va
como jarca sobajienta,
enralada, muy contenta
alegre y emburuyá.

Se meten al ventorrillo
de Pino, *la Chacarona*,
que es una buena persona
y atiende a todo el corrillo.
En ese ambiente sencillo
la parranda es lo mejor.
De pronto surge un señor
que a todos quiere anunciar:
—“Ahora mismo va a pegar
maestro Chano el cantador”.

El cantador recibía
un silencio sin igual,
parecía la catedral
por la calma que allí había.
Aquel hombre sí tenía
voz para toda jarana:
cálida, sencilla y llana
para interpretar la trova
y, además una joroba
como un baúl de La Habana.

Monagas, embelesado,
a maestro Chano escuchó
y después fue y lo abrazó
aunque lo encontró abultado.
En ese lance apretado
dijo a maestro Chano allá:
“¡Sin gasolina! ¡Qué va!”
—y con tono alucinógeno—
¡“Le jincaron un gasógeno
que vale un gran dinerá!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas se pegó su opinión de abogado



Manuel *Boca Burro* fue
acusado de asesino
en un juicio genuino
del que cuenta les daré.
Resulta que al hombre que
era Bartolo Calvero
lo acechó un bicho matrero
allá por Los Callejones
y, con malas intenciones,
mató y le robó el dinero.

Se formó tertulia del
crimen de Los Callejones
en el que las opiniones
se daban como en tropel.
Se dictaminaba que el
reo sí era, en verdad,
persona de actividad
y de muy mala conciencia
pero que no había evidencia
de su culpabilidad.

Un tal Antonio *Vegueta*
y un tal Domingo Travieso
cargaban con todo el peso
de la discusión completa.
Con la tertulia repleta
don Pedro va y le pregunta
a Pepe por la presunta
culpabilidad del reo
en aquel asunto feo:
“¿Pepe y usted qué barrunta?”

—“Si voy pío ca mi vecina
Frasquita y fritango güelo
trinco la evidencia al vuelo
de pescao en la cocina.”
Y a la concurrencia fina
con tendencias demagogas
dijo Pepe, como en togas:
“Fritango se güele allí
pero no se pue decí
si son samas o son bogas”.

FERNANDO SANZ

De cuando Pepe Monagas fue a un baile en el *Torrecline*



En el cine celebraban
un concurso de belleza
y las mozas, de cabeza,
a ganar se presentaban.
Al final las obsequiaban
con un baile, allí, en la sala
con una pendiente mala,
y las parejas bailando
iban subiendo y bajando
como tocadas del ala.

La cuesta no hallaba atajo,
más que suelo era sorriba,
en segunda para arriba,
con retranca para abajo.
Al instinto del relajo
se acercó Pepe Monagas;
oyendo unas notas vagas
que indicaban tenderete
se arrimó en un periquete
como el fuego a las aulagas.

Al entrar en el recinto
de aquel sube y baja lento
se asombró del movimiento
y algo le atacó el instinto.
Con su voz de vino tinto
gritó sobre las parejas
pero no encontraba orejas
que escucharan su clamor
y aunque el grito fue mayor
nadie atendía sus quejas.

Al final le oyó el pianista
que con señas le indicó:
“Hable luego, ahora no
por respeto hacia el artista”.
Al despejarse la pista
preguntó —“¿Qué iba a decir?”
—“Antes le quise advertir,
pues peligra su trabajo,
cuando bailaran pa'bajo,
mejor se dejara dir”.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas se puso gordísimo y tuvo que ir al médico



Una vez la lotería
Pepe Monagas sacó,
tres mil duros se ganó
y a escape le dio su vía.
Su mujer a él le decía:
“¡Compra una casa terreera!”
Él lo gastó a su manera
porque en comer y en beber
lo ventiló y, sin querer,
engordó como una esfera.

Estaba tan barrigón
que se pasaba algún rato
dándole al bicarbonato
más que al mismísimo ron.
Su mujer la solución
buscó y fue al médico a ver,
ca don Silvestre fue a hacer
la revisión su marido
auscultado y asistido
sin un minuto perder.

Como andaba requintado
el médico aconsejó:
“¡Póngase a dieta!, ¿me oyó?,
¡puré, frutas y pescado!”
Monagas, desconcertado
por estas gastronomías,
dijo sin majaderías,
repleto de interrogantes:
“Don Silvestre, ¿esto qué es... antes
o después de las comías?”

Don Silvestre después fue
ejercicio planteando:
“Algún paseo vas dando
a la plasa San José,
al Pilar de Fleitas ve,
al túnel y sigue el troche...”
Monagas hizo un reproche:
“Quiero que usted a mí me muestre:
¿quién me va a dar, don Silvestre,
los cuartos pa comprá el coche?”

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando Pepe Monagas fue a una corrida de toros en Tenerife



Llegó la volada un día
de una corrida famosa
de toros, una gran cosa,
que en Tenerife se hacía.
Como la prensa decía
hasta un correillo fletaron.
En vísperas se juntaron
como aquel que cumple un rito
para tomarse un pisquito
y juntos se lo pensaron.

Suenan aires de *Gallito*
y aparece empecinado
un gran toro endemoniado
y un torero menuito.
Aquello era todo un hito
con un desplante de ley.
El torero se hizo el rey
mas cuando el toro arrancó
fue Monagas quien gritó:
“¡Juiga que lo coge el buey!”

A estas el barco perdieron
y sin dinero, Pepillo,
quiso empeñar el anillo
y a un zapatero se fueron.
Con un pájaro salieron
que en su jaula lo robaron.
El pájaro que trincaron
un momentito después
lo vendieron a un inglés
y en el *Yeoward* se embarcaron.

Ya conseguido el pasaje
y en la cubierta tumbados,
con relente y deslomados
deciden cambiar el viaje.
Encuentran, en su abordaje,
camarotes escondidos.
Guiado por los ronquidos
cierto camarero inglés
viró el buque del revés
y los encontró dormidos.

Aquel tripulante parco
a Monagas despertó
cuando la nave abicó
poco antes del desembarco.
Dijo: “No bajas del barggco
poss disseo sabegg quee
ssi primegga viaga usstée.
Yo verg passaje quissiegga.”
Pepe dijo: “¿De primera?
Jijiñoó, ¡Ni me enteré!”

PEDRO GRIMÓN

De cuando Pepe Monagas, siendo tartanero, tuvo que llevar a un hombre como un castillo



Pepito María Pérez
se vino de Cuba con
onzas dentro de un arcón
por ser hombre de teneres.
A unas casas de alquileres
pronto le puso la vista,
las compró de oportunista
y tras pagar su moneda
se fue para la Alameda
para vivir de rentista.

Con sus dos dientes de oro,
con reloj y guayabera
vivía su vida entera
tranquilita y con decoro.
Y para no hacer desdoro
de su condición indiana
compuso una filigrana
con un jeitillo maestro
y a Monagas, de cabestro,
le dio empleo en su tartana.

Cierto borracho abicó
alto, ancho y morcilludo
y, a Monagas, como pudo,
de esta manera le habló:
“Oiga... –ijeeep!– que quiero yo
dir a la fonda de Antero...
esto... –ijeeep!– ¿cuánto dinero
el viaje me va a costar?”
Dijo Pepe, sin dudar,
“¡Cuatro pesetas yo quiero!”

Monagas, guasón y tordo,
lo rebajó a dos pesetas
y tras conseguir sus metas
lo dejó subir a bordo,
pero al verlo grande y gordo,
redondo como un balayo,
le dijo a aquel tarajallo:
“Suba pa’rriba señóo,
pero jágame un favóo:
¡Que no lo vea el caballo!”

PEDRO GRIMÓN

De cuando Pepe Monagas no sabía si era Pepe Monagas o fray Pepe



Mariquita, que era hermana
de Monagas, el muy pillo,
de Andrés Pisaca Trujillo
se enamoró en buena gana.
Casaron a la semana
y a La Laguna se fueron.
Ciertos hechos ocurrieron
y Pisaca fuera estaba
y un telegrama llegaba:
“Hijo macho”, le escribieron.

Monagas que se enfermó
y el Pisaca lo invitara
que al guayete bautizara
y a La Laguna marchó.
A estudiantes se juntó
que a las muchachas cantaban,
aquellos lo emborrachaban
y de fraile lo vistieran
lo pelaran y pusieran
un hábito que estrenaba.

Al convento lo guindaron
y en volandas lo llevaran,
y en la puerta lo dejaran
do otros frailes despertaron.
En La Concepción lo hallaron
y quisieron preguntar,
mas Pepe no podía hablar
y un fraile fue le tocó.
Dijo: “¡Que me larguen! ¡Ohhh!”
y se pegó a despertar.

—“¿Quién es usted, caballero?”
y Monagas contestó:
“Oigan, jáganme un favoo,
vayan onde Andrés Rivero,
que éel jase de mesonero,
pregunten por mí, Josée,
y si nadie allí lo ve,
entonces soy yo, ¡Caray!,
entonces yo soy frai... frai...
¡Se me olvidó el nombre, ustée!”

FERNANDO SANZ

De cuando Pepe Monagas quería ir al *Cine Doré*



Aquí les recordaré
que hace ya tiempo, en Las Palmas,
se juntaban cientos de almas
para ir al *Cine Doré*.
Sentados en bancos que
alguna chinche sujeta
y más de una pulga inquieta
bailando las seguidillas
para ver mil maravillas
por menos de una peseta.

Pero a veces ocurría
que el maquinista, liado,
una parte había cambiado
y fuertes gritos: “¡Méeríia!”.
O alguna al revés salía
como sucedió una vez:
salió una dama al revés
con una falda elegante,
dejando a Pepe expectante
por ver algo más que pies.

Pianista francés tenía,
de *Mosiu* Salmón por nombre.
cuando hacían burla al hombre
mil insultos profería.
Aunque nadie le entendía,
la gente quedó enfadada.
Le tiraron tomatada,
luego en la calle dijeron:
ayer en el cine dieron
película y ensalada.

Pepe a su jarca ha reunido,
sobre un nuevo actor hablaban,
de Eddie Polo comentaban,
sin haberse convencido.
Soltó Pepe decidido
su argumento con razón:
“No será caro, pues con
tres perras te dan allí
una película y
siete latas del «salmón»”.

ALBERTO PADRÓN

De cuando Pepe Monagas estaba en tres



Monagas fue cierta vez
por un tiempito costero
buscando tener dinero
y rebasar la escasez.
Supo de la rigidez
de trabajo tan indino
pero cogiendo camino
como marinero, él,
fuera tripulación del
Candelarita Canino.

Rafael, *el Chopa*, patrón,
le puso claro, de entrada,
que de parranditas nada
quería en la embarcación.
Fue de la tripulación
sus seis meses enrolado
pero una vez terminado
el asunto de pescar
del moro no quiso hablar
porque quedó requintado.

Su mujer se arregostó
a la zafra del marino
al que tachó de mezquino
porque nunca más volvió.
Cuando ella le preguntó
por qué no quería seguir
se le oyó a Pepe decir:
“Entoavía estoy en tres”
–y luego, con altivez–
“...dos en quearme y una en dir”.

DOMINGO UMPIÉRREZ

De cuando Pepe Monagas se cayó por las escaleras del teatro



En el *Pérez Galdós* daban funciones de aficionados, simples actos programados de señoras que cantaban o pianistas que tocaban cosas largas cual silbido. Una vez, comprometido, a Monagas lo invitaron, en butaca lo largaron y Pepe quedó dormido.

Con el ruido del ronquido pasó el acomodador: “Mastro Pepe... ¡Por favor!” y Pepe seguía dormido. (Espectáculo aburrido el que estaban ofreciendo). Le dijo entonces riendo: “¿Está aquí pa acomodá o está aquí pa incomodá?” y Pepe siguió durmiendo.

Monagas espabiló en el tiempo del descanso, para no quedarse manso de las butacas salió: al Salón Saint Saens bajó a ver cuadros del Atlante; por allí siguió adelante, luego quiso ir para afuera, y al bajar por la escalera vio una dama impresionante.

Pepe se quedó lelito cuando ya estaba bajando, y se cayó, tropezando, hasta llegar abajito. Dolorido, aún bobito, y pensando en el trapiés vio de pronto, del revés su imagen en el espejo. Dijo, hablándole al reflejo: “¡Nos caímos a la vez!”

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas soñó que un toro argentino...



Soledad hizo un puchero,
y Pepe se lo comió
y a la noche repetió
con conduto conejero.
¡Qué cebollas, caballero,
saltonas cual seguidillas!
Se arrequintó las varillas,
luego se viró de lado,
quedó medio embelesado
y tuvo sus pesadillas.

Pepe soñó en un trabajo
que era fuerte cosa fina:
llevar reses de Argentina,
unos candrais del carajo.
Por calles tomo el atajo
del muelle a la matazón;
Al toro en su conducción
le habló de buenas maneras:
“Náa de abusos ni carreras,
que sufro del corazón”.

Cuando allá por Las Arenas
cruzaron unos chiquillos,
que eran mataperrillos
tirando de unas cadenas.
Con mala idea en sus venas
arrastraban los gangarros.
Camba el toro morro y tarros,
resopla, acelera y luego
sale el bicho echando fuego
al ver y oír los cacharros...

Arrancó a correr tan fuerte
que aunque Monagas gritaba
aquel toro no paraba
y Pepe frío e inerte.
Monagas sintió su muerte
entre sus ronquidos pero
cambió de sueño y certero
entre espejismo y patraña
voló sobre una montaña
como un pájaro palmero.

Cayó en un sitio especial
ante un diablo cuernudillo
colorado, un cangrejillo
con un aspecto infernal.
En ese ambiente fatal
el demontre lo enganchó
con una baraja y lo
engañaba en los repartos.
Pepe dijo: “¡Con los cuartos
a mí diabluritas no!”

ANDRÉS GONZÁLEZ FRANCÉS

De cuando Pepe Monagas le levantó un falso testimonio a un perro de mastro Bartolo



Bartolillo el zapatero
tenía un gran perro: el Pipiolo.
“¡Mire, remendón Bartolo,
que su perro es traicionero!”
decía Monagas: “Certero,
que a este perrejo esclavonio,
que muerde como el demonio
y sale a bistec por mordía
le levanto, cualquier día,
cierto falso testimonio.”

Monagas sin aspavientos
pasó por un callejón
y aquel perro respondón
le clavó sus mandamientos.
Con sustos y sufrimientos
Monagas se lo quitó.
Unas patadas soltó
Pepe que ya había avisado
que lo tenía amenazado
a Bartolo le advirtió.

Pipiolo a Pepe acechaba
con su silencioso andar
que tinta de calamar
junto a aquel rencor blanqueaba.
Monagas, cuando pasaba,
Pipiolo se hizo el dormido,
mas cuando se había ido
el Pipiolo lo siguió
y como marca dejó
nalga y pantalón raído.

“¡Socorro!” Pepe gritaba
—“¿Por qué?” Se le preguntó,
—“Que Pipiolo me mordió”
y el pantalón enseñaba.
La policía llegaba
y al Pipiolo han apesado.
Allí lo han apaleado
mientras Pepe va diciendo:
“¡Falso... –te venía advirtiendo–
...testimonio, desgraciado!”

FERNANDO SANZ

De cuando Pepe Monagas majó a unos chones que se la estaban echando



Los espigones del Puerto
estaban llenos de chones:
turistas con intenciones
de beberaje, por cierto.
Pepe Monagas, despierto,
los esperaba al atraque,
vendiéndoles el *Gol Flaque*
por fuera de La Portada
y también, como si nada,
cajetillas *Luquis Traque*.

La mitad americanos,
ingleses la otra mitad,
una piña de amistad
de echones, chones ufanos:
¿Yu espiquinglis?... y, entre manos,
se iban gastando sus pagas.
Decían ser machangadas
la iglesia en que oró Colón,
y la poca población,
arrequintando a Monagas.

El inglés, con retintín:
“En Inglautegga un soldado
peggdió un brasso, fue opeggado,
y ahogga toca el violín.”
El americano: “En finn,
un soldado de mi tiegga
peggdió una pieggna en la guegga,
y ahogga tiene una implatada
y cogge como si nada”.
“¡Viva Améggica e Inglategga!”

Pepe dijo: “Jijiñóoo,
aquí, a un muchachito bueno,
casi lo mata el barreno
que en un pozo reventó.
Un médico le injertó,
de una cabra que tenía,
el pecho, con cirugía
y... ¿tú no fumas, inglés?
¡Ahora el muchacho da tres
cuartas de leche medía!”.

MARCOS HORMIGA

De cuando a Pepe Monagas se le amuló la mujer



Pepe y Soledad tuvieron
cierta vez una pelea,
la cosa se puso fea
y por sus lados se fueron.
A Pepe lo descubrieron
durmiendo sólo en la calle.
El Táita tuvo un detalle
y a su casa lo llevó
y allí Monagas pegó
a reducirsele el talle.

Poco había que comer,
el Táita no trabajaba
y Pepe se desmayaba
sin tener nada que hacer.
Cierta día pudo oler
potaje, un tufillo fino,
de casa de un jarandino
y con un solo tristel
Pepe dio cuenta de aquel
jeringando a su vecino.

Luego dispuso a su dama
cierto engaño de matrero:
puso al Táita de cartero
y le envió un telegrama.
Quería hacerle la cama
diciendo que se enriscó.
Cuando Soledad lo oyó
le respondió con malicia:
“¡Si esa es la mala noticia
bastante me alegro yo!”

En un arranque sincero
dijo Pepe al Táita que
el médico, don José,
le descubrió azúcar, pero
Soledad dijo: “Te quiero”,
y le formó una enreina.
Ahora, con mucha inquina,
Pepe dijo al Táita así:
“¡Eso no iba por mí
sino por la golosina!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas quiso aprender a montar en bicicleta



Más que historia es historieta
que don Francisco Guorié
fue el primero en tomar pie
al montarse en bicicleta.
En la ínsula, su meta,
otro alcanzó con afán,
ya que Agustín Alemán
se ganó fama y trofeo
por llegar a San Mateo
como un ciclista titán.

Otra historia que se menta
es de proceder muy duro
porque le ocurrió a un maúro
que fue al cine por su cuenta:
el cristiano se lamenta
de que buscando una silla
vio la luz de una bombilla
enfocando en el pasillo
y al verla con tanto brillo
le dijo: “¡Soo, que me pilla!”

Este cuento es en El Risco
y es el que se lleva el premio:
habla de un inglés bohemio,
para copas nada arisco.
Un día, echándose un pisco,
Monagas dijo al veleta:
“¡Oiga, tengo la perreta
por aprender a montar!”
El inglés: “¡No preocupar,
yo enseña a ti, bicicleta!”

Dos duros por devolver
el inglés apoquinó
y Pepe bebió y bebió
justo hasta el amanecer.
Después se dejó caer
donde el míster, que al sarao
dijo: “¡No la hass alquilao!”
Contestó Pepe al reproche:
“¡Sí! Que la agarré ende anoche
y entoavía no la ha largao”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas le metió su huevo clueco a Manolito, *el Lalgo*



Se le hicieron funerales
a un viejo de La Matula
pero cuentan, y no es bula,
que era de los especiales.
Corriendo unos carnavales
Manolito, de jarana,
iba con gente muy sana
según el cuento que brindo
cantando el “Sielito lindo”
y tirando de tartana.

Monagas lo divisó
y al tener un huevo clueco
Pepito, de un golpe seco,
a un ojo se lo lanzó.
De arriba a abajo quedó
chorreando que pena daba
y mientras que se lo quitaba
creo que fueron millones
de insultos y maldiciones
los que a Pepe le lanzaba.

“¡Yo te caso, sinvelgüenza!”
a Pepito amenazaba,
y Monagas contestaba:
“¡La suya!”, con contundencia.
Y añadió con insolencia,
echando una carrerilla,
tras la tartana lentilla
haciéndose el bravucón
su famosa exclamación:
“¡Abájese de la silla!”

JOSÉ LUIS MARTÍN TEIXÉ

De cuando Pepe Monagas y tres más le jincaron su montada a cuatro pollitos de gente rica



Cuando uno abicaba, al fin,
se hacía su enterramiento,
unos de poco aspaviento
y otros de mucho postín.
Cuando murió Juan Pitín,
de pertenencias austeras,
fue enterrado en las afueras
y llevado a sus confines
cargado por palanquines
pa dir pa las plataneras.

Monagas macaba el paso
con el Táita y el Bocúo,
que formaban doble dúo
con Antonio el del Pambaso.
Recibieron para el caso
un tostón por el entuerto.
A paso ligero, abierto,
los cuatro, llevan al lomo,
a Juan Pitín, que era un plomo
y pesaba como un muerto.

El cortejo se tropica
a la altura del teatro
con un grupito de cuatro
pollitos de gente rica.
El grupo se sacrifica
en romántico sufrir
queriendo contribuir
ayudando a los demás
pero al mirar para atrás...
¡Ojos que te vieron dir!

Los cuatro pollos, gruñendo,
dieron por fin con el bar
donde estaban, sin parar,
los palanquines, bebiendo.
En un arranque tremendo,
Monagas, cuando los vio
al tendero le largó
con aplomo y sangre fría:
“¡Espache aquí una corría
pal intierro entero! ¿Oyó?”

DOMINGO UMPIÉRREZ

De cuando Pepe Monagas recuperó a Viriato, un perro malo como la quina que tuvo



Tuvo Pepe un perro inglés
con el nombre de Viriato
que robaba a cada rato
y por vicio cada vez.
Siempre le tuvo interés
a las ruedas de chorizo
robó los pollos que quiso,
se hartó de comer tortillas
y en bastantes pantorrillas
también de las suyas hizo.

Pero un mal día, Viriato,
fue llevado a la perrera,
y Pepe con la rasquera
se puso sombrío, ingrato...
hasta que propuso un trato
a Vitorillo; tenía
éste otra perra que un día
acabó también allí.
Le dijo: “Déjame a mí”
y de esa forma sería.

El dúo partió ligero
los perros a liberar,
tenían que vigilar
a señor Juan, *el Perrero*.
Éste, de oído certero,
fue hasta la puerta veloz
y Monagas que iba en pos
de abrirla como quería
la abrió y pasó la jauría
libre sobre aquellos dos.

Viriato a don Juan mordió
y en la huída, Vitorillo,
al más que héroe Pepillo
con la cárcel asustó.
Pero Pepe contestó:
“Poco más de una semana.
Ahora sí, si mañana
mandan los perros, presiento
que me haran un menumento
allá en la Plaja Jantana”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas le contó un cuento cubano a Roque Morera



Me tropecé el otro día
con Monagas por la plaza
y el preguntó por la traza
de los cuentos que yo hacía.
Y como quererlo oía,
ya que estaba en ese trance,
le propuse darle alcance
allí cerca a un timbequillo
y echar un ponche *Castillo*
en lo que contaba un lance.

Me contó el lance de Austín
uno de la Vega Enmedio
que dejando el mar por medio
fue a Cuba a hacer su trajín.
Sus penas tuvieron fin
el afortunado día
en que compró lotería
y tanto pudo juntar
que incluso mandó a buscar
a su Juanita María.

Era Juanita María
amiga de componerse
a su manera y ponerse
cuanto adorno conseguía.
Un predicador un día
a la Virgen quiso honrar
y se empezó a preguntar
quién era la dama aquella,
tan enjoyada y tan bella
que engalanaba el altar.

Entró Juanita María
de pronto en la iglesia aquella
y pensó que eran por ella
las cosas que al cura oía
pues la gente la seguía
y dijo: “Soy la mujée
de Austín Pérez” y fue
rauda a recordar su predio
“...vine de la Vega Enmedio
pa selvisle a Dios y a ustée”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas agarró una buena sin tener culpa maldita



Se quitó de la bebida
Monagas, que visitó
a un doctor que le explicó
que eso le restaba vida.
Ante la hazaña emprendida
era digno de admirar.
Dejó de ir por el bar
y si alguien lo invitaba
a un pizco, le contestaba:
“De macanazos ni hablar”.

Resulta que en esta orilla
hubo un misterioso estrago
cuando Pepe a echarse un trago
ya no iba al bar a su silla.
Cuando eso, la calderilla,
de manera incomprensible,
se había vuelto invisible
y en consecuencia de aquello
pagar una copa, un sello
o una guagua era imposible.

Más de dos meses hacía
que Pepe no echaba un pizco
y en un timbeque de El Risco
en la tentación caía.
Allí una copa bebía
y luego un pincho se echó.
Con un billete pagó
y al no haber cambio en el bar
tuvo que en rones bajar
las dos pesetas que dio.

En estado de ebriedad
que a lo lejos se notaba,
volvió a casa, donde estaba
la comadre Soledad.
Quien lo encimó sin piedad
lo mismo que una aguililla.
Y Pepe con su sencilla
parsimonia replicó:
“Y qué culpa tengo yo
de que no haya calderilla”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas fue al entierro de Saturnino



Quería Don Saturnino
con mujer rica casar
para así medio endengar
su paupérrimo camino.
Por las cosas del destino
pretendió a Teodorita,
una ilustre señorita
que de un tal Velázquez era
hija, pero al que exaspera
el novio de la mocita.

Ellos sin mucho rubor
a escondidas se veían
pero sus padres querían
para ella algo mejor.
Por las cosas del amor
los dos mozos se casaron;
a sus padres amularon,
pero él lo de ella vendió
y con lo que les nació
hasta *La Bana* viajaron.

Allá sus perritas hizo
y a Las Palmas regresó,
pero más tarde enviudó
por lo que se volvió huidizo.
En un momento preciso
Pepito lo ayudaría
cosa que él agradecía,
por lo que nadie se asombre
que cuando se murió el hombre
Pepito a su entierro iría.

Allí Pepe, muy dolido,
ve que a Saturnino el cuero
le sacan con desespero
y a uno lo ha reprendido.
Al llamarlo entrometido
le dice con su abecé:
“Si el tusnio le llega a ustée,
por no tener quien lo lleve,
seguramente que debe
ir a pata. ¡Ya va a véel!”.

JOSÉ LUIS MARTÍN TEIXÉ

De cuando Pepe Monagas se largó la frase más grande de toda su existencia



El gandul es un artista
que sin dar un palo al agua
siempre un buen negocio fragua
sin que nadie se resista.
El gandul, persona lista,
atenta a cualquier apaño,
lo mismo que a un ermitaño
le vende un juego de mesa
a un peón, o una condesa
estafa el sueldo de un año.

Y en un taller de Vegueta
se debate sobre quienes
no trabajan y sus bienes
ganan con alguna treta.
De quien por una peseta
no ha sufrido nunca llagas.
Y salta maestro Monagas:
“Trabajar es pa los probes,
mientras que a mí no me robes
no me importa lo que jagas”.

El debate está servido
porque alguno de él difiere,
pero Pepito no quiere
dar el tema por perdido.
Así que con un silbido
calla a la gente. Reposo,
los mira y con voz rasposa
las diferencias ataja:
“¡Todo hombre que trabaja
no sirve para otra cosa!”.

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas le pegó una quintada linda a Rafaelito, *el Rebenque*



Un domingo en la gallera
mi compadre que apostó
con buena pata ganó
y agarró una templadera.
De una muy mala manera,
al parque San Telmo va:
Rafael, *el Mulo*, está,
que en la gallera ha perdido
dos gallos y de atrevido
Pepe unas bromas le da.

El Mulo se le echa encima,
los ataja mucha gente,
y Rafaelito el agente,
está de tusnio y se arrima.
No le tiene a Pepe estima,
por un palomo ladrón,
que tuvo Pepe en cuestión,
pues le llevó unas palomas,
y por seguir con las bromas
lo manda a Delegación.

Pepe que maña se da
allí convence a otro agente,
que lo suelta y, de repente,
otra vez al parque va.
Monagas, cansado ya,
se duerme y es detenido.
Por Rafael conducido
retorna a comisaría,
para que duerma ese día
en una celda metido.

Pepe le pide perdón
y el guardia le deja ver
en su casa a la mujer
antes de ir a la prisión.
Lo espera fuera en tensión,
y al rato le pega un grito.
Igual que a un niño chiquito,
dentro oye a Pepe decir:
“¡Mamá no me deja dir,
porque es talde, Rafaelito!”

RODOLFO HERNÁNDEZ

De cuando a Pepe Monagas le metieron una cabra con tetera y se las cobró al perdulario que le jincó el muerto



Juan María López era,
al que llamaban *Lopito*,
un maúro muy finito,
y bueno en la engañaera.
El hombre liaba a cualquiera,
como rey de vendedores,
desde hierbas para ardores
hasta frutas y verdura
que entregaba con usura
mintiendo a los compradores.

Mariquita, su mujer,
que no era floja tampoco,
volvía a cualquiera loco
con tal de poder vender
y siempre daba a entender
que en la ciudad no existía
persona con valentía
que la pudiera engañar
y así se vino a topar
con Monagas un buen día.

Lopito trajo unas cabras
cantando que eran lecheras,
unas mochas pelambreras
con pintas algo macabras.
Se terciaron con palabras
Monagas y el vendedor
y eligiendo la mejor,
se llevó la cabra a casa,
pasando aquello que pasa
al juntarse a un timador.

Cabra vieja con tetera
fue lo que pepe encontró
y aunque Monagas habló,
no hizo que consiguiera
que Lopito devolviera
los treinta duros pagados,
pues ya estaban condenados
a ser parte de fortuna,
de aquel que vende la luna,
a santos e iluminados.

Había que devolver
la jugada a aquel tramposo
y en casa le dijo ansioso
Monagas a su mujer:
“Algo tenemos que hacer”
y ella tuvo la respuesta:
“Les duele lo que les cuesta,
hay que acechar a la esposa
y cuando venda afanosa
levantarle hasta la cesta”.

Justo en la ruta de venta
tiene el portal de un letrado
salida hacia el otro lado,
ideal para esta afrenta.
—“¿Trae huevos pa mi parienta?”
—“Sí señóo”, dijo arrogante,
—“No sé si será bastante,
déjeme la cesta, oyó,
pá vé si se quea con tó
o le devuelvo el sobrante”.

¡Las cosas del porvenir!
Pepito entró en el portal
y traspuso muy formal
y hasta se le oyó decir:
“Ojos que te vieron dir”.
Ella quedó descontenta,
picando como pimienta
y después de aquella trama
mariquita cayó en cama
y casi que no lo cuenta.

EDUARDO NEBOT



En el original: La Catedral de Santa Ana, Las Palmas de Gran Canaria

De cuando Pepe Monagas se hacía sus ilusiones



Monagas no fue un Don Juan
de aquellos que discrepaban,
mas las chicas le gustaban
más que un pedazo pan.
Tras una sus ojos van
que se llama Rosarillo.
Él largaba con jeitillo:
“Que los ojos niños son”
cuando se jincaba un ron
en casa de Rafaelillo.

“Que de Soledad Santana
caballeros, no me salvo,
pero ni la *Grieta Galbo*
a Rosarillo le gana”.
Hablaban de una tartana
de lluvias, barcos y cosas,
de mujeres primorosas
y se hacían sus ilusiones
fajándose en corazones
de mocitas como rosas.

Después largó por la boca:
“Soleá con el moño, luego,
se parece a un papagüevo.
¡Cada cua lo que le toca!
¡La suerte del pobre es poca!”
Y luego, de sopetón
se jinca un buche un ron
en casa Rafaelillo
para ver a Rosarillo
que le parte el corazón.

—“No te jagas ilusiones”
le dicen. —“Pueé la verdáa
si no ée por Soleáa
toavía palto corasones.
¡La juventúu! ¡Qué pasiones!
¡Qué postre de bienmesabe!”
Pero antes de que acabe
le dicen: —“¡Mucha potranca!”
y él contestó con retranca:
“Embuyaiiito... ¡quién sabe!”

FERNANDO SANZ

De cuando Pepe Monagas señaló en Canarias el descubrimiento de la pelisilina y la bomba anémica



La tertulia acostumbrada
por ser lo único que había
era la carpintería
al final de la jornada.
Como en la misa cantada
todos querían hablar
hasta que empezó a gritar
Pedro, *el Batatoso*, experto:
“¡Si quieren que haya concierto
cállense para empezar!”

La bomba atómica era
el tema que les tocó.
Monagas decía que no
la habían inventado fuera.
Don Pedro, hecho una fiera,
a Pepe le dijo así:
“¡No me digas que es de aquí
lo que en Cuba se inventó!”
Pepe le dijo: “Allí no,
pero en Valsequillo, sí”

Don Pedro que se reía
con el jo-jo-jo ja-ja,
Pepe dijo: “¡Basta ya!
¡No siga con su inmanía
Resulta ser que, un buen día,
cargaron a un borriquillo
de cohetes a porrillo.
Los cajones explotaron
y casi, casi arruinaron
las fiestas de Valsequillo”.

“La bomba atómica fue
allí mismo descubierta
cuando iba en la cubierta
de un burro de mala fe.
Ahora saben por qué
y dónde nació el invento”.
Para cambiar de argumento
Pepe recurrió a la ayuda
para hablarles de una viuda
con un loro muy violento.

Así que, ahí de más allá,
un vecino, por decoro,
dijo: “Bautice a ese loro
porque malcriado está.”
Dijo la viuda: “Ojalá
que resulte bautizado.”
Al ver el cura alongado
con la mano en la patena
dijo aquel loro, sin pena:
“¡No chingue que estoy mojado!”

JOSÉ MENDOZA

De cuando Pepe Monagas clavó con una palabra sola a Tinito, *el Batata*



Agustín, que era un batata
porque de nada sabía,
fue un rico que hasta tenía
cuando pequeño su tata.
Era también mete-pata
con inteligencia ruin.
Le hicieron de pequenín
un ejercicio variado
y entregó por contestado
respuestas de un adoquín.

El Tinito a rempujones
acabó el bachillerato
porque alguien, de rato en rato,
daba recomendaciones.
El peso de los millones
que tenía por fortuna
lo trasladó a La Laguna
donde quería estudiar
pero aprobar, aprobar,
allí no aprobó ninguna.

Al no llegar a abogado,
nunca alcanzó la alcaldía
con la que soñara un día
aquel farol fracasado.
Una vez se hubo casado
aprovecho la ventaja
de maridar con la alhaja
de Pepita, de Vegueta,
y así consiguió su meta
convirtiéndose en un laja.

Pepito, *el del Molinillo*,
con Monagas, a su lado,
fue un día a un abogado
después de echarse un buchillo.
Apareció el farolillo
rompiendo mares, moderno;
Tinito iba de terno
y el Molinillo infirió:
“¿En qué trabaja el señóo?”
Monagas le dijo: “Yerno”.

ANDRÉS GONZÁLEZ FRANCÉS

De cuando Pepe Monagas le aregló el mombaldino a mastro Carlos Talavera



Mastro Carlos Talavera
era un músico genuino
que tenía el bombardino
como su afición primera.
Tanta la traquina era
de su tocata pareja
que pesar de mucha queja
por tanto tuturutú
metió un barrenillo a su
mujer entre ceja y ceja.

Los hijos todos se echaron
por fuera de su vivienda
por la pesadez tremenda
que día a día escucharon.
Los vecinos se quejaron
con su razón manifiesta
y a pesar de la protesta
no aflojaba el instrumento
convertido en un tormento
a la hora de la siesta.

En vísperas de actuación,
quizá por gesto divino,
se le rompió al bombardino
la boquilla y un pistón.
Con honda preocupación
maestro Carlos lo llevó
a Monagas quien lo vio
y se dijo para sí:
“¡Éste me las paga a mí.
Ahora se las cobro yo!”

Pepe puso una ralera
de leche, canela, harina
y la escondió con inquina
de una forma traicionera.
El instrumento, por fuera,
era de un brillo que daba
fulgor porque resaltaba
aquel bombardino de
Carlos que no sabía que
lentos de cucas estaba.

Un semillero salió
con muchas cucas volonas
en medio de las personas
al primer soplo que dio.
Todo el mundo allí pegó
a bailar con mucho brío.
Se oyó en medio del gentío:
—“Un revólver présteme”
—“¿Y pa qué lo quiere ustée?”
—“¡Pa suicidarte, bandío!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas puso a la venta unos polvitos para engordar ien tres minutos! que se dice muy pronto



Pepe tenía en pertenencia
un libro fuera de ley
que Fernando, *el Canabuey*,
le dejara como herencia.
Aquel tratado de ciencia
todo lo podía arreglar.
Era tan particular
en consejos tan jugosos
que unos polvos misteriosos
podían hacerte engordar.

La receta genuina
—sin pasarse de la raya—
era azúcar con cazalla
y polvitos de anilina.
Con aquella golosina
disimulaba su treta:
Pepe cogía una peseta,
y daba perras de cobre
y pesando a cualquier pobre
salía la jugarreta.

Cada perra y sus diez gramos
era el peso corporal
que engordaba al personal
que acudía a los reclamos.
La gente de la que hablamos
se juntaba en ramilletes
y de aquellos tenderetes
uno cogió carrerilla,
flaco, secón y verguilla,
chupado de los cachetes.

Pepe cogió una peseta
y sus perras devolvió
y aquel verguilla tomó
la misteriosa receta,
pero a la pesa indiscreta
que no fallaba jamás
diez gramos sobró y, detrás,
dijo Pepe en la tribuna:
“Amigo alíjeme una
perra que le di de más”.

ELENA RUIZ

De cuando Pepe Monagas volvió a majar a señor don Pedro, *el Batatoso*, con una mecha como la casa de don Bruno



Allá en la carpintería
de mastro Manuel Lorenzo
ya viene dando comienzo
la tertulia de este día.
Se habla de la cacería
que es un tema muy fogoso,
y don Pedro, *el Batatoso*,
empieza con sus historias
contando las propias glorias
y quedando cual coloso.

“Yo trescientas veinticinco
perdices agarré ayer,
y si llegaran a ver
las liebres que casi trinco.
Cuando la escopeta jinco
al hombro no escapa ni una”.
Maldiciendo su fortuna
por oír tal disparate
Pepe entra en el debate
y acaba con la tontuna.

“Don Pedro, le viá contá
algo que no va a creer,
pero puedo prometer
que es la purita verdáa.
Le digo que hay más allá
plantemos algún tomate,
y resultó un disparate
uno de los que salió,
que de tanto que creció
no cabía en el petate”.

“¡Nueve yuntas p’arrastrarlo
y llevarlo hasta la plasa!
¡Casi ni la puerta pasa!
¡Veinte hombres pa empujarlo!
Y sin poder manejarlo,
imagine si sudaron.
Tanto tanto lo apretaron
que al poco se reventó:
del churrume que largó
¡siete hombres se ajogaron!”

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas le contestó un telegrama al jediondo de Fermín el del Toscal



Mi compadre conoció
a Fermín el del Toscal,
personaje sin igual
que a más de uno estafó.
Por Las Palmas recaló
trabajando en la gallera.
Pero con su templaera
y unos gallos que enfermaron,
muy pronto de allí lo echaron.
Salió de mala manera.

Engañó luego a un maúro
para montar un timbeque
convenciendo al hombre de
que el negocio era seguro.
Comenzó el trabajo duro,
con taperío y buen vino.
Y faltando el campesino
por asuntos de su esposa,
Fermín vio claro la cosa
y empezó a robar sin tino.

Cuando el hombre lo notó
comenzó la tirantez,
así, hasta que alguna vez,
casi a las manos llegó.
Y de nuevo le engañó
trazando un plan que tenía:
llegó un conejero un día,
y en ausencia de su socio,
le vendió todo el negocio
y a su tierra partiría.

Tras cumplir condena entera
quedó el hombre emborregao,
y en el risco amachinao
por mor de una turroneira.
Fue allí donde conociera
Monagas a aquel intruso.
Una estafa le propuso
con la venta de turroneas
pero al no entrar en razones
pa Tenerife traspuso.

Le telegrafió una vez
pa un negocio de ocasión:
“Son clacas de exportación,
buen asunto como ve
si un nuevo socio y usted
doscientas pesetas dan”.
Y con este nuevo plan
otra estafa comenzó,
pero Pepe contestó:
“Caimán no come a caimán”.

ALBERTO PADRÓN

De cuando Pepe Monagas le cobró las tortas al matón de Juan Calixto



De Juan Calixto el matón,
por *Mandarria* conocido,
vivía muy prevenido
todo el que era muchachón.
Ya que cogió la afición,
si pleitos no conseguía,
de ir donde novios veía
de las persianas a ras
y a los chicos por detrás
una torta les metía.

Eran tiempos anteriores
a comadre Soledad
y por esa vecindad
moceaba a una tal Dolores,
Pepe, que por sinsabores
del destino y valentías
de aquel que por esas vías
dejaba novias absortas,
se llevó un buen par de tortas
en menos de quince días.

Pepe, con un avispero
por dentro de su persona,
se hizo un culote con lona
y lo reforzó con cuero.
Para un castigo severo
entre eso y el pantalón
puso, con mala intención,
una penca de tuneras
con espichos como fieras
de tremenda dimensión.

Tras colocarse el invento
marchó a casa de Dolores
y por los alrededores
vino *Mandarria* al momento.
Tras la nalgada, el violento,
soltó quejidos perrunos.
Pepe, al saber oportunos,
los espichos, dagas cortas,
dijo: “Viniste a por tortas,
pero te salieron tunos”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas le destupió el *vate colose* a un inglés en un lunes de carnaval, señaladamente



Tiempos del siniquitate
que al primer birlibirloque
se formaba el gran disloque
con tremendo disparate,
tiempos en que el botarate
se entregaba sin igual
desde cualquier arrabal
por fuera de La Portada
en la juerga más nombrada
de cabeza al carnaval.

En San Cristóbal con bríos,
en el centro socarrones,
en San Nicolás peleones,
en el Puerto más tardíos.
Todo es el libre albedrío
que señala el calendario.
La juerga se corre a diario,
el personal improvisa
y el miércoles de ceniza
todo el mundo es perdulario.

Un lunes muy señalado
de carnaval, en un brete
sacaron del tenderete
a Monagas, disgustado.
Lo habían localizado
porque, según se conoce,
lo vieron en el rebose
y como dando un traspies
y lo contrató un inglés
para su *vate colose*.

Monagas pegó a jurgar
y jalar de la cadena,
y con media maña buena
lo logró desatascar.
El inglés le fue a pagar
y cara fue su sorpresa;
pero Pepe dijo: “Esa
cantidad pa ustée no es naá:
¡Es lunes de casnabáa
y aquello era caca inglesa!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas anduvo buscando una usnia pa sita Rita



Fue por gusto, solterona,
pues ya desde polloncita,
era guapa sita Rita,
muy fina y buena persona.
Y a fuleque en cualquier zona
tuvo siempre aquel reclame.
Decía: “Nadie es infame
por soledad o capricho;
mira lo que dice el dicho:
El buey solo bien se lame”.

Los sobrinos le gustaban
sólo el día del bautismo
o relance, da lo mismo,
muchas visitas le hartaban.
Los pleitos le molestaban
por sus piques y presiones
que los hubo en particiones
por culpa de unos chulangos
de cuñados de altos rangos,
burgueses y fanfarrones.

Entonces, a sita Rita
un barrenillo le entró
y en su empeño no cejó
por quedarse la piecita
de un Niño Jesús. ¡Bonita!
Poquito le iba a durar
si no conseguía encontrar
una usnia pa tatarla.
¿Y dónde podría encontrarla?
¡Monagas la va a buscar!

Monagas cumplió el encargo
para el niño de Ritita
pero aquella señorita
a Pepe traía amargo.
Cada urna miró de largo
por la poca dimensión.
—“¡No hay para el niño un arcón!”
—“¿El niño? Ustée esajera
sita Rita. Dispense... ¡Era!
¡Éste ya es un galletón!”

ANDRÉS GONZÁLEZ FRANCÉS

De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería del maestro Manuel Lorenzo el percance que tuvo la *Frasquita* con un submarino inglés



Monagas llegó chispeado
allá a la carpintería
de Maestro Manuel un día
de un raro caso informado.
Había en el Puerto estado
con la gente marinera
de la *Frasquita*, que era
un pesquero, y se enteró
del suceso que narró
de la siguiente manera:

“Poco antes de acabar
la guerra grande que había,
con lejana travesía
fue la *Frasquita* a pescar.
Vieron emerger del mar
un submarino, y salieron
de él ingleses, se pusieron
con anteojos, vigilantes,
y en brevísimos instantes
hacia la *Frasquita* fueron”.

“Ya cuando éste le llegaba
a la banda, en un silbido,
todos se habían escondido
y ninguno resollaba.
La tripulación temblaba
ante la llamada urgente,
y en ese instante imponente
sólo salió a dar la jeta
un muchacho de La Isleta
que fue a hablar con esa gente”.

“A él le preguntó un inglés
que un pizco en cristiano hablaba,
cómo el barco se llamaba
y cuál era su interés.
Dijo: «la *Frasquita* es
el nombre de este pesquero
canario». Y el extranjero
pegó a interrogar: «¿Su tierra
es amiga de Inglaterra
o de Alemania primero?»”.

“Respondió, con camba boca:
«Amiga es la tierra aquella
del pescado, de la pella
y del ron, siempre que toca».
Esto dio una risa loca
a aquel inglés majadero,
que preguntó al marinero:
«¿Y es germano-o-francofilo?»
A lo que él dijo tranquilo:
«Soy Teófilo, el cocinero»”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas llevó a la costa un encargo de Rafaelito, *el Tiendero*



Rafaelito, *el Tiendero*,
necesitaba mercar,
pero en lo de comerciar
nunca estuvo muy ligero.
Perdió sueño, no exagero,
cuando una compra empezó;
casi siempre dijo: “¡No!
No me enrée ustée con chaslas,
las cosas hay que pensaslas...
¡Deje que lo piense! ¿Oyó?”

Así estaba, preocupado,
sin poderlo remediar
pues tenía que comprar
unas lenguas de pescado.
Monagas iba enrolado
en un barco y, al saber
del asunto, supo ver
el negocio. “Rafalito,
si me paga el encarguito,
las lenguas puedo traer”.

Así hizo, Rafaelito,
encargó a Pepe el trabajo.
Pepe fue, camino abajo,
y contando el dinerito
se olvidó del encarguito.
En un timbeque que vio
se metió, y un ron se echó,
luego otro, y otro más
y de pronto, en un pispás,
el dinero se esfumó.

Y a la hora del regreso
le preguntó Rafaelito:
“¿Trajo las lenguas, Pepito?”
Monagas se quedó tieso.
Respondió Pepito, ileso,
como en otros mil saraos:
“Aunque me arrimé a los baos
ustée no lo va a créé,
pero allí, no sé por quéé,
eran múos los pescaos...”

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas majó una vez más,
ahora con una cabra que daba leche hasta por
los cuernos, a señor don Pedro, *el Batatoso*



De nuevo metió una mecha
maestro Pedro, *el Batatoso*,
conocido mentiroso
siempre metido en la brecha.
Pero Monagas lo acecha
llegando que ni pintao.
Aparece recalao
y después de la batata
con su réplica remata
dejando a Pedro callao:

“Tengo una cabra señores
toa parecía a una mina
pues da leche pura y fina
de magníficos sabores.
La compré con mis suores
pues el dueño no aflojaba;
resulta que la llevaba
abicando al mataero
pues decía el caballero
que la cabra se mamaba”.

“Primerito la aceché,
después su freno le puse,
su palito le dispuse
y al poco la dominé.
Ahora hay que vesla, ustée.
porque al ordeñarla, a veces,
me produce tantas mieses
que da leche por los cuesnos
y parece aquel infiesnos
el tanque de los ingleses”.

“El otro día, señores,
a móo de tremendo ultraje
tire el fondo del potaje
pa aprovechar la lechita;
y es que esa cabra bendita
de dar leche no aflojaba
y el animal me llenaba
todos los cacharros míos
y pegaba unos balíos
que alma se le arrancaba”.

PEDRO GRIMÓN

De cuando Pepe Monagas le presto los primeros auxilios a un hijo de Manolito, *el Sargo*, que se cayó de una pared



Era Manolito, *el Sargo*,
en el amor tal desastre
que un día le pidió a un sastre
un muchacho por encargo.
Su mujer un trago amargo
se trago por conseguirlo
sin querer contradecirlo
a Manolito le advierte:
“Calladito hasta la muerte
que esto no es para decirlo”.

Aquel chiquillo al nacer
en el sobaco traía
una navaja, y hacia
intentos para correr.
Muy poco tardo en poner
en práctica sus emperros.
En diferentes encierros
donde el lomo se termina
les ponía gasolina
por ver correr a los perros.

Ya muchos verlo querían
muerto de pie y bien calzado,
pero al ser afortunado
conseguirlo no podían.
Muchos vecinos sabían
que al bergante le gustaba
el huevo y que les clavaba
tachuelas de zapatero
y luego en el agujero
ponía la boca y chupaba.

Salió a buscar, cierta vez,
nidos, huevos de palomas,
y aterrizo entre dos lomas,
al dar un paso al revés.
Se le truquearon los pies
y al caer quedo desnudo.
El zángano, como pudo,
la cabeza enderezó
y al mirarse dijo: “¡Ñóo
tengo por fuera el menudo!”

El Sargo salió a buscar
al chico que no sabia
donde estaba, y no venía
a la hora de cenar.
—“Ya no puedo continuar”
se repetía pensando
sobre de una pared cuando
le pareció, en el oído,
escuchar un alarido:
era el chico berreando.

Pepe Monagas hacia
las veces de curandero
y casi siempre, certero,
era con el que atendía;
pero al chico, que venia
en muy malas condiciones,
Pepe pidió explicaciones:
“Tengo las tripas por fuera.”
Dijo Pepe: “Pensé que era
los tiros de los calzones”.

JOSÉ MENDOZA

De cuando Pepe Monagas se sacó a la fuerza un reloj en un tenderete de la fiesta de Guanarteme



Guanarteme es un solar,
la mitad son conejeros
y los otros majoreros.
Todos piensan en bailar.
Salieron a disfrutar
a buscar cosita asiada
en taifas de madrugada
donde se compra turrón
pero se bebe más ron
y se acaba a la trompada.

Ya va medio templadillo
nuestro compadre Monagas,
para que una idea te hagas,
al lado de un ventorrillo.
Con Vitorio el del Pinillo
a una tómbola se va
y un buen reloj que allí está
por el ojo se le mete,
y como es algo tolete
piensa que lo ganará.

En la tómbola perdía
y Vitorio le aconseja:
“No sigas jugando y deja
el dinero en la alcancía”.
Juan Jinorio no podía
hacerlo salir de allí.
Después se alongó y, así,
con premura lo cogió
y al bolsillo lo metió:
—“Este reló ya es pa mí”

Y por la feria traspuso
borracho como un tonel
y el feriante, tras de él,
vino a dar con el intruso.
Pero Monagas, como uso
y costumbre no hizo caso,
y Vitorio, dando un paso,
intentó aquello arreglar,
o más bien disimular,
jalándolo por el brazo.

Un guindilla apareció,
y no tuvo más remedio
que situarse en el medio
y a Pepito registró
pa ver dónde lo metió.
En el bolsillo aparece
y a Monagas le parece
que tiene una explicación
y hace una demostración
pero más bien desmerece:

“Cuando a la feria llegué
estaba el reloj colgado
y yo un poquito animado
a mirarlo me paré.
Lo que nunca me esperé
es que su cuerda tuviera
ni que el mismo me dijera
que si yo iba pa allá,
y fue por casualidá
que conmigo se viniera”.

ELENA RUIZ

De cuando Pepe Monagas y Venturilla, *el Táita*, planearon una operación de compra-venta



Con Rosario se casó
Andrés, patrón del *Frasquita*,
maduro pero sin cuita
pues preñada la dejó.
Cuando el guayete nació
mastro Andrés desesperaba
porque, por más que contaba
el tiempo una y mil veces
aquello de nueve meses
al patrón no le cuadraba.

Convidados al bautizo
de ocho en ocho iban llegando
y, al envite comparando:
“¡Envío!” y un chico se hizo.
Al personal analizo:
Venturilla, *el Táita*, vino
emperchado y cristalino,
también Pinillo y Vitorio
y el compadre Juan Jinorio,
invitados del padrino.

Venturilla les decía
con guineos de grandeza,
comentando, con torpeza:
“Me gané la lotería”.
Así estuvo todo el día.
Quería Pepe, a su manera,
borrarle de la sesera
comprar una buena casa
que diera para la plaza
y no un chamizo cualquiera.

Al alba acabó la fiesta,
por churros y café fueron
andando, una casa vieron,
la que tenía en la testa.
Venturilla dijo: “¡Es ésta!”
Pepe le dijo allí mismo:
“No apunte al capitalismo,
vamos onde haiga argo abierto
y si, con la chispa acierto,
se la venderé yo mismo”.

JESÚS MORÁN

De cuando Pepe Monagas contó al señor don Pedro, *el Batatoso*, la hazaña de un loro que compró



Monagas arrequintaba
a don Pedro, *el Batatoso*,
pero siempre aquel acoso
de buena forma acababa.
La gente se lo pasaba
con socarrona alegría.
Cada uno se metía
figurando su papel
donde ca mastro Manuel
el de la carpintería.

Un día se presentó
Monagas y pegó la hebra
enredado cual culebra
con algo que le pasó.
Miró a don Pedro y contó,
picando el ojo al aforo,
que se juntaran, a coro,
todos a la voz de ya
con la intención de oír a
Pepe y la historia de un loro.

Pepe había trabajado
haciendo de conductor
aparte de vendedor
en plaza del mercado.
Cierta vez había comprado
poco menos que un tesoro
porque resultó sonoro
que consiguió de propinas
unas sesenta gallinas
y además se compró un loro.

Contó Pepe, en su relajo,
que a una pareja encontró
ese día y los subió
en el coche del trabajo.
Entonces, con desparpajo,
el hombre pegó a faltar
queriendo solicitar
de la muchachita un beso
y como ella no hizo eso
al camino fue a parar.

Monagas, tras la agarrada
vio acabar aquel proceso:
la muchacha largó el beso
y aquí no ha pasado nada.
Pepe siguió su jornada
conduciendo el aparato,
meditando todo el rato
en las maneras de amar
hasta que vino a frenar
a la altura del fielato.

Cuando pasaba aquel trote
sólo había una gallina
que aquel loro, con inquina,
agarraba del cogote.
Dijo Pepe: “Aquel machote
gritaba como una fiera
y saben lo que dijera
el loro que compré yo:
¡O me das un beso o
te jinco a la carretera!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas le vio las últimas a la más vieja de *las niñas de Cabrera*



Hubo siete solteronas
hermanas, castas y mustias
por dichete *las de Angustias*,
niñas más que setentonas.
Excelentes anfitrionas
resultaban Mariquita
del Pino, también Tildita,
Caridad, Constancia, allí,
Dolores, Gregoria y
la más vieja, Rafaelita.

Rafaelita, con noventa,
entró de proa al marisco
pero a su espíritu arisco
no le cuadraba la cuenta:
la vieja que se aposenta
en el catre renqueante,
muriéndose a cada instante
la daban por desahuciada,
pero de morirse inada!
Y vengan días p'alante.

La gente, cogió confianza
con tertulia y con jolgorio
y formó un gran consistorio
con coñita y mucha chanza.
Tanta fue aquella tardanza
que la casa sucumbió:
todo el personal pegó
a mosiar, a jugar prendas,
y dado a sus componendas
de la vieja se olvidó.

Pepe, según su criterio,
ca las niñas se acercó
y en Rafaelita observó
que aquella noche iba en serio.
Cuando vio el gran vituperio
que reinaba en el lugar
“Aparen de parrandiar...”
—dijo con solemne coña—
“...y cállense porque doña
Rafaela va entregar”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas no le hizo el gusto a un turista



Hay turistas en el puerto
ya desde buena mañana
y Pepe, con su tartana,
anda mirando despierto.
De pronto tiene el acierto
de que un míster se la alquila.
Recibe una retahíla
del choni de cara blanca,
Pepe afloja la retranca
y a la catedral se enfila

Ya va pasando por Triana,
ya San Telmo quedó atrás,
Cairasco y un poco más
recorre aquella tartana.
Pepe va de buena gana
con el penco a medio fuelle
y para que no resuelle
aquel hombre de pa fuera
él trinca su carretera
y lo devuelve en el muelle.

El choni que saca, en esto,
de esterlinas un manojo,
Pepe que cobra a su antojo
y “honrado” devuelve el resto.
El míster queda molesto
pero Monagas arranca,
el míster que se atrabanca
gritando, chilla que chilla.
Como apareció un guindilla
puso Pepe la retranca.

Grita el choni: “¡Tagifá!”
y Pepe, que comprendió,
al míster le dijo: “¡No!
¿Para Tafira? ¡Qué va!”
El guardia traspone ya
con el caminar liviano;
el extranjero, lejano:
“¡Tagifá!” con mucha gana;
dice Pepe, en su tartana:
“¡Qué vaya un guineo, mano!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas aclaró a don Carmelo lo que era un gallo barajunda



El isleño, agradecido,
se queda lelito y ralo
cuando le hacen el regalo
de un gallo inglés de apellido.
Pero también ha ocurrido
que un engaño pueda haber.
Si a quien se va a complacer,
cuando la raza no abunda,
dan un gallo barajunda
que un tabaiba se ha de hacer.

A un peninsular que había
Maestro Ignacio dio una vez
un hermoso gallo inglés,
por favores que debía.
Como el hombre no sabía
un barajunda le dio.
Aquel a Pepe acudió
para que al bicho ojeara
y que en la gallera entrara
también el hombre pidió.

En cuanto vio el ejemplar,
gallo de mucha fachada,
supo que de pelear, nada,
y pegó a disimular.
Creo que pa asegurar,
para que puedan catarlo,
lo mejor será llevarlo
a Maestro Manuel Candelas,
hombre de gallos y espuelas
por ver si quiere entrenarlo.

Una vez examinado,
por detrás y por delante
dijo con serio semblante,
del modo más despechado:
—“Este bicho está acabado
y aunque usted no se lo crea,
no es un gallo de pelea
sino un pollo con arroz”.
Concluyó alzando la voz:
—“¡Es más ruin que una marea!”

De regreso, caminando,
aquel hombre no entendía
lo que su gallo tenía
y lo qué le estaba pasando.
Pepe se quedó pensando
una respuesta prudente.
Dijo mirando a del enfrente:
“Esto es como si usted fuera
pa que Juanito jiciera
al gallo la permanente”.

ALBERTO PADRÓN

De cuando Pepe Monagas le vajió un burro a Cristóbal *Morcilla*



Según le diera a Monagas,
compraba algún animal,
viejo y de aspecto fatal
al que curarle las llagas,
así ganaba sus pagas
dejándolo hasta bonito.
Gracias a algún milagrito
o a los cuentos que decía
igualmente convencía
al maúro o al señorito.

Un San Roque fue a pasar
y un burro desarbolado
pelón, flaco y desahuciado
en Fargas vino a truequiar.
Allí lo intentó largar
a Cristóbal quien sencilla-
mente tenía la puntilla
de que una tripa llenó
con un gato que mató
y lo apodaron Morcilla.

Lo pudo recomponer
y tras peculiar porfía,
al Morcilla convencía
y lo consiguió vender.
Pero tenía un padecer
aunque parecía robusto
porque temblaba de susto
en cualquier llano corriente
pero por una pendiente
voltiaba que daba gusto.

Y así fue lo que pasó,
que subiendo una ladera
el burro, con tembliguera,
toda la cuesta rodó
hasta que en llano paró.
El Morcilla, requintado,
fue a ver a Pepe indignado
que le dijo a su visita:
“No tenga pena maldita
que otros burros he curado”.

—“A su burro hay que vajiáa,
hay que estregarle el aliento
con un buen ron, como unguento,
sobre la parte a curáa.
¿Usté me quiere ayudáa?”
y Cristóbal lo ayudó.
Pepe al burrillo agarró,
y con el buche cargado
apuntó al mismo costado
donde el animal se hirió.

Empezó la letanía
con aquel ron que curaba:
Cristóbal se equivocó,
y Pepe se lo bebía.
El Morcilla no entendía
y más ron se fue a comprar.
Pepe lo volvió a intentar
pero el Morcilla falló,
Monagas se lo tragó
y se lo volvió a explicar.

Ya, sudando como un pato,
pegó otra vez la tabarra
dudando entre burro o farra,
caliente desde hacía rato.
Dijo Pepe en su alegato:
“¡Qué templaera! ¡Ya vé,
si es chispa, dígame ustée!
¡No sana el burro ni ná!
¡Sin denguna nesesiá
qué tajá me hizo cojée!”

EDUARDO NEBOT



En el original: Embarcando fruta en el muelle Santa Catalina.

De cuando Pepe Monagas le levantó un falso testimonio a un perro indino que tuvo maestro Bartolo



—“¡Quite ese perro Bartolo!
que traerá una desgracia;
a mi maldita la gracia
me jase el perro Pipiolo.
Como le mande un berolo
no se me querelle ustée
si viera a este perro inglée,
animal grande y cebado
traicionero y regañado
con los ojos al revée”.

Pepe subía y bajaba
andando por el camino
y el ronquido del canino
a Monagas desafiaba.
Mientras Pepe reulaba
y mirando al perro atento,
apostilla descontento:
“¿Queéle jecho yo a esta bestia
que me causa la molestia
y me deja sin aliento?”

—“Oiga Bartolito, un día,
me causará este animal
una desgracia brutal
pal que remedio no habría”.
Para el perro se volvía:
“¡Juse! chucho del demonio,
que el pomo me tienes momio.
Si no me dejas pasar
yo te voy a levantar
fuerte falso testimonio”.

Parecía estar dormido
cuando a Pepe le mordió
y el calzón le desgarró
caro le salió el descuido.
“¡Socorro!”, dijo el bandido
“¡Tiene rabia y no es mentira!”,
gritó Monagas con ira.
¡Chasss! Un sable lo mató.
—“¿No te iba diciéndo yo
falso testimonio? ¡Mira!”

JESÚS MORÁN

De cuando Pepe Monagas tuvo un arranque de entusiasmo oyendo a un tenor de ópera y le dijo a su mujer una cosa al oído



“¡Qué istulmento más perfeto
la voz humana, señores”
afirmaba, sin temores,
firme, tajante y escueto
don Pedro frente a un libreto
de ópera o de zarzuela,
mientras le daba a la azuela
maestro Manuel Lorenzo.
La tertulia dio comienzo
alumbrados de una vela.

Como todo buen isleño
Pepito era aficionado
y afirmaba apasionado
arrugando el blanco ceño
que era *Beteoven* pequeño
si puestos a comparar
se oía a Stagno cantar
con aquella voz meloja
que llenaba de congoja
a las damas del lugar.

Monagas no se perdía
ni una noche de función
y aplaudía con fruición
al tenor cuando salía
con donaire y gallardía
a dar aquel do de pecho
que allá, tan cerca del techo
donde él se encaramaba,
más puro y dulce sonaba
disfrutando satisfecho.

Soledad acudió un día
al teatro con Pepito
más derecha que un palmito,
rebotante de alegría;
él, con fervor aplaudía
y ella en silencio lloraba
cuando Pepito le hablaba
como saboriando miel:
“¡Si me vieras sío infiel
con él, te lo perdonaba!”

JAIME QUESADA

De cuando Pepe Monagas empalmó una chispa



Manuel Lorenzo solía
preparar la reunencia
de una comida a conciencia
los domingos que podía.
La rumantela que había
en chispa se transformaba,
pero siempre terminaba
comenzando la Oración,
aunque en más de una ocasión
Monagas la continuaba.

Un día el hombre pegó
como pudo a escaquearse
y la jarca, al molestarse,
su ausencia le criticó.
Cuando en verdad terminó
lo que tenía ocultado
dejó todo organizado
para el domingo comer
y un bote pudieran ver
que él solito había acabado.

Era tanta la emoción
que una sociedad formaron,
varios cargos se otorgaron
del nuevo bote en cuestión.
Entrando en competición
ganan la primera pecha.
Dejando una apuesta hecha
para otro desafío hacer
acuerdan permanecer
sin beber hasta la fecha.

Eusebito el secretario,
para calmar la reunión
dejó la celebración
de aquel triunfo ante el contrario.
Como caso extraordinario
sólo una chispa coger.
Pero el lunes, al volver,
se templó la mayoría,
mientras Pepe aún seguía
dispuesto a no perecer.

Cuando el miércoles estaba
templado como una gaita,
acompañado del Táita,
a Eusebito se encontraba.
De jediondo lo trataba
por esa chispa maldita.
—“Yo cumplí mi palabrita
y ya no he vuelto a bebée,
es la misma, sabe ustée,
pero bien despachaíta”.

ALBERTO PADRÓN

De cuando Pepe Monagas tuvo un pique con maestro Andrés, *el Sajonao*, y se mudó para la barbería de maestro Chano



Maestro Chano nació
de una familia tendera
y el noveno hijo era
del rancho en que se crió.
Desde joven demostró
el carácter que cargaba.
Para escritor apuntaba
y a la mesa, más de un día,
de religión discutía,
lo que a su padre enfermaba.

Para Argentina partió
y un nieto de chicharrero
el oficio de barbero
buenamente le enseñó.
Por Montevideo andó
después de aquella estadía.
Pero regresar quería
y tras ir por Inglaterra,
volvió a su canaria tierra
y montó una barbería.

Pepe, que a la barbería
de maestro Andrés siempre fue,
se picó por no sé qué
tema de gallos un día.
A maestro Chano acudía
después de dicho altercado.
De allí, además de cortado
y con el rostro encendido,
como un higo de molido
salía de cada afeitado.

No volver más decidió
y al tiempo, a maestro Chano,
un domingo bien temprano,
en San Telmo se encontró.
El barbero lo tachó
de informal, con un desplante.
Y dijo Pepe, tajante:
“En su oficio usted no atina
y es una máquina china
afilada por delante”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas tenía 10.000 pesos en La Habana



Desde El Carrizal llegó
a Cubita un tal Manuel
Sarimpenque y con aquel
Monagas tratos cerró.
Una mentira le echó
diciéndole que tenía
cinco mil pesos que habría
de juntar con otros cinco
de Manuel, que con ahínco
en Cuba trabajaría.

Manuel acepta, se fía,
y se marcha a trabajar;
pretendiendo emparejar
lo que Pepe no tenía.
Pepe, feliz, recibía,
el dinero que él mandaba
y en el banco lo ingresaba
—cinco mil pesos guardó—
pero Manuel regresó
cuando menos lo esperaba.

Llegó a otro banco ese día
el dúo tras el dinero
pero les dijo el cajero
que allí cinco mil no había.
Pepe armó una gritería
y puso toda su entrega.
Hasta la dirección llega
la bulla del mostrador
y allí estaba el director
reunido con un colega.

Dijo el director citado
allí —iqué casualidad!
el de la otra entidad
donde sí había ingresado—
que se había equivocado
y le recordó, sutil,
que en su entidad mercantil
tenía cinco mil pesos
y Pepe le dijo: “Esos
son los otros cinco mil”.

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas le sacó el sentido a una carta de La Habana



Cristóbal, *el del Tiendero*,
era un hombre atravesado,
era bronco, recortado
y para el puño ligero.
Un profesor y un guagüero
probaron su fuerza un día,
pero de una tal Lucía
el hombre se enamoró;
aquello, aunque despuntó,
poca esperanza tenía.

La madre de él no era
partidaria de la niña
y le echó más de una riña
aunque la gente la oyera.
Buscó el marido manera
de alejar al hijo aquel;
pensó en su hermano Manuel
y hasta en su hija Consuelo,
Cristóbal picó el anzuelo
y fue a Cuba en busca de él.

En Cuba se estableció
y quedaron Rafaelito
y su esposa Rosarito
donde mismo los dejó.
Tras varios años llegó
una carta de Cubita
pero una letra maldita
no la dejaba entender
porque estaba al parecer
con letra de méico escrita

Y buscaron a Pepito
Monagas de traductor
de la letra de doctor
con la que la habían escrito.
Dio un vistazo y al ratito
sacó una botella triste
y como si fuera un chiste
le dijo a la bienmandada:
“Que se eche una cucharada
cada dos horas, ¿oíste?”

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando a Pepe Monagas se las cobró un inglés



Con su pájaro lisiado
estaba un marino inglés
pasmado. Parecía que
había sido engañado.
Con rostro desconsolado
estafado se sentía
porque en un barco que había,
con rumbo hacia el horizonte
canturriaba el polizonte
y Monagas se reía.

“¡Simerrrjuenza...!, grita el choni,
¡...mí no quierrre comprarte uona
pagarrita pobretona!
¡dame librrra! ¡Dame moni!”
“¡Es un pájaro y no un poni!”,
Monagas le respondía
con pachorra y sangre fría:
“¿Para qué lo quiere usted?
¿Pa que cante o pa corré?
¡Qué jocico!, ¡Vemería!”

El inglés de Londres vino
con la venganza pendiente
pues creía conveniente
engañarle como un chino.
“¡Amigo!”, llama el marino,
Pepe socarrón miró,
el choni le sonrió:
“¡Yo trrrae cadena buena!
¿Crees que vale la pena?”
y allí Monagas picó.

La marea estaba buena
y en el sitio convenido
comenzó aquel sinsentido
de descargar la cadena.
—“¡Pare! ¡La barca está llena,
y se va a pique y pal fondo!”
La barca se hundió y, en lo hondo,
se escuchó a Pepe bizarro:
“¡Como agarre yo un catarro!
¡Sos inglés pero jediondo!”

JESÚS MORÁN

De cuando Pepe Monagas le cogió miedo a una guagua madrileña



Por asunto principal
Monagas se fue a Madrid
que es capital adalid
y la villa capital.
Era como un temporal
de todo un mundo apurado.
Un rebumbio preocupado
y en todo sitio un gentío
y Monagas hecho un lío
porque estaba abatado.

Una carta fue a sellar
y a Cibeles se marchó
y los sitios que pasó
no se pueden ni contar.
Por Gran Vía pegó a andar
con mucho apuro y, en eso,
al deshacerse del peso
cuando selló la misiva,
cogió calle para arriba
para volver de regreso.

A un guardia que viera allí
Monagas se dirigió
a esa autoridad paró
y le dijo, fresco, así:
“Caballero... ¿hay por asquí
guaguas que ando remiso
pa camináa?” De improviso
casi le da un patatús
cuando llegó un autobús
de un piso sobre otro piso.

“Aquí abajo hay mucha gente,
dijo a Pepe el conductor,
suba arriba, por favor,
y viaje tranquilamente”.
Pepe subió y, de repente,
bajó trincado del bofe.
“Aspero que no se mofe...,
le dijo Monagas, ...quéé
voy asquí abajo, de pie,
que arriba no hay ningúu chofe!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas pasó mal rato en el teatro en compañía del indiano José María, *el Mulo*



José María ya era
desde galletón, *el Mulo*,
por el poco disimulo
que tenía con cualquiera.
Una noche a un guardia fuera
La Portada le fajó
y de la ciudad salió
después de este contratiempo
pasó en Tenerife un tiempo
pero también se marchó.

Los amigos lo buscaron
en Tenerife una vez
y pese al tanto interés
a el Mulo no lo encontraron.
Años después se enteraron
de que le fue algo mejor;
fue en Cuba trabajador
y allí acumuló unos bienes
y gracias a esos centenes
hasta viajó a Nueva York.

No tenía fama de aseado,
no se ponía interés
y mantenía de pies
hasta el calcetín quitado.
Una noche, acompañado,
de Monagas se empeñó
en ir al teatro. No
quería Monagas ir
por faltarle buen vestir
pero en el teatro entró.

El Mulo, de espectador,
de postura iba cambiando,
iba las piernas cruzando
y soltando un fuerte olor.
Pepito preguntó por
movimientos tan inciertos:
“No tengo los pies despiertos”
contestó el indiano aquel.
—“¿Endolmíos? Pos por el
oloo más parecen muertos”

YERAY RODRÍGUEZ

De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería de maestro Manuel Lorenzo una historia con un sentimiento como una malagueña



Monagas se fue a cazar
a los altos de Tejada
perdices en donde queda
un coto muy singular.
Lo fue el destino a llevar
de su mano y, en un guiño,
se encontró con un aliño
de bondad envuelta en tules
con lindos ojos azules
y la mirada de un niño.

Era una madre viejita
que al camino se acercaba
por si el destino le daba
al fin su prenda bendita.
Aquella madre marchita
dio a los andantes cobijo
y desveló el entresijo
de cómo los encontró:
“Al camino salgo yo
por ver cuando llega mi hijo.”

Toda una vida de espera
desde que un día emigró
el hijo y ya no volvió
a aquella raíz primera.
Pero seguía certera
aguardando mientras tanto
que la Virgen, con su manto,
protegiera al emigrante
y, si no era bastante,
también le rezaba a un santo.

Dijo Pepe, voz en vilo:
“Cabayeros, fuerte susto
cuando vi aquel santo: ¡Un busto
de mastro Sanz Sainz... Camilo.
Ella oraba con sigilo
frente al busto, arrodilláa,
y al ponerme a recordáa
la fe con que le pedía
las cosas que conseguía
me dan ganas de lloráa”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas fue al entierro de Carmelilla, *la Pintada*



Carmelilla, *la Pintada*,
dicen que no era del padre
y les diré de la madre
que era un poco escarranchada.
En el Risco, su manada,
la envidia puso en acción
por mala reputación
de que miraban lo suyo
y conseguían entullo
dedicados al... turrón.

Carmela salió muy fina,
entradita de cintura,
vistosa la criatura,
elegante y genuina.
Con su figura divina
se tiraba para Triana
ya desde buena mañana
hasta que un tal Manolito
Linares, un señorito,
la pulpió el muy tarambana.

Soltera tuvo su niña
y desde allí en adelante
pronto cogió su portante
y quedó royendo liña.
Se perdió aquella alcatrña
en la senda peligrosa.
Dejó de ser una rosa
y al verla dijo Monagas:
“Jediondo mundo..., te apagas,
pronto te pondrán la losa”.

Carmelilla, *la Pintada*,
se fue pa las Plataneras
e igual que niñas solteras
de blanco fue amortajada
y entre flores encumbrada.
Monagas, en sus desquites,
le dijo a Vitorio: “¿Vites?
Ésta cuando llegue al cielo
San Pedro la coge al vuelo
y la manda al tinte. ¿Oites?”

ANDRÉS GONZÁLEZ FRANCÉS

De cuando Pepe Monagas –idicen que fue él!– le injertó un cantar de los de lezna a maestro Roque, *el Carpetudo*



Maestro Roque, *el Carpetudo*,
–por oficio carpintero–
era de un aspecto fiero
y del carácter más rudo.
Con su virginio y engrudo
hacía empelechauras,
endengando las roturas
de teleques de madera
hasta que se fue pa fuera
pa salir de estrechauras.

Con la mujer y el guayete
en *La Bana* recaló
a su Risco regresó
el indiano de rehilete.
Entró tirando foguete
por la vecindad entera
con tartana y guayabera,
dando a todos por los besos
demostrando tener pesos
y además una cojera.

Supo de una barranquera
que formara un temporal
que hacía que el personal
rodeara la ladera.
Aquel barranquillo era
pa maestro Roque un revés
pero se mantuvo en tres
porque arreglarlo quería.
Puso un cartel que decía:
“*Nihil impossibile est*”.

Cierto día parrandero
que acabó de amanecida
una jurria entrometida
pasó por aquel sendero.
Puso encima del letrero
Monagas con dos o tres:
“*Si nihil impossibile est*
como tu lengua relata,
enderézate la pata
que la tienes al revés”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas no quería ir a un partido de fútbol *Marino-Victoria*



Fútbol, *Marino-Victoria*,
bomba anémica latente,
y, en correo, de la isla enfrente
vinieron a ver la historia.
Maestro Chano, en su memoria,
nervioso, soñaba a ratos,
que jasía buenos regatos
y, marcándose un gol bueno,
molía, como al centeno
a su mujer, sin zapatos.

Como era premonitorio
la jarca sería un corrillo:
Monagas, Táita, Pinillo
y el compadre Juan Jinorio.
El domingo decisorio,
a la hora del relajo
no está Pepe, y, más abajo
les informa Ventutilla
y Manué, *el Portadilla*:
—“En ca el Hierro, cabizbajo”.

En ca el Hierro le preguntan:
—“¿Pero acaso tú estás malo?”
—“¡Yo no voy!” —“¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuál?”
—“Está amulao”, barruntan.
—“¿Es con tu mujé?”, consultan.
“¡No!”, dijo Pepe, emperrao.
—“¿Pos qué mosca te ha picao?”
—“Bueno, por tanto insistir,
yo se los voy a desir:
—¡Es que soy un desgrasiao!”

“El domingo, el partio era
con los chichas; meten gol,
y allí largó uno de sol
una correa mensajera.
La palomita viajera
venía apretada, y así,
al salir libre de allí,
revoloteó en varias zonas,
y de entre ocho mil personas
me dejó el regalo a mí”.

BERTO DÍAZ

De cuando a Pepe Monagas lo perdió un baifo



Don Victoriano tenía
una finca en las afueras
con gallinas ponederas,
una yegua bien medía
y hasta un perro presa había
pa cuidar la pertenencia.
Aunque no hubo descendencia
aquel hombre era un gorrón
que al pagar contribución
enfermaba en consecuencia.

Salió una conversación
sobre Victoriano, un día,
y Monagas que decía:
“Tengo ganas, un montón,
de pollo con escaldón.
Si quieren colaborar
yo les puedo aconsejar
que tenemos gallo a mano
allá en ca don Victoriano
que nos lo puede prestar”.

Al bardino le sirvieron,
pa dormir, una pastilla.
Cogió el gallo Venturilla,
sin hacer ruido se fueron.
Pero en esto que sintieron
que Monagas se quedó,
porque un baifo tierno oyó.
El antojo lo ha perdido:
con el ruido del balido
Victoriano despertó.

Monagas corrió a saltar
donde abrevaba el ganado.
Resbaló, cayó, y mojado
de allí no pudo escapar.
El dueño lo fue a agarrar;
Pepe se agacha y vacila.
Don Victoriano lo enfila:
—“¿Cómo te llamas? ¡A véel!”
—“Como usted quiera. ¿No me
está sacando de pila?”

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ

De cuando Pepe Monagas devolvió una mercancía averiada



Don Juan Anicasio arrancó
de alcalde capitalino
con proceder tan genuino
que alguno se arrequitó.
De pronto se le antojó
dejar su impronta en la brecha
y puso, de su cosecha,
la siguiente bobería:
que todo el mundo debía
caminar por la derecha.

También ingenió otro asunto
para el vicioso beodo
que fue arrestarle del todo
en su mamadas y punto.
Al perdulario presunto
lo perseguía, con ganas,
obligando a tarambanas
y a borrachos parranderos
a acompañar barrenderos
a limpiar por las mañanas.

Un día, Pepe, templario,
por buscarles las cosquillas
arrenquitó a unos guindillas
con gesto peticionario.
Se le oyó a aquel perdulario
en alta voz referir:
“¡Oigan! ¿Me pueden decir
si arranco por barlovento
o trinco por sotavento?
¿Por qué acera debo dir?”

Y claro, de barrendero
a Pepe lo han puesto al mando
de un tal maestro Fernando,
el Chuchango, que es ronero;
lo emborracha y al potrero
se va Pepe con su enrale,
un operario le sale
y Monagas dice así:
“¿Tienen otro por ahí?
¡Porque éste ya no me vale!”

DOMINGO UMPIÉRREZ

De cuando Pepe Monagas inventó una droga para volver restrallones los chorizos revejidos



Fesnado *Canabuey* era
generoso en demasía
y todo lo que tenía
lo ventiló a la carrera.
De su vida lisonjera
muy poca cosa quedó;
Monagas, que lo atendió
hasta acabar su existencia
recibió, como una herencia,
un libro que aquel dejó.

Libro de física rara
con recetas de fuleque
como una especie de trueque
que cualquier cosa repara.
Tenía recetas para
hacer pegues de papel,
convertir velas en miel,
para endengar el chorizo
porque todo lo enfermizo
lo dejaba hecho un pincel.

Monagas pegó a engoar
a Rafaelito, *el Tiendero*,
quien le dijo que sí, pero
no le pensaba pagar.
Monagas pegó a mezclar
polvo y líquido apestoso
y al poco llegó orgulloso
con tremenda solución
para el millo con pulgón
y el chorizo estropajoso.

Pero al probar el producto
el envase reventó
y el chorizo se perdió
con el millo y su usufructo.
Explotó como un eructo
y aquello se quedo en agua
de borrajas y en su magua
Rafaelito despertó
preguntando: “¿Ónde estoy yo?”
Pepe dijo: “¡En Okenagua!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas le pidió un alfiler a una novia que se echó en la marina



Una chica conejera,
que vivía en la calle Triana
–Adela era la cristiana–
le entró a Pepe en la sesera.
Tiposita y guapa que era,
con la piel aceitunada.
Tenía, de noche, morada
en Guanarteme y, en esto,
cogía la Pepa al sol puesto
y diba pa la barriada.

Pepito que la engodaba
y en mujerío era suertuo
como un palomo buchuo
al poco la lisonjeaba.
La seguía al puerto, y dejaba
la liña con conveniencia:
que notara su presencia
desde la Plaza a la playa
y, cuando lanzó la atarraya,
ya no encontró resistencia.

En la Plaza se chocaron,
allí Pepe la invitó
por forastera, aclaró,
ella aceptó y se trabaron.
Pronto, rumores llegaron
al Risco, donde tenía
Pepe novia, y ese día,
Soledad, con gran fiereza,
como una gallina inglesa,
al novio se lo comía.

Monagas fue timoniando
y a las dos les dio jarana:
en el Risco, en la persiana,
y en Marina conversiando.
Adela se fue domando
y, por amor, concedía
lo que Pepito quería:
ron, comida y, como he dicho,
no le negaba un capricho
hasta que llegó aquel día.

Pepe dice: “Corasón,
Adelilla, vida mía,
la verdá, me gustaría
jincarme un poco jamón”.
Cesó el moseo y, de pasón,
en la calle La Marina
cayó, desde la cocina,
un *Diario Las Palmas*, que era
una pata casi entera
y de la mejor cochina.

Se dio cuenta de que había
una nota en el tocino
y al resplador vespertino
leyó lo que le decía:
—“Quiero desir vida mía,
que no me pidas man núa,
la señora es agarráa.
Tanta vianda se a estraviao,
que sospecha. ¡Me a sonao
y creo que me va a echáa!”

Aquí se acabó el comé,
Monagas, tieso, pensó:
“¡Oye, Adela... -le gritó-
... ¿Me tiras un alfilé?”
—“¿Pa qué?” —“Pos pa remové
las muelas; pos se me van
llenando”. —“Pero si están
las calles toas a oscura.”
—“¡Pos pa que estés más segura
me la espichas en un pan!”

BERTO DÍAZ



En el original: En tránsito de Las Palmas a Telde.

De cuando Pepe Monagas le majó, una vez más,
las liendres a señor don Pedro, *el Batatoso*



Aquí encontramos soltando
a el Batatoso sus cuentos
y los presentes atentos
a lo que iba narrando.
Hoy le venía tocando
el cuento de una ternera
que largaba leche afuera
para llenar un barranco,
y Pepe desde su banco
sentado se desespera.

—“¡Mería, qué exagerao!
¡Sola se ordeñaba y todo!
¡A este hombre es que no hay modo
de mantenerlo callao!”
“¡Don Pedro! ¿Yo le ha contao
lo del burro allá por Guía?
Era de una prima mía
aquel pobre animalito,
tan lento que era er mardito
que ni a un caracol seguía”.

“Pues cogí por el sendero
una mañana al albita,
iba él con tal calmita
que casi me desespero.
Con un látigo certero
le arrequinté a aquel debaso
y, al tercer o cuarto paso,
miro pa’ tras y veí
medio burro tras de mí.
¡Lo partí del latigazo!”.

DAVID PABLOS

De cuando Pepe Monagas discutía que la banda de Santa Brígida era mejor que la de Madrid



Vuelto de estar con su hermana
que fue pa fuera a operarse
don Pedro empezó a explayarse
con su gente provinciana.
Que si Zaragoza es plana,
que en Retiro y su paseo
cabén tres lameas, creo,
que ríos pa la tomatera.
Se requintaba cualquiera
oyendo el mismo guineo.

En una tarde estival
—carpintería de Vegueta—
hay conversiada concreta
sobre tema musical:
—“¡La banda munisipal
de Madrí sí es cosa asiada!
¡Qué sonío! ¡Qué afinada!
¡Y, da igual lo que se mande!
Masurca o una lata grande.
¡De eso aquí no se ve nada!”

Pepito, pa jeringar:
“Santa Brígida, de aquí,
es mejó”. Don Pedro: “¿Sí?
¿Cómo vas a comparar?”.
Como si fuera el luchar
majorero atravesao
Monagas sigue emperrao.
Dice Pedro, contestón:
“¡Ni en sonío ni en finasión!
¡Mi hermana lo ha comprobao”.

“¡No señó! Madrí tiene un
buen sonío pues pa fuera
siempre ha sío de esa manera
pero aquí es asigún”,
y siguió con el run-run:
—“Santa Brígida es mejón”.
Se enredó la discusión,
maestro Cristóbal gritó:
“¡Tablas, que lo digo yo!”
y alguien entró de pasón.

Don José el médico vio
con una simple ojeada
como era la marejada
y opinión se le pidió.
Dijo: “Asigún, creo yo”.
“¿Por qué?”, Don Pedro incrimina.
Don José, con voz cansina:
“Tiene más semicorcheas”.
Salta Pepe: “¡Pa que veas!
¡Qué palabra e meisina!”

BERTO DÍAZ

De cuando Pepe Monagas le barruntó una desgracia a Sunsionita, *la Morena*



Sunsionita, *la Morena*,
era buena pollancona
honrada como persona
y con actitud serena.
Pero como estaba llena
de calumnias de la gente,
donjuanes impertinentes
escurriendo brillantinas
por callar a las vecinas
se casó muy prontamente.

Casó con Felipe *Lapa*,
un hombre bueno y normal
que le habló por lo formal
y se llevó a la más guapa.
Feliz vivían su etapa
cuando la zafra falló
y fue cuando ella pidió
ayuda a un tal don Cristóbal
y cierta persona andóbal
con las calumnias pegó.

Ella quedó embarazada
formal, sin culpa ninguna,
pero la mala fortuna
la dejó muy señalada.
Por la calumnia tachada
tuvo un gesto genuino
Pepe, quien con mucho tino,
le dijo a aquella mujer:
“Comadre, yo voy a ser
de ese muchacho el padrino”.

La calumnia se acabó
pero, cosas de la vida,
tuvo el niño una caída
y el pobre se jorobó.
Dijo Pepe: “Digo yo
que la acalunia es un mal
que a Sunsión sienta fatal!”
—“¿Qué acalunia cabayero?”
Respondió Pepe, certero:
“La acalunia vertebral”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas le hizo la cuenta de la pata a Soledad, su señora



El tacaño de Manuel
y su casa desteñía
con un real pretendía
pintarla color pastel.
Monagas con el pincel
y la escoba del albeo:
“¡Maestro, fuerte guineo!
No le pueo rebajáa
porque no pueo llegáa
con los gastos del arreo”.

Soledad estaba atenta
cuando el sábado llegara
y que Monagas cobrara
lo pactado de la cuenta.
Mitad para la parienta
la otra para el pintor;
sabía que era mejor
aparecer con dinero
porque era de mal agüero
a su mujer ser deudor.

Con Vitorio fué a beber,
de madrugada llegó.
¿Onde está lo que cobró?
le pregunta su mujer.
—“Esta vez no pueo ser
Manué no pagó el jorná”.
—“¡Pa comée no tengo ná!”
dijo en casa de Agustina,
su patrona y su vecina,
y así cobró Soledá.

Cuando a Manuel le contó
Agustina lo que había hecho
le entró un dolor en el pecho
¡Cha! ¡Soledad te engañó!
Monagas lo resolvió:
“Mi Soledáa, don Manué,
a la escuela nunca fue.
Su molleja es como un roble,
le ha dao, por partia doble,
contarlo. ¡Fíjese ustée!”

JESÚS MORÁN

De cuando Pepe Monagas empleó en su carretón a Chano *Chopa*



Monagas tenía un carrillo
con un burrito ordinario
con el que ganaba a diario
un jornal limpio y sencillo.
Tiraba de cabestrillo
hasta que la mala broma
de un dolor como carcoma
lo tumbó de agachadilla
porque pegó un su rodilla
con un dolor de redoma.

Chano *Chopa*, algo liviano,
con Monagas quiso hablar
del carrito y trabajar
pudiendo echar una mano.
Pegó a trabajar ufano,
jovial y de buena gana
pero al poco su holgazana
naturaleza falló
y tan solo apareció
a cobrar cada semana.

El *Chopa* a Pepe decía:
“¡Caballero, del carruaje
cuasito me sale un viaje”,
pero perras no traía.
Soledad lo acechó un día
para cogerle la vuelta;
fue a la parada y resuelta
vio el carretero que estaba
durmiendo y que se pasaba
todo el tiempo a pata suelta.

“Cuasito”, volvió a contar
Chano, *el Chopa*, compungido
que se acercó, el muy bandido,
porque quería cobrar.
Monagas pegó a contar
el dinero ante aquel vago,
después le hizo el amago
de darle la paga fiel;
se la enseñó y dijo a aquel:
“¡Chano, «cuasito» te pago!”

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas, siendo guardia, hizo un trato con Manuel *Rata Pelúa*



Es amigo de lo ajeno
de mote el *Rata Pelúa*,
siempre dispuesto a una púa
y más malo que el veneno.
Manuel acecha sereno
el rebumbio de la fiesta
que alguna cartera expuesta
bien llenita de dinero
con oficio de ratero
la levanta sin protesta.

Don Cristóbal es amigo
de Pepe, el guardia de turno,
e invitaba al taciturno:
“Échate un pisco conmigo,
que la vida es un castigo!”
Monagas estaba atento
vigilaba en qué momento
el Rata su golpe diera
pa levantar la cartera
suave y sin ensañamiento.

El Rata se fue virando
mezclado con los del Norte,
y en un pequeño recorte
desapareció singando.
Monagas lo trinco cuando
se le echó encima la gente.
Se le escapó el delincuente.
Pepe lo buscó rascado
jurándosela al fugado:
“¡Lo jincaré por el puente!”

Pa las once apareció,
lo trinco por la pechera:
—“¡Devuélveme la cartera!”
—“¡Cartera no tengo yo!”
Monagas así pactó:
“De la pechera te aflojo
y te observo de reajo.
Te dejo dar una vuelta
y el monis traes devuelta”,
mientras le picaba el ojo.

JESÚS MORÁN

De cuando Pepe Monagas estuvo de tabiquero en el Caidero de San José



Se equivocan al pensar
que Monagas, mi compadre,
para que el día le cuadre
se pasa el tiempo en el bar.
A Gáldar se fue a parar
a la casa de Manuel,
viejo amigo del cuartel
por una temporadita
a llenar la barriguita
con cubiertos y mantel.

Mariquita era la esposa
del amigo de Monagas
más falsa que las aulagas,
agarrá y avariciosa.
Comentaba muy jocosa:
“¡En mi casa no lo quiero!
¡Pa cebarlo no hay dinero!
Acaba con la comía,
le da igual caliente o fría.
¡Échalo pa su bujero!”

Un muro en el cementerio
por fin le salió de ajuste;
a ella le suena a embuste:
“¡Es albañil sin criterio!”
Pepe con semblante serio
presupuesta baratillo;
le asignan el trabajillo
y a la hora de echar cuentas
las veinte fueron ochentas
y no da pal carajillo.

Con herramientas prestadas
y con el cemento ahorrando
iba el muro rematando
con las ganas acabadas.
El viento, de unas voladas
casi tira el muro. Sobre
el peón, Chanito, el pobre,
chilla Monagas y exhorta:
“¡Trinque y amárrelo corto!
¡Mantengalo hasta que cobre!”.

JESÚS MORÁN

De cuando Pepe Monagas le recetó hierro a un hijo de mi comadre Dolores, *la Chopa*



Contando una bobería
va don Pedro, *el Batatoso*,
para a hacer de mentiroso
hablando de cacería:
“Trinqué la escopeta mía
con un cartucho por cuenta
y a una jarca succulenta
de perdices maté. ¡Sí!
puse el deo alante y
las rematé a las sesenta”.

“Con un cartucho oportuno
y mi buena puntería
de la escopeta salía
perdigones de uno en uno.
Y no fallé con ninguno
pues las maté a quemarropa”.
Monagas dijo a la tropa:
“Puée esto es más singuláa
lo que les voy a contáa
de mi comadre la Chopa”.

“Tenía un chiquito esmirriao,
jierro le recomendé
y al poquito dijo que
el chico estaba curao.
Resulta que le había dao
jierro de un serrojo seco.
Pegó a chupaslo el muñeco
todo el día a tutiplén
y el serrojo cabía en
el bolsillo de un chaleco”.

MARCOS HORMIGA

De cuando Pepe Monagas estuvo en el usgado por mor de la pelotera en El Portón



Todos fueron al usgado
por el caso de la Chopa,
asistió en peso la tropa
y Monagas agoniado.
Con un cacharro abollado
iba la Chopa muy tiesa
puesto sobre su cabeza.
Soledad, de un empujón,
mandó al suelo el cacharrón
y es donde el lío empieza.

Empapados los chiquillos,
enfermos por la mojada,
está la Chopa engrifada
y entripada en los fondillos.
El juez golpea el martillo:
¡Silencio! ¡Prosiga ustedé!
“Esto paso señó juée...”,
proseguía el secretario:
“¡Cállese doña Rosario!
¡Monagas pongase en pié!”

“¿Le dio ustedé una cachetada?”,
pregunta el juez asombrado,
—“Asín fue señó letrado”.
—“¿Es cierto? ¡Una bofetada!”
—“Se la tenía ganada
y no me dio tiempo para
jincarle otra en la cara”.
“¡Vaya! Atrévete valiente”,
dijo Rosario caliente,
“¡Shiii!” Dice el juez con voz clara.

El secretario leía
y al juez le sentó fatal
oír aquel historial
de Pepe y su fechoría.
Dijo el juez con voz sombría:
“¡Firme el acta de su andanza!”
más dijo Pepe, con chanza,
abicando hacia la puerta
con toda la boca abierta:
“¡Firme ustedé que eé de confiansa!”

JESÚS MORÁN

Pepe Monagas, otra vez en papeles, cuenta para *Canarias Deportiva* una peripecia suya en la Fonda *El Tarugo*



—“¿Qué le tumbó porsqui arriba?”

—“Escribir de ustedé, Pepito.”

—“No jase grasía”. Repito:

—“La gente quiere que escriba.”

—“Pos aproveche que diba

ahí pa lantre y, de pasón

jagamos conversasión,

y si es que le gusta un

cuentito, pues suculún,

mientras echamos un ron”.

—“Dos rones, pa mí y pa qui”

—“No Pepe, yo quiero vino,
que el médico me previno”.

—“¡Aimería, siga así!”

—“Jareas del sinco pa mí,

que el tufo me hace acordar

que tuve un fonducho, un bar

ahí detrás del matadero

con taperío verdadero

ni pa engordar, ni matar”.

Dio con la quilla en la mesa

un peninsulá bajito,

golisneó repunantito,

pidió sopa y, con voz tiesa

dijo: “¿Qué esss essssto? ¡Oh Sorpresa!”

—“Moscas”, dije con sordina.

—“¡Nada menossssss dosssss! ¡Qué ruina!”

Respondí, enfrenao y con tino:

—“Caerían por el camino.

¡Yo las quité en la cosina!”

BERTO DÍAZ

De cuando Pepe Monagas tuvo una machanga
que era como unos fríos y calenturas,
la guerra y la cigarra, todo junto



Pepito María, *el Cenizo*,
de justificado apodo,
a quien le salió mal todo
lo que en esta vida hizo.
Bajo ese sino plomizo
de la salud flaqueó.
Ya listo lo conoció
Monagas, y con la idea
de marchar para Guinea,
para lo cual lo ayudó.

Desde la africana zona
mandó al tocayo un presente
y lo más sobresaliente
del regalo era una mona.
Agradecida persona,
también le quiso mandar
kilos de un café ejemplar,
cacao, un lagarto seco
feísimo y un muñeco
que era malo de mirar.

Un día que a Agüimes bajaron
para turrónes vender,
Monagas y su mujer,
la mona sola dejaron.
Cuando de allá regresaron
más de un vecino contó
que la mona se soltó
y armó tremendo destrozo
y el caso, con alborozo,
a un juzgado se llevó.

Soltó tras los oportunos
trámites, Pepe, su idea.
Dijo: “La mona en Guinea
no hizo destrozos ningunos.
Aquí tuvo acceso a algunos
papeles y a la lectura,
y de esta travesura
que ha cometido con ira,
aunque parezca mentira,
la culpa es de la cultura”.

YAPCI BIENES

De cuando Pepe Monagas se fue a pique en la fiesta de La Naval



Hay alegría general
entre timplés y canciones,
potas asadas y rones
en fiestas de La Naval.
Isas punteadas, de sal
trapisondas rasgueadas;
más tarde, desmangalladas
polvajeras, pescozones
y una insalla galletones
por las calles enramadas.

Chucherías pintorreadas,
vino que sirve pa todo:
pa escribir, curar, engodo,
turroneas animadas.
—“Militáa, sin más pensadas,
compre a la niña turrón”.
La niña hace un josiscón:
—“¡Que se me pican las muelas!”
y, mientras, las rumantelas
transmiten su animación.

En Plaza El Carmen, anclada
junto a un viejo mostrador,
ya pasados de licor,
está la jarca sentada.
Se destapa una fajada
y se rifa un bofetón,
le da a un músico y, al son
mismo que tenía la farra,
va y le pone la guitarra
de corbata al peleón.

Como un gallo ciego, fino,
gira éste, el clavijero
deja de sangre un reguero
y algún morao en el camino.
El ambiente está divino
pero Monagas, despierto,
dice: “Se acabó este entuerto...”,
y alzándose de aquel banco
gritó: “...¡Que viene el barranco!
¡Mejor nos vamos pal puerto!”.

Al llegar, a trompicones,
sin pensarlo, de rebote,
suben los cuatro en un bote
de los que hacían excursiones.
De aquellas embarcaciones
una hace un raro viraje:
embiste y, del abordaje,
unos pocos caen al mar
y Pepe pegó a pensar:
“Aquí se acabó este viaje”.

El Pinillo se cayó,
pegó un pincho, salió a flote
como pudo llegó al bote
y a la borda se agarró.
La embarcación se cambó,
se callan, nadie se mueve,
dice Pepe con voz leve:
“¿Cuántos metros de hondo son?”
“Veinte”, responde el patrón.
—“¡Pos me sobran diecinueve!”.

BERTO DÍAZ

CURRÍCULOS DE LOS AUTORES

YAPCI BIENES PÉREZ, 1982, Santa Cruz de La Palma.

Escritor reconocido en antologías de jóvenes literatos españoles, autor de varios poemarios, algunos premiados. Sus inquietudes por la poesía improvisada le vienen dadas por herencia paterna ya que es hijo de Joseito Bienes Salazar, un versador reconocido. Yapci, a la temprana edad de dieciséis años, debuta cantando punto cubano en público. Desde entonces ha recorrido los escenarios de nuestras islas y ha representado a las mismas y a España en numerosos festivales internacionales, en lugares como: Las Palmas, Las Tunas (Cuba), San Luis de Potosí (México), Tandil (Argentina), Évora (Portugal), La Habana (Cuba), Murcia, Málaga, Mallorca, Madeira (Portugal), Calabria (Italia). Además, tiene una presencia constante en medios de comunicación locales.

PEDRO RIGOBERTO DÍAZ PÉREZ, 1952, Tijarafe, La Palma.

Profesor de Historia en Secundaria, de padre versador, domina acordeón, laúd, guitarra y timple amén de otros instrumentos de Sudamérica. Es, además, intérprete que ha pertenecido a grupos tales como la *Agrupación Aridane*, *Trió Canaribe*, *Cuarteto Majoteibe* y, figura entre sus méritos, haber dirigido a la *A. F. Tijarafe*. Ha representado a Canarias en Venezuela e Inglaterra y ha participado en numerosos lugares de España, entre otros en Sevilla, con motivo de la Expo de 1992. Berto Díaz es un consumado versador además de un estupendo exponente de la música de La Palma.

ANDRÉS GONZÁLEZ FRANCÉS, 1951, Morro Jable, Fuerteventura.

Graduado Social. Profesa amor a la tierra y es un poeta enamorado de la naturaleza, el paisaje, la fauna y, sobre todo, el mar y su gente. Descriptor de la vida y costumbres de su Fuerteventura natal, no cesa en remitirle escritos en prosa, a modo de pequeñas narraciones o cuentos cortos y es autor de varios poemarios entre los que cabe destacar: *Cuarenta sen-*

timientos, Vivencias y pensamientos, Pasiones a la deriva y De greguerías y haikus. Ávido lector de la literatura clásica española escribe en estructuras estróficas de todo tipo incluyendo, como no, a la décima espinela.

PEDRO MANUEL GRIMÓN GONZÁLEZ, 1952, Teror, Gran Canaria.

Maestro. Ha sido coordinador del Departamento de Patrimonio Histórico Cultural y Artesanía del Ayuntamiento de Santa Lucía, creador del Departamento Pedagógico del Museo Canario, coordinador del Programa de Contenidos Canarios de la Dirección General de Ordenación e Innovación Educativa, asesor documentalista de la serie de televisión de la *Historia de Canarias*. Trabaja con la décima escrita, de manera más comprometida, a raíz de conocer un folleto escolar que trabajaron en Fania sobre Pepe Urbano, además de escribir varias décimas publicadas en artículos de revistas o prólogos de otras publicaciones, codirector, guionista y presentador del programa de la Televisión Canaria *Barrancos*, *Premio Periodístico Monseñor Socorro Lantigua*, *Premio Arnao* 1999, miembro del jurado *Premios Canarias de Cultura Popular* 2003, *Premio Bejeque de Honor*, miembro del jurado del *II Certamen Internacional de la Décima de Tuineje*, *I Premio del Festival Literario de las Seguidillas Victor Fernández Gopar*, 2006 y 2008 y *Premio FAFGC* en 2007.

JOSÉ RODOLFO HERNÁNDEZ ORTEGA, 1972, Breña Baja, La Palma.

Poeta improvisador, ha participado en numerosos eventos relacionados con el punto cubano en la isla de La Palma, compartiendo escenario con gran número de poetas repentistas canarios y cubanos, desplazándose también para realizar actividades poéticas a varias islas del archipiélago canario, así como a las Islas Baleares. Miembro de la *Asociación de Poetas y Versadores Gregorio Rodríguez* (Casa de la Décima) ubicada en el municipio palmero de Tijarafe. Para él, el verso improvisado es una manera sugerente de comunicar la esencia de la cultura popular, a través del inagotable campo de la tradición oral.

JOSÉ MARCOS HORMIGA SANTANA, 1957, Puerto del Rosario, Fuerteventura.

Profesor de Idiomas. Hijo de improvisador de cuartetos. Ha publicado diversos poemarios y ha realizado varias traducciones de viajeros británicos a las Islas. Ha sido solista en actos musicales relacionados con la improvisación. Ha participado como ponente de talleres relacionados con la décima espinela. Es uno de los coordinadores del proyecto *Los Cuentos Famosos de Pepe Monagas en Décimas*.

JOSÉ LUIS MARTÍN TEIXÉ, 1958, Villa de Mazo, La Palma.

El origen de su afición se debe que su abuela era decimista; nació y se crió en un entorno decimístico. Ha realizado las siguientes publicaciones: *Las décimas de doña Pancha* (1991) y *La leyenda de Cuquillo* (1994). Entre otros lugares su participación en certámenes ha sido en diversos encuentros decimísticos internacionales: Las Palmas, Las Tunas, Évora, Calabria, Manacor, Belgrado, Madeira... Es integrante de tres formaciones decimísticas musicales: *Dúo Los Trovadores*, *Versadores de Punto Cubano* y *Son, Seis y Punto*. En cuanto al proyecto presente comenta: “Ha sido muy importante llevar al mundo decimero las obras de Pancho Guerra”.

JOSÉ MENDOZA ARMAS, 1947, San Andrés, El Hierro.

De trato amable, buena gente, José Mendoza reconoce haber recibido el gusto -más bien don- de la décima a través de unas páginas arrancadas a un libro que le fuera prestado en sus años de infancia, páginas que aún conserva. De padre improvisador, atento a los cantos de indianos, impulsado por José Luis Martín Teixé a participar escribiendo décimas de temas variados en *La Voz de El Hierro*. José Mendoza cuenta con una correspondencia entre amigos canarios de la décima que él llama “un baúl de controversia”. Improvisa fluida y competentemente y escribe con habilidad y mucha soltura.

JESÚS MORÁN GAGO, 1962, Las Palmas de Gran Canaria.

Por arraigo familiar, de pequeño le llamó la atención el Punto Cubano y el folclore canario en general. Más tarde vino a potenciar su creación literaria gracias a los maestros Yeray Rodríguez y Marcos Hormiga. Los Cuentos de Pepe Monagas en décimas es su primera aportación seria a la décima. Es entusiasta y aficionado a la música tradicional, especialmente de la música canaria y su mestizaje. Opina que “La décima es una forma literaria que ha roto las fronteras de los hispanoparlantes. Una verdadera globalización de ideas y sentimientos. Considera que el proyecto *Los Cuentos Famosos de Pepe Monagas en Décimas*... “Me ha dado la oportunidad de introducirme dentro del personaje y trasladarme a otra época, a otras costumbres. Durante muchísimas horas, días, semanas, he sido Pepe Monagas y... ¡ha sido fantástico!”.

EDUARDO NEBOT SALL, 1965, Las Palmas de Gran Canaria.

Entró en contacto con el mundo de la décima hace pocos años, tras conocer a Yeray Rodríguez en una memorable parranda en Tetir. Es miem-

bro del Taller de Creatividad Verbal de Puerto del Rosario, con el que ha participado en varios eventos, entre los que se puede destacar la publicación del libro *Puerto del Rosario, Paisaje y Verso*. Componente de la *Parranda L'Alcogida* y de la *Agrupación Folclórica de Tetir*, apasionado por el mar y la naturaleza, encuentra en la décima y en la copla improvisada un desafío constante con el que relatar lo cotidiano.

DAVID PABLOS GONZÁLEZ, 1982. Valencia.

De pocos meses se traslada a la isla de Gran Canaria (tierra materna), donde desarrollará su formación académica y se vinculará estrechamente con la cultura popular de las islas. Licenciado en guitarra clásica y profesor del Conservatorio Superior de Música de Canarias, es de la mano de Marcos Hormiga y Yeray Rodríguez como se adentra en el mundo de la décima espinela, tanto en su vertiente literaria como en la musical, acompañando en giras y conciertos a grandes poetas y músicos como Alexis Díaz Pimienta, Raúl Herrera, Efraín Riverón (Cuba), Edwin Colón, Omar Santiago, Roberto Silva (Puerto Rico), Víctor Hugo Márquez (Venezuela) y los nombrados Yeray Rodríguez y Marcos Hormiga (Canarias) entre otros. Además de su actividad como músico y docente, destaca en él la labor de rescate y difusión de nuestras tradiciones (principalmente musicales), participando en este caso en la fusión de dos hitos de la cultura popular canaria: Pancho Guerra y la décima espinela.

LUIS ALBERTO PADRÓN BOLAÑOS, 1969, Las Palmas de Gran Canaria.

De siempre ha sentido interés por la poesía y por la cultura tradicional lo que le ha llevado a recopilar cantares costumbristas de diversos informantes. Recientemente asistió a cursos de iniciación y formación sobre la décima, a cargo de Marcos Hormiga, Yeray Rodríguez. Tras lo cual decide acometer un trabajo de iniciación de la décima en la escuela con la colaboración de Marcos y Yeray. Considera un doble arte el expresar de forma poética un mensaje sometiéndolo a una rima forzada dentro de la estructura de la décima.

En el presente trabajo ha participado con entusiasmo al considerar un reto fantástico el dar a conocer la obra de Pacho Guerra a través de la décima, dando así un doble sentido a esta labor de difusión: por un lado al tratarse de una obra literaria magnífica, llena de canariedad, y por otro, utilizando como forma de expresión una forma poética tradicional, arraigada en Canarias, que ha sido el instrumento de presentación de poetas, y críticos de la vida y sociedad de nuestros antepasados.

JAIME QUESADA MARTÍN, 1953, Yaiza, Lanzarote.

Finalizado el bachiller superior en la isla estudia magisterio en Gran Canaria. El folclore canario ha sido una constante en sus preferencias musicales y ha participado en certámenes y concursos relacionados con la música canaria, obteniendo premios en el *Concurso de Seguidillas Víctor Fernández Gopar* de Yaiza (1º premio en los años 2001 y 2002); *Las Plumas del Guirre*, concurso de polcas del Ayuntamiento de Tuineje, primer premio en el año 2005; *III Certamen de Décima Espinela de Tuineje*, 1º premio en el año 2006 y diferentes premios de poemas adaptados al folclore canario en el *Concurso de Coplas Guanapay* del Ayuntamiento de Teguise. Su aproximación a la décima espinela llegó por casualidad, a raíz del concurso promovido por el Ayuntamiento de Tuineje. En el ámbito profesional ha participado en diversos proyectos de animación lectora, siendo autor de varios relatos: *Torano, Toba y los chicos de la playa, Temuime, Tajorase, Tremesana, Las Casitas y Lisa*. Su obra ha sido editada por el servicio de publicaciones del Cabildo Insular de Lanzarote y la Editorial Interseven. Entusiasta del proyecto *Los Cuentos Famosos de Pancho Guerra en Décimas* ha colaborado con once adaptaciones.

MIGUEL ROCHA MARTÍN, 1953, Tinisara, Tijarafe, La Palma.

Aunque palmero de origen, en este trabajo representa a la isla de Tenerife. Conocido como Pepe Rocha se considera discípulo de improvisadores muy reconocidos y admirados tales como Gregorio Rodríguez, Baldomero Lorenzo, José María Cáceres y Eremio Rodríguez. Ha cantado por toda la geografía Canaria y ha participado en certámenes internacionales del verso impróvido en lugares como Holanda, Venezuela o Cuba así como en diversos lugares de España. Es autor de un libro en décima dedicado al incendio de La Gomera habido en 1984 y es un improvisador de altura.

JOSÉ YERAY RODRÍGUEZ QUINTANA, 1978, Las Palmas de Gran Canaria.

Desde muy niño se interesó por la décima y el punto cubano gracias a la pasión que despierta en su familia, oriunda del municipio cumbreño de Artenara. Desde 1999 comparte desde los escenarios la práctica del punto cubano y de otros géneros que tienen por protagonista la décima y la improvisación oral en verso y ha recorrido distintos escenarios de Canarias así como de otros países: Cuba, Puerto Rico, Venezuela, México, Serbia, Italia o Portugal entre otros. Siente especial admiración por las distintas manifestaciones en las que la décima asoma a la tradición ame-

ricana y entiende que sus posibilidades verbales se multiplican en un tiempo lleno de imágenes como el que vivimos. El proyecto que nos aún me parece una hermosa posibilidad de reinterpretar los magistrales cuentos de Pancho Guerra desde el particular lenguaje de la décima. A cuentos y décimas conviene este viaje.

ELENA RUIZ DÉNIZ, 1961, Las Palmas de Gran Canaria.

Maestra. Desde pequeña le interesaron los temas relacionados con la cultura canaria, así que ha trabajado en diversos apartados, por lo que es profunda conocedora de algunos temas de contenidos canarios, pero sobre todo del baile tradicional isleño. Por su abuelo, emigrante en Cuba, aprendió a reconocer puntos cubanos en casa. Según se cuenta, era de los que ganaba en las controversias. También ha hecho algunos cursos con Yeray Rodríguez y Marcos Hormiga.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, 1965, Las Palmas de Gran Canaria.

Comienza su afición desde pronto pero se integra por completo a partir de un taller de décima llevado a cabo en Tenteniguada, en junio de 2007. Es aficionado a la música y a la literatura relacionadas con el género de la décima espinela. Músico aficionado a la guitarra, timple, teclado y bajo. Es el informático creador de la página web *decimanía* donde se publican décimas. Miembro del grupo *Nueva Semilla* desde 1986 hasta 1991. Considera interesante el presente proyecto, tanto por difusión de la décima como parte de nuestra cultura popular, así como para dar a conocer la obra de un autor canario que no ha tenido todo el apoyo que merece. Se ha involucrado en el proyecto, dedicándole tiempo y sintiendo que es algo de lo que forma parte, tanto individual como colectivamente. Es uno de los coordinadores del proyecto *Los Cuentos Famosos de Pepe Monagas en Décimas*.

FERNANDO SANZ SANZ, 1940, San Sebastián de La Gomera.

Autor de cinco poemarios relacionados con la décima: *Décimas de amor*, *Décimas variadas*, *Décimas al Garajonay*, *Toda La Gomera en rimas* y *Todo el Hierro escudriñado*. Es a través de Fernando Negrín y Manuel Navarro, armistas de décimas de su isla, así como del ya desaparecido periódico *Aire Libre*, de quienes recibe la afición de componer que le ha acompañado a lo largo de toda su vida. Mantiene una continua y fluida literatura de epistolario con amigos compositores de décimas de las Canarias.

EXPEDITO HILARIO SUÁREZ SUÁREZ, 1965, Las Palmas de Gran Canaria.

Sus orígenes procede de Tenteniguada (Valsequillo), en donde reside actualmente. Comenzó sus estudios en el colegio de los PP. Salesianos, donde se inició en la música aprendiendo a tocar la guitarra. Fue componente del grupo de música popular canaria *Cho Jua* del Risco de San Nicolás. A principios de los años 80 entró a formar parte del grupo de música popular *Mestisay*. Participó en algunas grabaciones y actividades relacionadas con el punto cubano a mano de su tío Expedito Suárez Suárez. Realizó cursos sobre la décima impartida por Marcos Hormiga y Yeray Rodríguez. Creador del espectáculo teatro-musical *Almendras Amargas* del Grupo *Los Picachos* de Tenteniguada. Realizó la adaptación poético musical de *La Leyenda de Tenteniguada*. Organiza las *Jornadas del Verso Improvisado Manolito el Pastor* que en este año celebrará su tercera edición. Colabora con el *Aula de Folclore y Etnografía de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (AFEC)*.

DOMINGO UMPIÉRREZ CHACÓN, 1958, El Cotillo, Fuerteventura

Escuchar al majorero Domingo Umpiérrez, *el Cuco*, es transportarse a los tiempos en que el oído y el timbre del parrandero iban parejos con la calidad de la copla y con el estilo de vida, es decir, la forma de comportarse en la parranda de nuestra gente señera, de nuestros mejores referentes en la música folclórica. Su altísima tesitura, su vívida expresión musical, su lenguaje corporal y su compostura parrandera en cualquier tipo de escenario y de escena lo convierten en original porque él vira hacia el origen, hacia el patrón cultural heredado sin imitaciones. Domingo Umpiérrez, improvisador nato, cantor en cada rincón isleño, ha representado a Canarias en numerosos lugares de la geografía española y destaca una de sus intervenciones llevada a cabo en la isla de Puerto Rico, para el programa *Tenderete*.

Pancho Guerra, *Los Cuentos Famosos de Pepe Monagas en Décimas*, se ha compuesto en Aldine 721, cuerpo 11, interlineado automático. El papel Coral Book Ivory ahuesado volumen de 100 grs. impresión en offset y encuadernación con hilo vegetal. La cubierta esta plastificada en brillo. Se acabó de imprimir en los talleres de Linca, S.L., el jueves, 4 de marzo de 2010, día de San Casimiro.
Islas Canarias.

